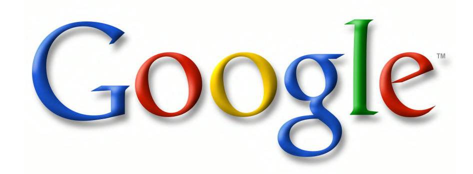






La Vida Cursi

LUIS TABOADA

LA VIDA CURSI

DIBUJOS DE ANGEL PONS

FOTOGRABADOS POR LAPORTA

Segunda edición.



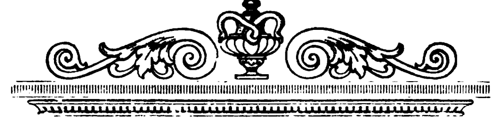
MADRID

Librería de Fernando Fé.

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1892

E. Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis, Madrid.



PROLOGUITO

DE LA SEGUNDA EDICIÓN

¿Cómo había de esperar yo, mísero escritorzuelo, que se agotase en pocos días la primera edición de este libro?

Y, sin embargo, ha habido que hacer una segunda de prisa y corriendo, que ofrezco al público con el corazón rebosante de gratitud y la mente henchida de esperanzas.

Todo es cuestión de suerte. Mientras por falta de compradores duermen el sueño blando de la librería muchos libros nota-

b

bles, yo he despachado el mío en mes y medio, y bien sabe Dios que "sin la protección del Estado". Me han protegido, sí, distinguidos escritores, publicando artículos laudatorios de mi obra; y á esta benevolencia debo el satisfactorio éxito que me honra y me mueve á eterna gratitud.

Aparte de estos elogios, tan inmerecidos como convenientes para la venta de toda publicación literaria, mis compañeros los periodistas han escrito sueltos recomendando el libro, porque es costumbre entre nosotros dirigirnos alabanzas cuando estrenamos una comedia, ó publicamos un tomo, ó contraemos primeras nupcias.

Hoy por ti y mañana por mí.

El hecho es que LA VIDA CURSI ha merecido los honores de una segunda edición, y que el mundo no es tan malo como dicen algunos.

Réstame sólo saludar cariñosamente á mis favorecedores y dar gracias á mi que-

rido amigo Angel Pons, que ha realzado poderosamente mis pobres artículos con su lápiz inimitable.

La emoción que me embarga en estos momentos no sé si me dejará firmar.

Probemos:

LU... TAB...



YO

(AUTOBIOGRAFÍA)

¿Que por qué nací?

Contestaré con el silogismo de un inolvidable escritor cómico:

"Yo no nací, me nacieron. ¿Cómo había de nacer si no existía?„

Ello fué que vine al mundo allá por los años de 1850, á eso de las seis de la tarde, en la ciudad de Vigo, cuna de Méndez Núñez, etc.

No hay para qué decir con cuánta satisfacción fuí recibido por mi familia.

—¡Un niño! ¡Qué suerte!—exclamaba una de mis tías, que falleció el año pasado completamente soltera.

—¡Un niño! ¡Qué mono!—agregaba mi abuelita, llevada del natural optimismo.

Pero aquí, para *inter nos*, debo confesar que la belleza no ha sido nunca en mí dote sobresaliente.

"Feíto, pero gracioso„: he aquí mi cualidad distintiva.

Apenas conservo recuerdos de mi niñez, que se deslizó plácida y sonriente á orillas del Atlántico; sólo ha quedado viva en mi memoria la imagen del maestro de escuela. un don Bonifacio que tenía la cara lo mismo que un azucarillo, y decía *cercunferencia* y *perposición*.

Aquel animal, que en paz descanse, trató de hacerme aprender el *Fleury* de memoria; pero se fué al otro mundo sin tener esta satisfacción, y es hoy el día en que no sé distinguir á los caldeos de la Samaritana, ni he podido enterarme jamás de los disgustos que ha habido en la familia de Jacob, cuyos pies beso.

En fin, yo, aunque me esté mal el decirlo, era uno de los muchachos más torpes del establecimiento docente, y la esposa del

maestro decía de mí que ojalá me muriera, porque estaba acabando con la salud de su marido á fuerza de disgustos.

Un día, don Bonifacio cogió y me puso de patitas en el arroyo, diciendo con la mayor desesperación:

—¡Anda y que te eduque el obispo!

La maestra me despidió con un escobazo, y yo entré en mi casa mustio y cariacontecido, arrojándome en brazos de mi familia, que por todo consuelo me estuvo dando pellizcos y mojicones desde las once y cuarto hasta después de la una.

A aquella hora mi tío el presbítero, que tenía un genio lo mismo que un tiburón, me cogió por el pellejo del cogote, y después de sacudirme con mucha violencia, me habló así:

—Usted no tiene decoro, ni imaginación, ni piedad cristiana; usted es un animal, y me quedo corto. ¿Cuántas son las virtudes teologales?

—Sobre cinco, poco más ó menos.

En vista de esta respuesta, me pegó otro poco, y después, en consejo de familia, quedó acordado que yo había de ser presbítero, á ver si entre la teología y los ayunos se me iba desarrollando el cerebro.

Pero todo fué inútil, y llegué á los catorce años sin saber nada, nada absolutamente;

pero con un título de bachiller en artes, que daba gusto verlo.

Ya por entonces bullía en mi cráneo el deseo de consagrarme á las letras de molde, y contrariando los propósitos de mi tio el clérigo, escribí varias poesías dedicadas á diferentes chicas de la localidad.

A consecuencia de unas octavas reales tituladas *El verdugo doméstico*, vino el padre de una de las chicas y me pegó dos patadas en ambos vacíos, con lo cual se me quitó la manía de satirizar á las personas mayores, sobre todo cuando tenían puestas las botas.

No quiero recordar la época de mi vida que siguió á estas patadas y á aquellos endecasílabos. Diré solamente que, abandonando las aulas por el periódico, vine á Madrid en el año 70 y comencé á hacer las primeras armas en *El Cascabel*, más tarde en *El Mundo Cómico*, y después en *El Solfeo*.

Por entonces también escribí alguna cosilla para el teatro, y no sé si á causa de esto ó de una mojadura, tuve una erupción que á poco más me lleva Pateta.

Más tarde fuí y me casé.

Y aquí empieza lo más grave del asunto, porque el casado casa quiere, y los comestibles se pusieron por las nubes al día siguiente de mi matrimonio.

Después comenzaron á nacerme niños, y hoy estoy... ¡hasta aquí! (señalando la coronilla).

*
* *

Por lo demás, la vida del escritor público es sumamente agradable.

Cierto que se gana poco y que el continuo trabajo intelectual va concluyendo lentamente con la salud y con la alegría; pero en cambio...

—¿Usted es Taboada?

—Servidor de usted.

—¡Cuánto lo celebro!

—Gracias.

—¡Caramba! Escribe usted mucho.

—No lo puedo remediar, señora.

—Y algunas veces me hace usted reir con sus tonterías.

– Estimando.

—Debe usted tener muy buen humor, porque siempre escribe usted cosas de risa. A ustedes los escritores les tiene sin cuidado el mundo y las obligaciones.

—Sí, señora; y la delicadeza, y todo. ¡Somos así! Unos perdidos.

—¡Já, já, já!

Otras veces viene un señor grave, de esos que han hecho su fortuna con el ceño

fruncido y el gabán de pieles, y nos dice:

—Hombre, he leído lo que escribe usted en los periódicos. ¿Cuándo va usted á hacer algo serio?

—¿Quiere usted que me dedique á redactar una *ley de Pósitos?*

—No digo eso; pero bien podía usted pensar un poco más hondo.

—¡Como no me meta en la tinaja!

Los seres graves desprecian profundamente el género festivo, este género baladí é insignificante que "hacemos jugando„, como aseguran ellos.

Hay otra clase de admiradores que nos detienen para decirnos:

—Le leo á usted con frecuencia. ¡Bien! ¡Perfectamente! Pero, amigo mío, hay días en que no está usted para escribir chistes.

—¡Es natural! Nuncan faltan disgustos.

—¿Disgustos? ¿Pero tiene usted disgustos?

—¿Por qué no?

—Yo creí que con ese carácter ligero no podría usted fijar la atención en las penas.

—¡Claro! ¿Qué idea tiene usted de los escritores festivos? ¿Supone usted que se pasan la vida tocando la guitarra ó jugando á la gallina ciega con sus chiquitines?

—¿Pero tiene usted chiquitines?

—Sí, señor.

—¡Qué atrocidad!

—¿Qué? ¿Tampoco se nos permite tener familia?

—No digo eso, sino que ¡como siempre está usted tan divertido!...

En efecto, no puede llegar á mayor altura nuestra diversión.

Aquí, donde es necesario escribir un par de artículos al día para poder pagar al casero y comprar zapatos á los niños, comprenderá el lector lo divertidos que estamos.

—Señorito: el casero.

—Señorito: el aguador.

—Señorito: la lavandera.

¿Puede haber cosa más divertida?

Y no contemos los disgustos con la suegra, ni las alteraciones de la salud, ni la apetencia exagerada de los niños...

Por eso, cuando viene alguno á decirme en la calle:

—Hombre, el último artículo de la *Pandereta* le ha salido á usted flojo...

No puedo menos de volver los ojos á mi pasado y murmurar con lágrimas de arrepentimiento:

—¡Justo Dios! ¿Por qué no me habré dedicado á presbítero?





CAFÉ CON PIANO

BUENAS noches, Miguel.

—Felices, doña Concha y la compañía.

—¿No ha venido nadie?

—No, señora, *entodavía.*

Doña Concha y Loreto, su niña, se quitan los abrigos y los colocan en el respaldo del diván; después toman asiento y saludan con la cabeza al encargado del mostrador.

—Mucho se madruga hoy, dice Miguel, el mozo, sentándose también á corta distancia, después de haber pasado el paño por el velador.

—Hemos tenido que salir antes de lo regular, porque como ésta anda de *ensámenes*...

—¿Se *ensamina?*

—Sí, de tercer año de declamación, y voy á ver si la meto con Calvo.

—¿Qué Calvo? ¿El que viene á las mesas de junto á la ventana?

—No; el primer *astor*. El porvenir de ésta está en las tablas. ¿No la ha oído usted declamar? Tiene una voz muy clara, aunque esté mal que yo lo diga.

—Ya se le nota. La noche que tuvo la *comblusión* por causa de haberles salido á ustedes el medio duro falso, se la oía chillar desde la acera de enfrente.

—¡No me recuerde usted lo del medio duro! Aún lo tenemos en casa. ¡Pícaras!

—¿Quiénes?

—Las del mueblista. Aquel medio duro era de ellas; no me cabe duda que nos han dado el cambiazo; porque, verá usted: yo lo saqué para pagar las dos medias tostadas, y lo puse sobre el velador; ellas estaban aquí, á la derecha, y la madre, que es una lagartona, cambió las monedas; que lo demás, el medio duro nuestro me lo acababa de dar un señor que tenemos en el gabinete, para que le compráramos zarzaparrilla, y es un hombre muy *disno*, que no tiene

más sino que padece de irritaciones y pone el suelo perdido.

—Vienen aquí personas muy *endecentes*.

—¡Ay Miguel! En estos sitios es donde se conoce la educación de cada uno... ¡Lo mismo que la del fumista! ¿Ha visto usté cómo se puso anoche porque mi niña se comió por equivocación una patata de las suyas, creyendo que era nuestra?

En aquel momento penetra en el café un matrimonio con dos niños de ambos sexos, y Miguel se levanta para saludarles atentamente.

—¡Hola, don Camilo!

—Felices... ¡Vaya una noche que hace!

—¿Traigo los *cafeses?*

—Todavía no... Aquilina, toma el asiento de la pared antes de que venga ese fantasmón de teniente y te lo quite.... Déjale puesto á la niña el pañuelo de la garganta para que no se pasme. Ven acá tú, Arturito, trae el gabán, y á ver cómo no tomas nada que veas en el suelo; que anoche te he visto comer un hueso de chuleta, y... ¡sabe Dios de quién sería!

Doña Concha y su hija besan estrepitosamente á la esposa de don Camilo, y acarician á los niños con entusiasmo, como si los hubieran visto nacer.

—¡Ay, hija!—dice doña Concha.—¡Qué

buen color trae usted!... ¡Envidio esa salud!...

—Pues he criado once, contesta doña Aquilina, con cierto orgullo de nodriza abundante.

—Yo no tuve más que ésta, porque á mi esposo lo destinaron á Consumos y se cortó la cabeza.

—¿A sí mismo?

—Poco menos. Estaba de interventor, y un día cogieron un contrabando de merluza: él era voraz por el pescado, y tanto comió, que ya no pudo levantar cabeza. Después supimos que la merluza estaba *putrefata*.

—Y eso... ¿qué es?

—Podrida, como quien dice.

Martínez interrumpe la conversación, yendo á estrechar la mano de aquellas señoras. Martínez es el pianista del café; joven, moreno, bien parecido; con la raya abierta desde la frente hasta el cogote, y un chaquet color de castaña, con trencilla; pantalón claro, chaleco de terciopelo nutria con rayas amarillas, corbata de lunarcitos y botas de becerro mate.

—¿Qué nos va usted á dar hoy? le pregunta don Camilo.

—Traigo una *guaracha* nueva.

—¡Hombre! Me alegro.

—¡Ya verán ustedes qué linda! La compu-

se ayer en un momento, mientras me limpiaba las botas.

—¿Cómo se titula?

—La he puesto el nombre de un profesor que tuve, porque le debo muchos favores: *Ceferino Canseco.*

Las señoras alaban al pianista en voz baja y le miran con regocijo.

—Es un calaverilla, pero muy guapo.

—Y muy listo. Lo que más me gusta es la caída de ojos.

—¡Y qué manos tiene!

—Viste muy bien—añade la hija de doña Concha,—clavando la mirada en el chaleco de terciopelo.

Poco á poco se va animando ei café. Entran las del mueblista y saludan con cierta frialdad á doña Concha y á Loreto; en cambio cubren de besos sonoros el rostro de la esposa de don Camilo. Mas tarde aparece la fumista, que es una señora gruesa, con el pelo pegado á la frente, como si en vez de pomada usase cola de carpintero. Después llega el teniente, y al ver que le han tomado el asiento de la pared, frunce las cejas y dirige una mirada iracunda á don Camilo.

—¡Felices!—dice sentándose al lado de Loreto.

—¡Adiós, Lozano!—responde ésta.

Los niños de don Camilo corren de un

lado á otro del café, parándose delante de todas las mesas y contestando con rasgos de ingenio á las preguntas de los parroquianos que ya les conocen.

—Ven acá, Arturito. ¿Cuántos años tienes?

—Ciete.

—Y tú, ¿qué quieres ser?

—¿Yo? Mula del tranvía.

—¡Ay, qué gracia tiene este chico!

De cuando en cuando el papá le llama para decirle:

—Mucho cuidadito con lo que se habla. Si vuelves á decir que no tenemos criada y que la abuelita duerme encima de la mesa del comedor, te corto la lengua. Cuando te den algún terrón, te lo guardas, ¿entiendes?

—No ha venido Avecilla—dice doña Concha.

—Puede que haya ido á alguna reunión—contesta doña Aquilina.

—Me le acabo de encontrar junto á Fornos, hablando con un caballero cojo—añade el teniente.

—Algún diputado—objeta la fumista.

—Cuando él no está, parece que falta lo mejor—dice don Camilo.

Avecilla no se hace esperar. Es un joven pálido, flacucho, con algo de barba; el pelo lacio y rubio y los dientes separados, como

si tuviesen entre sí algún resentimiento. Viste un gabán bastante usado, pero *reverdecido* con unas tiras de piel de conejo teñido que rodean las bocamangas y guarnecen el cuello.

—Ya está aquí—dicen todos al verle.

—Santas y buenas noches—contesta Avecilla, estrechando las manos de sus amigas y compañeras de tertulia.



—¿Cómo viene usted tan tarde?—le preguntan.

—Porque... en fin... Ejem... ejem...

—¡Ah, bribón!

—Alguna cita.

—No sean ustedes maliciosas, ¡caramba!

—Hola, Teodoro—le dice el pianista desde su asiento.

—Adiós, Martínez. ¿Cómo te *patifiestas?*

Las señoras se ríen de la ocurrencia. Los hombres menean la cabeza, como diciendo:

—¡Qué hombre de tanta gracia es este Avecilla!

Él monopoliza la conversación: dirige chicoleos á sus contertulios; cuenta todo lo que ha pasado en Madrid durante el día;

tiene el secreto de cuanto va á ocurrir en el resto del año, y conoce, según dice, á todo el mundo, desde Castelar hasta Monleón el de los chocolates. Porque hay que advertir que Avecilla... ¡escribe en un periódico!

—Diga usted—le pregunta en voz baja doña Concha.—¿Usted conocerá á Calvo?

—¡Pues, hombre! Estaría bueno que no le conociera—contesta él.—¿No había de conocer yo á Ricardito?

—Quisiera ver si metía allí á Loreto.

—¿En donde?

—En el teatro.

—Cosa hecha.

—¿Sí?

—Como si ya la hubiera usted metido. En cuanto le hable yo á Ricardo...

Doña Concha no cabe en sí de gozo.

—¡Música, música!—dice Avecilla golpeando con el platillo del azúcar el mármol del velador.

Martínez rompe á tocar, no sin dirigir á su amigo una mirada de fingido enojo, porque todos los pianistas de café quieren aparecer á los ojos de la concurrencia como artistas contrariados, que tocan á despecho y se someten por necesidad á las exigencias de un cafetero soez é interesado.

Termina la pieza; Avecilla pide la repeti-

ción, haciendo sonar el vaso con la cucharilla. Los demás concurrentes al café imitan al joven parroquiano, y Martínez rabia delante del instrumento.

Miguel comienza á servir á las señoras de la tertulia que, por lo general, toman café con media tostada, y le piden un terroncito más de azúcar, un sorbo de leche en el vaso del agua, otro sorbito de café y gotas de ron.

De vez en cuando las parroquianas toman *bisté* con patatas; "que estén bien doraditas„, y se reparten la carne por parejas. Avecilla es de los que reciben obsequios en la punta del tenedor.

—¡Vaya! Este bocadito por mí.

—No me desaire usted esta patatita.

—¿Quiere usted que le moje una sopa en este caldito?

Y mientras las parroquianas gozan en las mesas inmediatas al piano, el dueño del establecimiento dice para sí, con los codos apoyados en el mostrador:

—¡El día menospensado voy y les prendo fuego á todas!... ¡Maldita sea mi suerte! Por real y medio cada una se pasan toda la santa noche ocupando cuatro mesas.

AGRIPINA Y NICANOR



Baje usted los entredoses, Nicanor... ¡Pero que siempre ha de suceder lo mismo! ¿No le dije á usted ayer que limpiase la estantería? ¡Mire usted cómo están las madejas!... ¡Bruto! ¡Pedazo de bruto! Son ustedes capaces de comprometer á un hombre de bien. Un día me ciego y le rompo á usted el metro en la cabeza. ¡Animal!

Nicanor, sin pronunciar una palabra, se puso á arreglar los paquetes de la estantería.

A solas consigo mismo y con las piezas de trencilla, pensaba en los ultrajes que le había inferido D. Silverio, su principal, y en los ojos hechiceros de Agripina, la *oficiala*

más pizpereta de cuantas compraban seda y botones en la lonja titulada del *Corazón de Jesús*, donde servía, en calidad de dependiente, el joven Nicanor Cuzcurrita.

Don Silverio era un salvaje. Nicanor le tenía un miedo cerval; y no le faltaba razón, porque al que contrariase á don Silverio ya le había caído qué hacer.

Una vez cogió á un dependiente, y después de tirarle dos ó tres mordiscos, le arrojó al patio desde el entresuelo; otra vez dió un par de bofetadas á una parroquiana porque le ofreció 12 reales por un *polisón* que estaba marcado en 28.

Era atroz don Silverio.

El joven dependiente padecía bajo el poder de aquel ogro con americana, y en más de una ocasión había dicho á un paisano suyo que servía en una tienda de quincalla:

—Si sabes de alguna colocación, dímelo, Bonifacio. ¡Tengo unas ganas de perder de vista á mi principal! ¡Si vieras lo bruto que es!

Pero la cosa andaba mal, y entre el Gobierno y el cólera habían puesto á la nación en estado tan crítico, que los jóvenes del comercio no encontraban donde ganar una peseta.

Nicanor, cumpliendo las órdenes de su jefe, limpiaba con gran interés todos los

paquetes, ponía en orden los muestrarios y recogía cuidadosamente los trozos de cordón que esmaltaban el pavimento.

—Nicanor, le decía don Silverio á cada instante. ¿Hay bastantes ovillos del número 4?

—Sí, señor; contestaba él.

—Nicanor, el torzal azul.

—Nicanor, saque usted los botones de acero fantasía.

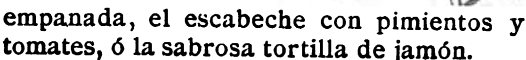
—Nicanor, no hay en el escaparate alfileres de cabeza negra: póngalos usted.

—Nicanor, déme usted la puntilla.

—

Los domingos de Nicanor eran la única felicidad que le proporcionaba la Providencia.

Porque el joven riojano esperaba los domingos á Agripina en el café de la Concepción, y juntos se dirigían á las Ventas del Espíritu Santo. Allí, por una módica suma, devoraban en silencio la chuleta empanada, el escabeche con pimientos y tomates, ó la sabrosa tortilla de jamón.



¡Qué feliz era entonces el dependiente de la tienda de sedas!

Agripina le amaba; se lo había dicho una tarde mientras él medía tres varas de galón. Desde entonces la existencia de Nicanor se había endulzado con las frases cariñosas de la *oficiala*; pero don Silverio, que detestaba la felicidad ajena, había descubierto las relaciones de Agripina y Nicanor, y no cesaba de decir á éste:

—El día que les pille á ustedes en conversación, ya verá usted lo que hago con esa chicuela.

El joven rehuía las miradas de su principal cada vez que Agripina entraba en la tienda; y ella, al ver la seriedad de su amante, no podía menos de recriminarle en voz baja; Nicanor le decía entonces con disimulo, mientras envolvía media docena de botones:

—Circunspección, Agripina mía; se nos observa.

Ella comenzó á quejarse de su Nicanor.

—No me ama, se decía á solas. Antes se acercaba al mostrador hasta meterse la tabla por la boca del estómago: ahora me despacha silenciosamente, y me cobra hasta el último céntimo. El otro día llegó á devolverme una pieza del perro, diciéndome que era falsa. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Si me ha-

brá olvidado? ¿Si pensará cobrarme la peineta que me vendió el jueves?

—

Nicanor llegó al café de la Concepción un domingo por la tarde.

—¿Qué va á ser? le preguntó el mozo.

—Tráigame usted una Agripina, contestó.



—¿Una Agripina?

—¡No sé donde tengo la cabeza! Tráigame usted café.

Dicho esto, el joven riojano comenzó á recitar con la imaginación el siguiente monólogo:

—Hace ocho días que Agripina no va á la tienda; llego hoy aquí, y, contra su costumbre, no ha acudido á la cita. ¡Cielos!

Y al decir esto, sorbió un poco de café.

—Don Silverio no me habla ya de mis amores con esa muchacha: ¿por qué, Dios mío, por qué? Son las cuatro, y ella no viene. ¡Ay de mí!

Nicanor pagó el café y salió á la calle como un loco.

—¡Arre allá! le dijo con malos modos un

guardia de orden público, contra el cual había chocado el dependiente.

—¡Gracias! contestó éste, sin saber lo que se decía.

Y anduvo toda la calle de Carretas, atravesó la Puerta del Sol, subió la calle de la Montera y llegó á la de Fuencarral.

¿Adónde iba? A ninguna parte.

¿Qué buscaba? Nada absolutamente.

Quería aturdirse, embriagarse á fuerza de correr y de sufrir pisotones en el dedo gordo, que lo tenía cubierto por un sabañón del tamaño de un huevo de paloma.

Al llegar frente á la calle de Colón, sus ojos se fijaron en una muestra colocada en un entresuelo, y en la cual se leía lo siguiente:

AGRIPINA CADENETA

MODISTA

Y se lanzó como un demente por la escalera de la casa de Agripina.

Era tal la desesperación del joven, que en vez de coger el llamador con la mano, lo apresó con los dientes y comenzó á llamar como los perros sabios.

—¿Quién? preguntaron desde dentro.

—Abra usted, contestó Nicanor pisándose el sabañón con el pie sano, porque le picaba.

La puerta giró sobre sus goznes, y Nicanor se precipitó por el pasillo como quien va á cobrar una cuenta.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? gritaba.

Pero cuando iba á trasponer los umbrales del gabinete, Agripina se presentó ante sus ojos vestida de blanco.

—¡Infame! gritó Nicanor tratando de estrangularla.

Un brazo de hierro le detuvo, y una voz, para él muy conocida, le dijo con calma estoica:

—Nicanor, vaya usted á barrer la tienda.

Aquel brazo y aquella voz eran los de don Silverio.



EL EJERCICIO



¿De qué le sirven á don Benito sus rentas pingües y la senaduría vitalicia? De nada.

Don Benito apenas come; don Benito se fatiga al subir las escaleras, y si un amigo afectuoso le saluda en la calle con un apretón de manos, el buen señor se ve obligado á guardar cama al día siguiente y á envolverse el brazo en algodón empapado en árnica.

La esposa de don Benito sufre interiormente.

—¡Dios mío! Nosotros podíamos estar muy bien, dice ella. Tenemos lo bastante para vivir con desahogo. Benito es senador del reino y hombre importante dentro de su partido. Y, sin embargo, en esta casa no

hay tranquilidad, porque el pobre Benito... ¡Con sus achaques!...

Un día, el barbero de don Benito, que le ponía sanguijuelas todos los sábados para prevenirle contra la congestión cerebral, fijó su mirada en el infortunado senador, y le habló así:

—Señor de Bandullo: usted dirá que me meto en lo que no me importa, pero usted debía dedicarse á la caza.

—¿A la caza? exclamó don Benito con el mayor asombro.

—Sí, señor. Yo conocí á un teniente coronel de carabineros que se iba muriendo á pedazos, y estaba como usted, hecho un buey, aunque sea mala comparación. Le vió un médico alemán, y en ocho días el teniente coronel se quedó como un sacatrapos.

—¿Y cómo?

—Cazando.

—¿Cazando?

—Sí, señor; no hay cosa como el ejercicio: no sabe usted lo que influye en beneficio de la salud una excursión de cuatro ó cinco leguas entre jarales y cardos silvestres, comiendo en el campo, durmiendo en el campo, haciendo, en fin, en el campo todo lo que ha hecho usted hasta ahora en el domicilio conyugal ó en el palacio de doña María de Molina.

Don Benito meditó: después fué á ver á un médico que era también senador, hombre muy inteligente en interpelaciones y en enfermedades de la piel.

—Sí, debe usted cazar, le dijo el médico. Eso le aligerará á usted la sangre.

Entonces don Benito se puso de acuerdo con el barbero, que era capaz de cazar en la punta de una espada, y de su conferencia obtuvo la siguiente declaración:

—Mire usted, don Benito, exclamó el barbero. Todos los sábados por la tarde salimos para Torrelodones varios amigos aficionados: un procurador, que caza desde el año 53, y no ha tenido un mal catarro; un comisionista catalán, gran tirador, y que es una especialidad para guisar los conejos con judías verdes; un empleado en la dirección de Contribuciones, que una vez se fué cazando hasta Castellón de la Plana, y un servidor de usted. Venga usted con nosotros el sábado, y pasará un buen día.

Don Benito llegó á su casa radiante de alegría.

—Mira, Angustias, dijo á su mnjer; yo estoy decidido á curarme: el sábado me voy de caza.

—¿De caza? Benito, tú no sabes lo que te dices; Benito, tú eres muy impresionable,

y te vas con el primero que te hace cuatro carantoñas. Piénsalo bien, Benito.

—Ya está pensado, contestó él.

Y se metió en la cama, porque aquel día había habido votación, y siempre que tenía que votar experimentaba su salud fuertes sacudimientos, sin duda por la impresión que le producían las importantes resoluciones anejas á su cargo.

Tres días después don Benito llegaba á la estación del Norte, donde ya le esperaban sus compañeros de expedición.

El barbero salió á su encuentro, y mostrándole un coche de tercera que iba llenito de segadores gallegos, le dijo:

—Señor de Bandullo, aquí tiene usted el coche que hemos elegido.

El senador, que sudaba á chorros, entregó al barbero la escopeta, cubierta con una funda de cuero, y se sentó en el estribo del coche para enjugarse la frente.

Doña Angustias, que no había querido dejar de despedirle, llegó en aquel momento, seguida de la criada, y dirigiéndose á su esposo, le habló así:

—Mira, Benito: tú no me quieres hacer caso, pero esta calaverada te va á dar que sentir. Toma, ponte esta elástica; mira que las noches refrescan mucho.

El barbero se echó á reir; don Benito,

sintiéndose herido en su amor propio, miró despreciativamente á su esposa, y no quiso contestar á sus cariñosas insinuaciones. Después, dando muestras de una agilidad impropia de su cargo, se incorporó, puso el pie en el estribo, y de dos saltos fué á parar dentro del coche; pero, preocupado con el esfuerzo, no vió que acababa de sentarse sobre el morral de uno de los segadores.



—¡Cáscaras! dijo lanzando un chillido y llevándose la mano á la parte posterior.

Doña Angustias, que se había quedado en el andén muda como una estatua de yeso, oyó el quejido de su esposo y se lanzó en su socorro.

—¿Qué tienes, Benito? preguntó sobresaltada.

—Nun es cosa de cuidadu, dijo uno de los segadores.

—No, añadió don Benito rascándose la parte dolorida.

—Se ha metidu la punta de la hoz pur los ijares, dijo el segador con reposado acento.

Acudieron el barbero, el procurador y el oficial de Contribuciones, y después de reconocer á dòn Benito, declararon que aquél era uno de los incidentes indispensables en toda excursión cinegética. El comisionista catalán acabó de tranquilizarle diciendo:

—¡Oh! ¡Ya verá *ustet* cuántas cosas de éstas pasan en el monte!

—¿Qué? preguntó don Benito con escama. ¿En el monte ocurren siempre pinchazos de éstos?

Pero no tuvo tiempo de conocer la respuesta.

El tren silbó, doña Angustias agitó el pañuelo con la misma tristeza que si acabase de despedir á su esposo para las islas Filipinas, y los cazadores se apresuraron á subir al coche, donde don Benito seguía rascándose la parte dolorida con la mayor resignación.

Hasta entonces ninguno había notado que el bueno de don Benito iba vestido como el más hábil y consecuente cazador.

En efecto, firme en su propósito de buscar por medio de la caza el alivio de su padecimiento, había resuelto proveerse de todo lo

necesario para la nueva profesión; y valiéndose de un inteligente en asuntos venatorios (que no cazaba más que en el plato), don Benito adquirió un traje de dril, á cuadros; un sombrero de fieltro, de anchas alas; polainas de cuero que le subían hasta los muslos, sujetas con hebillas, cinturón de cuero también, con bolsas cilíndricas para guardar los cartuchos, morral de pelo de cabra y escopeta de dos cañones.

—¡Bravo! le dijo el barbero cuando hubo pasado revista á los marciales arreos de don Benito.

—Lo que hay, contestó él, es que estas polainas me dan un calor...

—¡Uf! añadió el catalán. Ya verá *ustet* lo que le pasa. En cuanto ande *ustet* un par de kilómetros no va á poder soportar el dolor de las piernas.

El senador se estremeció; pero era necesario mostrarse fuerte para no dar que decir á aquellos señores, y, haciendo un esfuerzo para sonreir, dijo:

—¡Bah! Por mí no se descompone la cosa. ¡Tengo unas ganas de verme en el monte!

Los segadores no se habían cuidado de lavarse antes de salir de Madrid, y la atmósfera que se respiraba dentro del coche era poco grata para los pulmones de don Benito.

¡Tengo una sed! dijo al cabo de algunos minutos.

—¿Sed? preguntó el empleado en Contribuciones. Y presentó al senador una cantimplora.

Don Benito, creyendo que lo que se le ofrecía era agua cristalina y fresca, acercó el frasco á los labios y sorbió con delicia; pero en seguida se le vió dar un salto y llevarse ambas manos á la garganta, gritando:

—¡Dios mío!... ¡Yo me ahogo!... ¿Qué es esto?

—Aguardiente, dijo con la mayor naturalidad del mundo el empleado.

—El comisionista, el procurador y el barbero, se reían sin compasión; don Benito sudaba, y como iba pegado á la ventanilla y había cogido su sombrero para abanicarse, no se fijó en que el tren marchaba á gran velocidad y que una ráfaga de aire le arre bataba el sombrero.

—¿Qué hago yo ahora? decía clavando sus ojos en el fondo del carruaje. ¡Yo que me constipo con tanta facilidad!

—Átese usted un pañuelo á la cabeza, se atrevió á decir un segador.

Por toda respuesta, don Benito sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ató debajo de la barba.

Una hora después el tren se detenía en Torrelodones.

—Bájese usted pronto, dijo el barbero á don Benito. Ahora es necesario que emprendamos la caminata hacia el monte; tenemos que llegar antes de la noche.

El senador cargó con la escopeta, el morral y un lío conteniendo varias prendas de vestir que le había dejado en el coche, quieras que no, su esposa.

—¡Andando! dijo con acento melancólico.

—Tenga *ustet* mucho cuidado, añadió el comisionista; por aquí suele haber *culebres* y *víbores*... Si ve *ustet* alguna, hágale fuego.

—¡Ay! murmuró don Benito; y se internó en el monte, mirando á todas partes con espanto.

....

—¡Señora, señora! gritaba la criada de doña Angustias entrando en el gabinete. ¡Al señor lo traen en una espuerta!

—¡En una espuerta! exclamó doña Angustias corriendo hacia el pasillo.

En aquel momento el senador era introducido en su hogar, envuelto en una manta, que traían cogida por sus cuatro puntas dos robustos mozos del ferrocarril.

—Aquí traemos esto, dijo uno de ellos.

—¿De dónde viene? preguntó doña An-

gnstias, derramando lágrimas como puños.

—De Villalba. Lo envía facturado el jefe de la estación.

Don Benito abrió los ojos y suspiró.

—¡Mira cómo vengo! dijo por último; y dirigió una mirada amante á su señora.

—Habla, Benito, exclamó doña Angustias. ¿Has cazado?

—Sí. He disparado dos tiros: con el primero maté una oveja... y he tenido que pagarla; con el segundo he estado á punto de matar al comisionista catalán.

—¿Y cómo vienes así?

—Vengo así á consecuencia del ejercicio. ¡Ya ves si es saludable la caza!



TODO POR EL ARTE

Don Agapito Vázquez pertenece al Cuerpo de archiveros bibliotecarios desde su más tierna edad; pero no ha podido pasar nunca de 12.000 reales al año con descuento.

Su esposa asegura que todo se ha puesto por las nubes, y que con 45 duros mensuales es imposible alimentarse decentemente, ni vestir con abundancia, y viceversa.

—Dedícate á otra cosa en tus ratos de ocio, dice á su marido.

—¿A qué quieres que me dedique?

—Tienes razón; tú no sabes hacer nada. Tú eres una persona inútil, un hombre de paja, como quien dice.

—¡No me saques de mis casillas, Genoveva!...

—Porque no te gusta que te diga las verdades. Hay hombres en Madrid que por las mañanas escriben en casa de un procurador; por las tardes van á la oficina; por las noches llevan los libros en una tienda de comestibles...

—Sí, y al amanecer se tiran de cabeza por el Viaducto.

La niña de don Agapito tiene una voz... ¡Qué voz!

—Mamá, dice á cada paso; yo no he nacido para oiros regañar todos los días. Soy muy nerviosa, y vuestras discusiones acabarán por matarme.

—Pero, hija, ¿no tengo razón? ¿Has visto hombre menos productivo que tu padre?

—Él no lo puede remediar.

—Que se agite, que busque, que salga de su apatía. Otros tan buenos como él dan lecciones de gramática, ó tocan el violín en una orquesta, ó se dedican á la venta de objetos usados.

Veremunda, la hija de don Agapito, sigue cultivando la voz con ayuda de un chico

violín que es visita de la casa, y que se ha propuesto convertir á Veremunda en una artista.

—Lo que deben ustedes hacer, dice á los padres de la joven, es dedicarla á las tablas.

—¿A qué tablas? pregunta don Agapito

—A la escena; la chica tiene una grandísima disposición para el género lírico.

Desde aquel instante el papá piensa seriamente cn el asunto, y comienza á notar que Veremunda canta como un ánge casero.

—Vamos á ver, le dice un día. ¿Tú tienes vocación escénica?

—¡Ay, papá! Yo soy artista completamente: detesto la escoba, odio el fogón, tus calcetines me inspiran una antipatía invencible; prefiero morir á tener que pegar una cinta de tus calzoncillos.

—Entonces tú has nacido para tiple.

—Sí, sí; para todo menos para el trabajo manual y grosero.

La mamá de Veremunda toma parte en la conversación, diciendo:

—Hace mucho tiempo que vengo notando las felices disposiciones de nuestra niña; tenemos aquí una joya, Agapito; créeme á mí. En cuanto pierda la vergüenza, será una gran actriz.

—La perderá, añade don Agapito; eso es cuestión de costumbre.

A fuerza de gestionar, don Agapito consigue que Veremunda éntre en una Compañía lírico-dramática, con 18 reales de sueldo y la formal promesa de mayor remuneración en cuanto la chica se suelte.

Y aquí comienza lo interesante en casa de don Agapito.

Veremunda es desde aquel día la tirana de Padua ó la Calígula casera, ante la cual se postran humildemente sus papás para complacerla en todo y obedecer sus órdenes sin chistar.

—¡Silencio! dice la mamá en cuanto se levanta, tratando de tapar la boca á la criada con una rodilla. A ver cómo te quitas los zapatos para no meter ruido; la señorita está durmiendo.

—¡Como antes se levantaba á las ocho!

—¡Imbécil! Es que entonces no trabajaba en público; ahora tiene que dormir más, porque se retira tarde, y las artistas necesitan mucho reposo. ¿Sabes tú lo que se fatiga una persona que tiene que hacer de paje y huir al final con la característica, creyendo que es su hermana de leche?

—Yo no sabía eso.

—Anda, prepárate para ir á la compra, y no traigas carne de barbilla, porque á mi

hija no le gusta. Si encuentras merluza buena, compras media libra: el pescado es excelente para las notas agudas.

Don Agapito se levanta con gran precaución para no turbar el sueño de la niña, y se lava con la toalla húmeda, porque no quiere meter ruido.

—No he podido pegar ojo en toda la noche, dice á su mujer.

—¿Por qué?

—Porque no han aplaudido á Veremunda la relación del bosque.

—No seas bruto, Agapito. Con eso das pruebas de tu falta de inteligencia. Has debido comprender que no han aplaudido á la chica porque la primera tiple gratificó á los alabarderos á fin de que guardaran silencio... Ya verás la que se arma hoy en el ensayo, en cuanto vea á la madre de la tiple. ¡La voy á poner como se merece! ¡Envidiosa! ¡Ya se ve! ¡Como Veremunda tiene tantas simpatías en el público!

—Me parece que ha tosido.

La mamá, al oir esto, corre veloz hacia el cuarto de la artista; pero regresa pronto y dice tranquilamente:

—No era ella: era el minino, que anda estos días malucho.

En aquella casa nadie piensa más que en Veremunda, la cual ha adquirido tantos humos, que trata á sus padres como si fueran coristas necesitados ó racionistas decadentes.

—Hijita, ponte un mantón, que te puedes acatarrar.

—Monina, ¿quieres una tacita de flor de malva, á ver si consigues sudar esta noche?

—¡Veremundita, estás pálida! ¿Te duele algo? ¿Quieres que mandemos aviso de que no puedes ensayar?

Ella, en tono displicente, contesta con monosílabos y se dirige al piano para probar la voz y hacer ejercicios.

—¡Re... sol... sol... mí... sol... la... sol... fa... re!

La mamá la oye encantada.

—No fuerces la voz, la dice. Acuérdate de lo que pasó á la Sánchez, que fué á dar un *si* y se la rompió una vena.

Veremunda no pára la atención en estos sanos consejos, y sigue emitiendo notas y enjuagándose con gorgoritos.

Entretanto el papá asiste con menos celo

á la oficina, y todo su afán lo consagra á frecuentar los círculos literarios para conocer á los chicos de la prensa y poderles decir de cuando en cuando:

—Pues á mi niña le está haciendo la Empresa una porción de *charranadas*. Ya ve usted que ella vale, aunque esté mal que yo lo diga, que al fin la he dado el ser.

—¿Qué le sucede á la chica?

—Le habían prometido aumentarle el sueldo: lleva cincuenta y seis días en el teatro, y ¡nada! Si tiene usted ocasión de decir esto en su periódico, nos hará usted un gran favor.

Otras veces don Agapito se va á las butacas, y desde allí contempla los méritos indiscutibles de Veremunda; después entabla con el acomodador este diálógo:

—¿Eh? ¿Ha visto usted cómo ha cantado ese demonio de chica la romanza del acto segundo?

—Sí, señor. Tiene buenos pulmones.

—Es muy lista. ¡Y con qué facilidad lo aprende todo! El otro día le llevaron el papel de horchatera; no hizo más que leerlo mientras su madre la limpiaba las botas, y ¡tras! se le quedó grabado. Ya, cuando niña, era lo mismo. Está mal que lo cuente; pero esa muchacha va á dar muchas desazones en el teatro; la primera tiple no la

puede ver, porque Veremunda vale más que ella... ¡Y no me ciega la pasión de padre!

¡Ay qué Veremunda, y qué papás, y qué amiguitos más perjudiciales los que asisten al cuarto de la actriz!

La adulación la desvanece, el orgullo la trastorna, y los malos consejos van á hacer de una joven discreta, con buenas disposiciones para el arte, un ser antipático é insoportable, á quien dirán los empresarios el día de mañana:

—Hija mía, para que podamos entendernos, es necesario que haga usted un sacrificio.

—¿Cuál?

—Facture usted á sus papás para la China.



DE MÁSCARA



I

Me parece que es hora de irse disfrazando. ¡Hermoso día!... Por nada del mundo dejaba yo de ir al Prado esta tarde. Los trajes de *pierrot* son muy cómodos... Vaya, ya no sé por dónde anda la gola... ¡Paca!... ¿Cuánto apostamos á que la ha barrido esta mañana al hacer la limpieza? ¡Paca!... A mí el Carnaval me gusta muchísimo. Yo hubiera buscado un amigo que me acompañase; pero prefiero tener la libertad de ir donde más me acomode, sin trabas de ningún género para correr, y bromear, y hacer locuras. ¡Soy yo un pez!...

¡Por vida!... ¡Ya se me ha descosido el pantalón!... ¡Paca! ¿No oye usted que la llamo? A ver, búsqueme usted la gola... Sí, la gola, mujer; esta mañana la dejé sobre el baúl...

¿Que la ha echado usted á la basura? ¡Maldita sea mi suerte! ?Y cómo me presento yo sin gola delante de las de Zarramplín? Tráigame usted un pañuelo cualquiera, que esté bien limpio, me lo ataré á la garganta. ¡Ah! Y á ver cómo me cose usted estos pantalones. ¿Qué dirían las de Zarramplín si me vieran descosido?... ¡Tengo unas ganas de ver á Tulita!... ¿Que si se puede pasar? No, no pase usted ahora, Paca; estoy tratando de coserme yo mismo los pantalones.

No es esta operación para mujeres. Déme usted el pañuelo por debajo de la puerta; eso es .. ¡Ah! Téngame usted preparada el agua caliente para la vuelta... Siempre que ando con exceso se me resecan las articulaciones... Esta blusa me parece demasiado ancha... ¡Ay, Tulita, Tulita! ¡Con qué impaciencia estarás esperando que me presente!... ¡Qué mona es!... Pues, señor, repito que me parece ancha. ¡Paca! Tráigame usted la careta, que está encima de la mesa del comedor... "Mire usted, Verecundo, me dijo Tulita; mamá no permite que tenga relaciones, porque soy muy niña; pero acérquese usted sin miedo, como si fuera usted á darle broma. Estaremos en las sillas, frente al Dos de Mayo."

Cada vez que pienso en Tulita, se me en-

sancha el corazón... No pase usted, Paca; estoy ocupado; quiero prevenirlo todo para que allí no se me ocurra... Bueno: éntre usted ya. ¿Qué? ¿Le gusta á usted el traje?... De *pierrot*, sí; de *pierrot* legítimo. Pantalón blanco con listas azules, blusa de los mismos colores, gorro de algodón negro, y careta de carnero merino. Compraré ahora, al pasar por la Mahonesa, una cajita elegante, llena de bombones. A Tulita le daré una yema de coco. Se muere por las yemas de coco. La otra noche, cuando dieron el *lunch* las de Jaretilla, se comió siete ella sola... ¡Paca! ¿Quiere usted limpiarme las botas con esta colcha? Yo no me puedo bajar, porque con la careta no veo. Gracias. ¡Ah! Estíreme usted la blusa por detrás. Así. Ahora, ancha Castilla... Si á las ocho no he venido, dígale usted á mamá que no se asuste. Cuando uno sale, como yo, á tiro hecho, es decir, á divertirse en gordo, las horas se pasan en un santiamén... Ea, abur. ¡Laralán, larán, larán!

II

¿No ve usted por dónde va, torpe?... Sí, señor, á usted se lo digo. ¡Pues hombre, no faltaba más!... ¡Maldita careta! Se me suben

los agujeros y no veo gota. ¡Qué hermosa mujer! La voy á echar un piropo: ¡Bendita sea la gracia y el salero!... ¡Hombre, por eso no se ponga usted así; yo no sabía que era su esposa de usted!... ¿Que por qué me visto de mamarracho? Pues porque me da la gana, ¿sabe usted? ¡Qué gente más grosera! Sale uno de su casa dispuesto á divertirse pacíficamente, y ya llevo dos compromisos. Nada, no veo gota. He debido hacer mayores los agujeros... Me parece que aquel es don Erasmo, sí; voy á embromarle:—Adiós, calaverón. ¿Por qué has dejado en casa á doña Gertrudis? ¡Qué! ¿No ha querido salir? Ha hecho mal. Adiós, adiós; no me conoces... En buen lío le he metido: estará devanándose los sesos para averiguar quién soy... Pasemos á la otra acera... ¡Qué burdel de calle! ¡Cuánto coche!... Digo yo que serán coches, por el ruido únicamente; ¡como no veo! ¡Ay! ¡Socorro!... Gracias, caballero: gracias, señora.

Pues nada: iba á cruzar la calle, y como esta careta tiene los agujeros tan chicos, no he visto venir el carruaje... Por poco

me coge, sí, señor; no, no tengo fractura. Lo que no puedo es mover este brazo, porque me ha pisado uno de Orden público. ¿A la Casa de Socorro? No, señor. ¡Pues hombre, estaría bueno que viniera á divertirme y me llevaran ahora en una camilla!... De ningún modo.

¿Pero qué hace ahí parada tanta gente? ¡Anda! ¡Y se burlan porque me he puesto perdido de barro!... Le voy á dar un puntapié á uno de esos chicos, que se va á acordar del santo de mi nombre... Pues, señor, bien: ya me han tirado una pelotilla. Oye, tú, desvergonzado: ¿es esa la educación que te dan en tu casa? ¡Otra pelotilla! ¡Bueno me van á poner el traje!

¡Guardia, guardia! proteja usted á las máscaras... ¡Zambomba! Guardia, aquel chico me ha dado con una escoba en la cabeza. Me voy de aquí, porque si me ciego, vamos á tener alguna que sea sonada. ¡Qué falta de educación tienen algunos!... ¡Jesús! ¡Cómo está el Prado de gente! Vaya usted ahora á saber dónde se habrán sentado las de Zarramplín... ¿No es aquél Celedonio? El mismo.—¡Hola, Celedonio! ¿Cómo estás?... Bueno, gracias. ¿Conque vienes á ver las máscaras? Vaya, vaya; pues no me conoces... ¿Que no te importa? ¿Que te deje en paz? Corriente, adiós... Pero, señor, ¿dónde

estarán las de Zarramplín? ¡Cielos! Tulita está sentada al lado del teniente. ¿Qué hacer? Los celos me ahogan; pero ella me ama, y al reconocerme dejará á ese fantasmón... Valor... Hola, Tulita, estás muy entretenida... Caballero, yo hablo con esta señorita, porque puedo... ¿Que me vaya? No me iré, no, señor. ¡Pues no faltaba más! Eso la veremos... ¡Eh! ¿Usted á mí? ¡Ay! Socorro! ¿A la prevención? ¿Por qué? ¡Esto es un atropello!

III

Soy yo, Paca, soy yo; no le diga usted nada á mamá. Tráigame usted un vaso de agua con unas gotas de vinagre... ¿Qué he de querer comer? Lo que quiero es morirme. Déjeme usted solo... ¡Infame! Mientras el teniente me pegaba con el puño cerrado hasta destrozarme todo el hocico de la careta, ella se reía. ¿Para qué me he vestido de *pierrot?*



Me han insultado los chicos; me ha atropellado un coche; me ha pegado el te-

niente y me han llevado los guardias á la prevención. ¡Maldita sea mi estrella! Para colmo de penas, he perdido la cédula de vecindad. Yo no sé cómo hay quien se disfrace. ¡Tula, Tula, me has clavado un puñal! ¿Y cómo devuelvo yo este traje hecho trizas á mi amigo Restituto? ¡Dios mío, que desgraciado soy!

....

¿De qué me disfrazaré mañana? ¡Ah, sí, de Mefistófeles! Le voy á pedir el traje al vecino del entresuelo.

Nota del autor.—El verdadero aficionado á las máscaras, podrá morir en el cumplimiento de su misión; pero no retrocede jamás ante las contrariedades del destino.

He conocido un mancebo de botica que se disfrazaba todos los años de jardinera.

Llegó el domingo de Carnaval de 1889, y el boticario prohibió al joven que abandonase aquella tarde el establecimiento.

—¿Conque no me permite usted salir? preguntó con desesperación el mancebo.

—No, dijo el boticario.

El joven miró fijamente á su verdugo; después se apoderó de un frasco de láudano, apurando de un sorbo su contenido, y desapareció entre las sombras de la trastienda.

Media hora después, el mancebo se pre

sentaba en la botica, disfrazado de jardinera.

—¿Qué has hecho, desgraciado? gritó el farmacéutico, tratando de castigarle.

El joven lanzó una carcajada histérica.

—Vengo del Prado, dijo con voz estentórea.

Y cayó al suelo como herido por el rayo.

¡Estaba muerto!

EL PRIMER HIJO

Sí; es una bendición del cielo, un encanto, un dón precioso, un placer inefable...

Razones de más para que don Filomeno, nuestro vecino, saboree todas estas dichas tranquilamente, y nos deje en paz á los demás habitantes de la casa.

Pero no, señor; á él le ha nacido un chico, después de veintitrés años de infecundo matrimonio, y todos los días nos ocasiona alguna incomodidad.

Lo primero que hizo al verse con un fruto, fué mandar recado á los vecinos, en estos términos:

—De parte de mi amo (vino á decirnos la criada), que hagan ustedes el favor de no pisar fuerte, ni fregar los suelos, ni meter ruido con los tenedores cuando coman.

—¿Hay algún enfermo grave? preguntamos.

—No, señor; es que la señora ha salido de su cuidado y el niño está durmiendo.

Don Filomeno, que antes se pasaba la vida haciendo cigarrillos y mudándole el agua á los canarios, ha abandonado estos importantes quehaceres para dedicarse en cuerpo y en alma á los deberes de la paternidad.

Entra en la cocina á ver si cuece el agua, porque ha dicho el médico que habrá que lavar al chico con flor de saúco y belladona; de la cocina pasa á la alcoba de la pasiega para preguntarle:—¿Qué tal? ¿Tira mucho?

Desde la alcoba se va al balcón para esperar al médico; del balcón á la ventana del patio, donde ha puesto á secar por sí mismo los pañales de la criatura, porque estas cosas delicadas no quiere confiarlas á nadie en el mundo...

Las amigas que van á visitar á la madre reciente, son recibidas por don Filomeno en una salita situada en uno de los extremos de la casa.

—Ustedes dispensarán si las recibo aquí, lejos de mi Aniceta, dice don Filomeno; pero toda precaución es poca en estos casos.

—Hace usted perfectamente, contesta una de las señoras. ¿Y el niño?

—Bueno; gracias.

—Me alegraré que no tenga novedad.

—Ya se lo haré presente en su nombre. ¡Pobrecito! ¡Si viera usted qué inteligencia tiene!

—¿Sí?

—Cuando ve que su mamá se ha quedado dormida, se mete los deditos en la boca para no llorar.

—¡Qué monada!

—A mí me conoce perfectamente. ¡La fuerza de la sangre!... Ya lo verán ustedes otro día, porque ahora está descansando. Anoche se puso muy malito... ¡Angel de mi vida! Como no tiene aún bastante reflexión, mama sin reparar, y, naturalmente, se empachó. ¡Pero váyale usted con advertencias al pobrecito!

—¡Claro!

—Además, hay un vecino en la acera de enfrente que se pasa el día tocando la trompa, y al angelito le produce dolor de cabeza. Voy á dar parte á la autoridad para que castigue á ese hombre. Le he mandado tres recados, y no cesa. ¿Ha visto usted qué falta de consideración?

Don Filomeno se figura que nadie más que él ha tenido hijos en este mundo, y que

la humanidad entera se halla en la obligación de pisar con cuidado para no interrumpir el sueño del recién nacido.

Hasta los vendedores ambulantes son interpelados por don Filomeno desde el balcón.

—¡Eh! ¡Silencio! les grita. Baje usted la voz, trapero.

—¿Por qué? pregunta el otro desde abajo.

—Porque está delicada mi señora. ¡Qué país! Aquí nadie tiene consideración con las criaturas...

Al aguador le obliga á quitarse los zapatos en la escalera, y á que vierta la cuba en la tinaja gota á gota y conteniendo la respiración.

Cuando la criada estornuda, se va corriendo á la cocina y la dice:

—Si vuelves á sentir deseos de estornudar, métete en la despensa.

—¿Por qué?

—Porque se puede asustar el niño, que no sabe todavía lo que es un estornudo, y va á creer que están tirando tiros en la cocina.

Aparte de estas jaquecas individuales, el angelito es víctima también de los cuidados

paternos. Si llora, don Filomeno le quita la faja y la camisilla, y comienza á frotarle con el aceite de la candileja.

—¿Dónde te duele á ti, cielo de la casa? le pregunta. ¡Ay, qué niño tan rico! ¿Quieres que tu papá te dé una unturita? Así, así. ¡Qué bueno es el niño!

Si el chico menea las piernas, don Filomeno cree que es porque está impaciente, y le dice al ama:

—Póngase usted de pie y mueva al niño como si fuera un frasco de antihistérica. Como es tan nervioso, no puede estar parado mucho tiempo.

Don Filomeno pertenece á la Sociedad de agricultores; pero desde que tiene la inmensa dicha de ser padre, no asiste á las juntas ni quiere saber nada de lo que allí sucede.

El conserje fué á visitarle, y le dijo:

—Don Filomeno, es necesario que concurra usted esta noche á la sesión, y me manda aquí el presidente para que se lo suplique.

—Es inútil. No puedo dejar abandonado al chiquitín.

—Pero...

—Además, hay una razón poderosa que me obliga á darme de baja en la Sociedad.

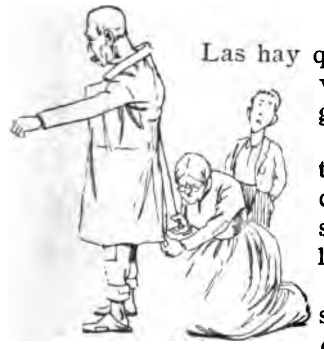
—¿Cuál?

—Los estatutos disponen que nadie podrá

ser socio sin haber cumplido los veinte años. Pues bien: esta prescripción viene á negar á mi hijo el derecho de entrada... ¡Y donde no entra mi hijo, no puedo entrar yo!



MUJERES ECONÓMICAS



Las hay que con cuatro trapitos visten á su familia y da gusto verla.

— Desengáñese usted; todo consiste en la disposición de las personas y en la buena voluntad.

Esto nos decía una señora, ponderando las condiciones de cierta amiga suya, casada con un procurador retirado.

Pasado algún tiempo, tuvimos el gusto de conocer al ex procurador, que era un infeliz y llevaba una levita que parecía la funda de un *violoncello*.

—¡Jesús! dijimos en voz baja á nuestra amiga. ¡Cómo han vestido á ese hombre!

—Pues ahí donde usted lo ve, nos contes-

tó, todo lo que lleva encima es obra de su esposa. ¡Qué manos tiene aquella mujer!

Nosotros admiramos la fuerza de voluntad de esas señoras que se proponen sacar de un tapete usado unos pantalones para su esposo, y los sacan.

Más de una vez nos hemos inclinado reverentemente ante una madre de familia que ha vestido á dos hijos suyos con los residuos de una colcha, y aún le ha sobrado tela para forrar una almohadilla.

Pero ¡Dios mío! ¡Cómo salían á la calle aquellas criaturas!

Bueno que la mujer mire por su casa y economice todo cuanto pueda, y haga de un duro dos, como suele decirse; pero que en su afán de buscar economías vista á los chiquillos como si fueran monas, eso nos parece ridículo y censurable.

La mujer económica es una ganga, mientras no exagera su afición.

Hemos conocido á una señora que recibía todas las tardes á su esposo, cuando regresaba de la oficina, con estas palabras:

—Jacobo, quítate los calzoncillos.

—¡Pero, mujer!...

—En casa no los necesitas, y puedes estropearlos. Ponte mientras esta enagua mía, que ya está vieja.

Hay mujeres que cuentan los garbanzos

antes de echarlos al puchero y los reparten entre los niños, diciéndoles:

—Toma tú, nueve, porque eres mayor; tú toma cinco, porque eres chiquitín. A ti te quito dos, porque te he sorprendido esta mañana comiendo obleas en el despacho de tu padre, y no debes tener ganas.

Los niños ¡claro! no engordan ni crecen y andan siempre por la cocina para ver si pescan alguna piltrafa...

—¡Señora! grita á lo mejor la cocinera; Venturita se ha comido el corcho de la botella del aceite.

—Ven acá, dice la madre. ¡Goloso! ¡Nunca te ves harto! ¡Te voy á matar!

Esta señora es de las que tienen muchísima disposición para todo, según ella misma dice, y no gasta nada en modista, ni en sastre, ni en sombrerero.

Con un pantalón viejo de su marido, le ha hecho al niño mayor una blusa y una gorra, y el pobrecillo va por ahí que parece un cosaco. Al más pequeño se le ha quedado estrecha la bata, y no se puede mover ni sentarse.

Ayer dijo el marido de esta señora, como hay muchas:

—Pero, mujer, ¡ten compasión de Manolito! El pobre está en prensa.

—Porque es muy glotón, y engorda á

fuerza de comida; por lo demás, la bata le viene justa; pero por la mañana se mete en la cocina, y todo lo que encuentra se lo traga. Ayer mismo le sorprendí comiendo las mondas de las patatas.

Con decir que son muy económicas y muy mujeres de su casa, ya creen disculpar sus defectos algunas señoras.

No hace mucho que nos decía una de éstas:

—Mi esposo es bueno como el pan, pero despilfarrador como él solo. Gracias á mí, no estamos pidiendo limosna. En fin, ¡baste decir á usted que quiere mudarse la elástica cada quince días! Así no hay ropa que baste.

Y al decir esto, dejaba ver los puños de la chambra que llevaba puesta, y que en vez de percal parecían de hierro colado,

Todo extremo es odioso, y abominamos de esas mujeres que derriten el dinero entre las manos y dejan sin blanca á los esposos; pero... ¡mire usted que las que salen *agarradas!*...

En cierta ocasión fuimos invitados á comer en casa de nuestro amigo López, esposo de Ifigenia, natural de Ribadeo.

—Va usted á comer muy mal, nos dijo ella.

—No lo dudo, dijimos aparte.

Pero no nos podíamos figurar que llegase la economía de aquella señora hasta el punto de servir la sopa en una taza.

—¿De qué es la sopa? le preguntó el marido.

—De arroz, contestó ella.

—Bueno, replicó él. Procura reunir unos cuantos granos para este amigo.

Y á fuerza de rebuscar, me tocaron catorce.

No hablemos del cocido: unos veinte garbanzos, una ligera sospecha de tocino y algo así como carne, aunque nosotros no lo aseguraríamos.

Después la señora misma nos sirvió el principio: sesos en salsa, que debían ser de mosquito, á juzgar por el tamaño.

Aún no habíamos acabado de comer, y ya estaba la señora de López recogiendo las migas del mantel con un cepillo de los dientes.

—¿Tiene usted pollos? la preguntamos.

—No, señor; pero guardo siempre estas miguitas porque á mi marido le gusta tomar algo entre horas.

—Sí; ya veo que tiene buen diente.

—Su única pasión es la mesa. ¿Ve usted

este puñado de migas? Pues echadas en agua, con un poquito de sal, se las come él en cinco minutos.

Cuando salíamos de casa de López tropezamos en la calle con un amigo, y en poco estuvo que no le claváramos el diente.

—¿Qué te pasa? nos preguntó. Vienes pálido.

—Sí, vengo de comer en casa de López.

—¡Oh, qué suerte ha tenido ese tunante! Ha encontrado una mujer buena, honrada, económica...

—Sí, tan económica, que no puedo tenerme en pie... ¡Ay!

—¿Qué tienes? ¿Algún vahido?

—No, no es vahido; es la economía de la señora de López.



FANTASIA



I

La familia del consecuente confitero Sr. Macarrón ha acordado trasladarse á Aravaca, huyendo de la epidemia variolosa.

Doña Bernarda, la ilustre confitera, quiere que sus niñas, Casildita y Purificacioncita, hagan su aparición en el *mundo* de Aravaca de una manera solemne, y al efecto las ha exornado con todo el aparato de sombreros, fichús, vestidos de lana y demás enseres que exige su interesante argumento.

El señor de Macarrón tiene que quedarse en Madrid al frente de sus dulcísimos negocios, y renuncia, con harto dolor de su

corazón, al viaje y á los encantos que ofrece la elegante residencia elegida entre otras cien de aquella importante población para sustraerse á los estragos de la epidemia.

Todo es júbilo en la calle del Gato, donde tienen su establecimiento los Macarrones.

Las niñas han sabido que el señor de Cociente, acreditado oficial quinto de la Dirección de la Deuda, acude también con sus bellas hijas á aquel punto saludable y pintoresco, y que el distinguido compositor... de cristal y loza fina, sito en la plaza del Cordón, ha alquilado á su vez, con objeto de instalar á la compositora é hijos, un espacioso camaranchón, con vistas á un corral, en uno de los sitios más céntricos del pueblo.

Hasta ayer no supo el señor de Macarrón, y la Macarrona consorte, que Aravaca no es puerto de mar, y la noticia ha enfriado en cierto modo el ardor de que se hallaban poseídos; pero el gasto está hecho, y no es cosa de renunciar al viaje.

Hay un joven que ama á Casildita, y se llama Silvio, y además de Silvio es perito agrónomo, y entra en la casa con la autorización paterna. Aparte de esto, versifica para su uso y el de su familia, y ya tiene dispuestas cuatro ó cinco composiciones, dedicadas al objeto de su amor en la ausen-

cia, porque Silvio ¡ay triste! no puede ir á Aravaca por estar empleado en el Registro de Hipotecas con quince duros al mes y sin derecho á salir á la puerta de la calle.

Doña Bernarda no cesa de decir á sus relaciones todas que se van el jueves sin falta, antes de que las viruelas le deterioren el rostro; y Silvio oye estas frases y sufre por la parte de adentro, porque Silvio ama á Casilda, según consta en unos versos que le dirigió hace dos meses, y que á la letra copio:

Yo soy el lirio que el talle inclina
para besarte con *beatituz;*
yo soy el nido que busca el ave,
y el ave tú.

Esto quiere decir, poco más ó menos, que Silvio está en relaciones amorosas con la niña menor de los señores de Macarrón, y que no se ha casado ya por falta de posibles.

II

Es jueves.

La familia elegante se ha levantado á las

cinco de la mañana para no perder el tren que sale á las ocho y media de la noche. A doña Bernarda se la busca por toda la casa, y no parece; está asando carne en la cocina. Harto sabe ella que los viajes abren el apetito y que las fondas de nuestros ferrocarriles no se distinguen por su buen servicio.

—Pero, mamá, le dice Purificacioncita: ¿te vas á pasar el día en el fogón?

—Sí, hija, sí; tú no sabes lo que es meterse en viajes. El año 54 me fuí yo con tu padre á Villaviciosa de Odón, y aún me acuerdo de aquel viaje con espanto. Tu padre, que siempre ha sido muy hambrón, se comió la tapa del breviario de un sacerdote que iba con nosotros en la berlina. No quiero que esta vez nos coja desprevenidos.

Las niñas se han puesto los trajes de camino, y están en la trastienda esperando que llegue la hora del tren.

Cuando aparece un parroquiano que pide dos cuartos de caramelos, ó una onza de bizcochos, ó media docena de azucarillos, ellas se hacen las desentendidas, porque no está bien que se pongan á despachar en momentos solemnes, cuando no faltan más que diez horas para emprender un viaje.

—Papá, dicen al señor de Macarrón, despache usted á ese joven.

Y el amoroso padre envuelve solícito la mercancía, dirigiendo de soslayo miradas jubilosas á sus dos niñas, que están muy guapas con los trajecitos nuevos.

Doña Bernarda, que ha rellenado una docena de alcachofas con buen éxito, entra en escena radiante de felicidad. En aquel momento hace su aparición Silvio, y la futura madre política le presenta la cazuela, exclamando:

—¡Huela usted!

Silvio enmudece; después apoya la cabeza en las manos, y comienza á gemir.

Casildita le mira espantada.

En aquel momento una doméstica penetra en la confitería diciendo:

—Déme usted dos *suspiros* que sean tiernos.

Silvio suspira y se lleva las manos al corazón.



III

El tren marcha... marcha vertiginosamente

¡Qué hermosa está la noche!

Doña Bernarda y sus hijas contemplan desde el fondo de un coche de segunda el bello panorama que ofrece á la escrutadora mirada del viajero el campo *siempre verde* de las cercanías de Madrid. Los tejares se destacan en la sombra como fantasmas de ladrillo que surgen de las profundidades del barro. De trecho en trecho hállase una roca informe ó un poste del telégrafo que parece desafiar las nubes; allí corre espantado un conejo suspicaz; más allá muge el pastor, y el buey entona lastimero canto, y viceversa.

—¡Qué hermoso es el campo! exclama Casildita.

Doña Bernarda desata en aquel momento un pañuelo de hierbas, y presenta á sus hijas un trozo de carne asada.

El tren se detiene.

—¡Pozuelo! grita un mozo con voz estentórea.

La familia Macarrón se precipita en el andén.

El viaje ha terminado. Doña Bernarda lucha en vano por introducir nuevamente en el pañuelo su preciosa merienda.

—¿Qué dirá la sociedad elegante, piensa Purificacioncita, cuando vea á mamá con los comestibles en la diestra?



IV

Entretanto Silvio ha llegado á su casa; arroja el sombrero con desesperación sobre una silla, y se pone á escribir. Después sale á la calle.

Al día siguiente, *La Correspondencia* publica este suelto:

"Ayer fué hallado en la calle de la Pasa un joven decentemente vestido, que parecía cadáver, el cual, después de auxiliado, resultó ser autor de unos versos que llevaba en el bolsillo, dedicados á su novia. Leídos por el juez de guardia, fué éste conducido también á la Casa de Socorro.

„Ignóranse los móviles que obligaron al poeta á adoptar tan triste resolución.„





EL ANTOJO DE LA MARQUESA

El primogénito de los marqueses de Higoseco había dado en aburrirse á ojos vistos.

En vano le decían sus ilustres padres:

—Rodrigo, ¿qué tienes? ¿No te distrae el tiro de pichón? ¿Has abandonado tus aficiones venatorias? ¿No buscas ya emociones en el amor? ¿Te ha salido ancho algún chaquet?

Rodrigo no contestaba, y se iba á encerrar á su cuarto, donde lo más que hacía

era coger las pinzas de la cartera y arrancarse silenciosamente los pelos del bigote.

Sus extravagancias le conducían hasta meter la cabeza en una funda de almohada, y pasearse así por la habitación; otras veces arrancaba la paja de las sillas y se la comía con deleite.

—El señorito es un animal de los mayores, había dicho una vez el lacayo.

—¿Por qué lo sabes? le preguntó el cochero.

—Porque ayer me dió una coz lo mismo que si fuera una jaca bravía.

Los Marqueses comenzaron á preocuparse con las extravagancias de su primogénito.

—¿Quieres puré? le preguntaban en la mesa.

—¡Horror! decía Rodrigo; y se ponía á pasear como una caballería mal humorada.

La Marquesa llegó á temer que su hijo fuese víctima de alguna contrariedad amorosa, y quiso enterarse; pero el chico contestó á las excitaciones maternas con una especie de relincho, y salió de su habitación al trote.

El Marqués, al oirle desde su despacho, no pudo menos de preguntar al ayuda de cámara:

—¿Quién relincha por ahí?

—El señorito, contestó tranquilamente el criado.

—¡Es original! pensó el Marqués.

Y quedó abstraído por algunos momentos. La Marquesa fué á sacarle de sus reflexiones, diciéndole:

—Nuestro hijo tiene algo grave.

—¿Eh?

—Algunas veces creo notar en él síntomas que me alarman. Ven y convéncete.

El Marqués se dejó conducir al jardín.

—¿Sabes, le dijo su esposa, quién destruye las macetas y hace desaparecer las hojas de las plantas?

—¿Quién?

—Rodrigo.

El marqués de Higoseco tuvo que apoyarse en la Marquesa para no caer redondo.

—Es una enfermedad la suya que debemos consultar, pensó al cabo de algunos minutos.

Un doctor famoso acudió al palacio de los Marqueses, y estuvo reconociendo á Rodrigo por todas partes.

—No sé lo que tiene, dijo por último.

—Nosotros tampoco, añadieron los padres.

Él, entretanto, permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el suelo y los brazos caídos.

—Lo mejor será que viaje, añadió el doctor.

El Marqués llamó á su antiguo mayordomo para que acompañase al enfermo en su excursión por Europa, y dos días después



Rodrigo salía con dirección á París, custodiado por don Emeterio, el viejo servidor de los Marqueses.

Una semana más tarde, éste escribía lo siguiente:

"El señorito sigue mal. Todo su afán consiste en que le deje meterse en la boca un tirabuzón de hierro, como si fuese el bocado que usan las caballerías, y perdone V. E. la comparación.

„La otra noche los guardias de la Paz le sorprendieron pastando en el jardín público, y fué conducido al *violón*. Esta tarde, en las carreras, se puso á correr al lado de *Milady*, distinguida yegua de esta capital, y por poco gana el premio.„

Los Marqueses se miraron con asombro.

—No tengo noticia de que ninguno de mis ilustres ascendientes haya pacido en sitios públicos—dijo el esposo. No podemos, por consiguiente, atribuir estas tendencias de nuestro hijo á las gloriosas tradiciones de familia.

—Es un vicio que ha adquirido su naturaleza, añadió la esposa.

—O quizás provenga de las malas compañías. ¡Como ha vivido siempre entre caballos!

Los Marqueses dieron orden á su mayordomo para que regresara inmediatamente á Madrid con el chico.

—¡Pero Rodrigo de mi corazón! dijo la Marquesa al estrecharle entre sus brazos. ¿Por qué eres tan animal?

—¡Qué sé yo! contestó el joven.

Desde aquel día sus accesos hípicos llegaron á rayar en lo inverosímil.

Había mandado que le subieran una cabezada, y se la ponía á todas horas para andar por casa. Comía legumbres solamen-

te, y en vez de hablar, relinchaba, con más ó menos energía, según el caso.

—Esto no puede seguir así, decia la Marquesa. Llamemos al médico otra vez.

—No, dijo el Marqués; llamemos al veterinario.

Pero por el buen parecer fué llamado un doctor en Medicina.

—Noto cierta exaltación febril, fomentada ó estimulada por alguna pena íntima, dijo el Galeno. Es necesario que refresque. Hay que darle cebada á todo pasto.

Rodrigo se animó súbitamente.

—Conviene también que haga vida campestre.

—¿Podré revolcarme en la hierba? preguntó el enfermo.

—Puede usted hacer cuanto guste.

El doctor salió de aquella casa, diciendo para sí:

—¡Qué dolencia tan particular! Más que un Marqués pequeño me ha parecido este chico una jaca andaluza.

Al día siguiente el joven Rodrigo estuvo más animado que de costumbre, y cuando el doctor fué á verle, se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—Me he comido toda la cebada.

—¿La cebada?

—Sí, señor; más de una cuartilla.

El médico ya no dudó.

—Señora, dijo solemnemente á la Marquesa. Su hijo de usted es un animal.

—¿Un animal mi hijo? gritó el Marqués. ¿Animal un Higoseco?

—Hay fenómenos en la naturaleza, siguió diciendo el doctor, que no tienen explicación. Consultemos, sin embargo, los antecedentes. ¿Desde cuándo ha comenzado este joven á revelar su tendencia?

—Desde chiquitín, contestó la mamá. Ahora recuerdo que cuando tenía seis años se me comió un abanico de palma.

—¿Recuerda usted también, siguió preguntando el doctor, si durante su embarazo tuvo usted pensamientos de caballería?

La Marquesa entonces lanzó un grito, como si acabara de encontrar la solución del enigma.

- Sí, sí, dijo toda agitada. Cuando noté los primeros síntomas de mi estado interesante, tenía muchos y muy extraños antojos. En cierta ocasión quise que se tiñesen de azul todos mis criados, y logré mi deseo; otra vez se me antojó el bigote de un guardia de Orden público, y me lo trajeron en una caja. Por último, teníamos una yeua pía, y quise comérmela poco á poco; pero el Marqués se opuso abiertamente.

—Todo lo comprendo ahora, dijo el doc-

tor. Lleven ustedes á ese chico á la cuadra. Los antojos de las embarazadas, cuando no se realizan, traen más tarde resultados horribles... ¡Su hijo de usted es un caballo por la parte de adentro!



VIVIR CON TODOS

—

EN CASA



Anda, Mariquita, dame el gabán y pásale un cepillo al sombrero de copa... No sé si llevo los guantes.

—¡Jesús! ¡Qué manera de destrozar las cosas! Aún no hace ocho días que te has comprado esos guantes, y ya parece que los ha llevado puestos todo el escuadrón de la Guardia civil.

—¡Pero, mujer! Hazte cargo de las cosas; ya sabes que tengo muchísimas relaciones y que vengo á salir por cuarenta ó cin-

cuenta saludos un día con otro. ¡Ya ves! me paso la vida estrechando manos y dando palmaditas en el hombro de los personajes...: ¡por fuerza se han de gastar!

—Vuélvete, que te vea yo ese gabán por detrás... ¡Pero, Aniceto! ¡Tú eres un descuidado de lo que no hay! ¿Qué es esto, hombre? ¿Dónde te has metido tú para coger todas esas manchas?

—Como no las haya cogido ayer cuando estuve de visita en casa del inspector de consumos, que la tiene llena de pellejos de aceite...

—Un destino así era el que á ti te convenía; pero ¡ya se ve! tú no te agitas, tú no te aprovechas de las relaciones.

—No digas eso, mujer.

—¡Sólo faltaba que quisieras pasar por activo! ¿No ves á otros? Acuérdate de tu cuñado, que se le montó en las narices al alcalde, y hasta que obtuvo el aprovechamiento de los animales muertos en la vía pública, y la recaudación de arbitrios, y la plaza de inspector general de amas de cría, no se dió punto de reposo.

—Es que mi cuñado abusa de los amigos.

—Tu cuñado es un padre de familia cariñoso, que mira por su casa y sabe ganarse un duro mejor que tú; y á buscador de vidas no hay quien le gane.

—Ea: yo me voy, porque si te dejan charlar... .

—No te olvides de lo que te conviene; háblale claro al Ministro, y dile que tú no puedes seguir de este modo, porque con 30.000 reales en el ministerio, y 14 ó 16 que puedas sacarle á la agencia secreta de quintos, nadie echa coche en Madrid, y gracias si vive uno sin entramparse; y á ti lo que te mata es esa cortedad, y me da rabia que seas tan mirado y tan encogido.

—Bueno, mujer, bueno.

—No hay bueno que valga.

—Yo no tengo queja del Ministro. Ayer, sin ir más lejos, me ofreció el gobierno civil de Pontevedra, porque va á haber contaradanza de gobernadores.

—Pues has debido tomarlo; y si tú no quieres ir, porque no te conviene dejar la corte, podías enviar allá á un amigo que desempeñase la plaza, y por 13 ó 14 duros que le dieras todos los meses, estaba todo arreglado, y te encontrabas con dos destinos á un tiempo.

—¡Qué cosas dices!

—¿Pues no te acuerdas de tu amigo Chamochín, el que estuvo en Hacienda? ¿No ha tenido alquilado un escribiente decentito que le despachaba la asesoría general por diez reales diarios?

—¡Abur! No quiero oir desatinos.

—Ya veo que no te gusta que te echen en cara tus defectos. Eres tonto, y no sabes aprovecharte de tus relaciones... ¡Ah! No dejes de visitar á don Pejerto.

—Sí, ya sé.

—Es bueno que desde ahora vayas cultivando su amistad, porque el mejor día le hacen Ministro.

—Eso se teme.

—Y vale más que te coja prevenido... Recuérdale que cuando joven estuvo de huésped en casa de mi mamá, y que le tratábamos como á un hijo, y se moría por el besugo... ¡Ah! Y á ver si hoy mismo escribes á Falsete, el diputado zorrillista, dándole la enhorabuena por el parto de su señora, aunque no tienes el gusto de conocerla.

—Sí, sí.

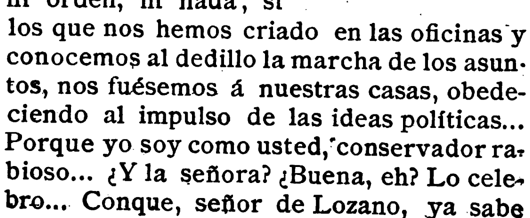
—Yo pienso pasar esta tarde por casa de la de Gorguerilla, que es uña y carne del ministro de la Gobernación, y siempre conviene tenerla contenta.

—Abur, que es muy tarde.

—Y á ver cómo te mueves, que si no fuera por mí, dejarías á tus hijos sin tener que llevarse á la boca, porque no sabes hacerte valer, y otros, en tu caso, arrastrarían coche... ¡Ah! No te olvides de mandarle tarjeta á Morón, el subsecretario, que está de días...

EN LA CALLE

—¡Hombre! ¡Qué casualidad! Por allí viene Lozano; ese chico será director general, lo menos, el día que triunfe su partido. Hay que saludarle con efusión... ¡Señor de Lozano! ¡Cuánto celebro ver á usted! ¡Qué discurso pronunció usted el jueves!... ¡Oh!... Por supuesto, el país está de fusionistas hasta la coronilla. Yo pensaba dimitir, ¿sabe usted? pero me contuve, porque aunque es feo que yo lo diga, aquí no había administración, ni orden, ni nada; si



los que nos hemos criado en las oficinas y conocemos al dedillo la marcha de los asuntos, nos fuésemos á nuestras casas, obedeciendo al impulso de las ideas políticas... Porque yo soy como usted, conservador rabioso... ¿Y la señora? ¿Buena, eh? Lo celebro... Conque, señor de Lozano, ya sabe

usted cómo pienso... Que sea enhorabuena por lo del discurso... Esto no puede durar...

EN LA OFICINA

—Con ésta son tres las veces que he llamado... Tráigame usted *La Iberia* y un vaso de agua; y si viene alguien que no sea diputado, ó senador, ó general, ó arzobispo, dígale que no estoy. No vaya á metérseme aquí alguno de esos provincianos insoportables que le molestan á uno con preguntas sobre expedientes. ¿Ha venido el Ministro?... Bueno... Puede usted retirarse. Es necesario, como dice mi mujer, que yo le hable seriamente. No: en esto tiene razón Mariquita. ¡Si yo hiciese uso de mis relaciones!... Porque la verdad es que muchos, sin títulos de ninguna clase, han llegado en este país á los puestos más eminentes! ¡Y es porque son unos audaces sin vergüenza, y comen con todos!... ¡Caramba! Ya me olvidaba de escribir á Falsete, el diputado de oposición, felicitándole por el feliz alumbramiento de su señora *(Escribiendo.)* "Mi respetable amigo y *correligionario,* etc.)... *(Hablando.)* ¡Ajajá! ahora otra

carta á Morón, el ministerial, que está de días. *(Escribiendo.)* "Mi respetable amigo y *correligionario*, etc." *(Hablando.)* ¡Si á mí me diera por adular y vivir con todos. como hacen muchos!... ¡Pero los que somos decentes!...





PINTORAS

Ya nos habíamos acostumbrado á saber que hay mujeres escritoras, y pasábamos por esta desgracía, que no es pequeña. compadeciendo de todo corazón á los esposos respectivos; pero como si esto no fuera bastante, ahora resulta que también hay mujeres pintoras, lo cual es cien veces peor, según el testimonio de don Aquilino, que está casado con un Orbaneja de la clase de hembras, y pasa los tormentos del Purgatorio.

La artista en cuestión, que además se llama Nicanora, ha dado en la costumbre

de multiplicarse una vez al año, y hoy día de la fecha se halla en posesión de cinco criaturas, color de plomo, con tumores blancos en diferentes puntos del cuerpo.

—Nicanorita, estos bultos son muy sospechosos—dijo en cierta ocasión el médico de la casa, que es bastante animal.

—¿Por qué, don Camilo? preguntó la artista.

—A mí no hay quien me quite de la cabeza que estas protuberancias sebosas son producto de las pinturas.

—¿Cómo?

—Usted aspira frecuentemente los gases deletéreos desprendidos de la paleta, y todo eso va á parar al organismo de los muchachos. ¿Ha notado usted si el sudor es verde?

—No he reparado.

—Pues fíjese usted; porque en ese caso, debemos someterles á una disolución de anilina y agua de vegeto, á fin de que expulsen las *materias estupefaccientes*.

Don Aquilino ¡claro! tiene un humor de dos mil demonios, y maldice todas las mañanas la perjudicial afición de su señora, ya por los males que produce á la familia, ya porque no puede contar con sus servicios. Ella se levanta, se envuelve en un vestido color de lagarto y corre á sentarse ante el caballete.

—Nicanora, ¿quieres ver si esto que tengo aquí, debajo del omoplato, es una rozadura ó una espina carnal? - dice á lo mejor el desventurado marido, dirigiéndose á la compañera de su vida.

- Que te lo vea la Ramona — responde ella.—Estoy en un momento de inspiración... ¡Ramona! Reconozca usted el cutis del señorito.

—Pero ¿no te cansas de pintar?

—¿Quién puede sustraerse á las sugestiones del arte? Desde ayer estoy tratando de darle vigor á los músculos de este soldado griego, que acaba de vencer á su enemigo y se frota las articulaciones con hierbas aromáticas. Hay que expresar, por medio de la pintura, los diferentes afectos que animan al guerrero: el dolor de las heridas, el sentimiento que le produce la noticia de que se le ha escapado su mujer con un comerciante de Esparta, y el temor de que le sorprendan los soldados de Escipión.

—¡Qué cúmulo de atrocidades!

—¡Aquilino! No me obligues á que proclame en alta voz que eres un ser antipictórico y grosero.

Para evitar cuestiones ruidosas, don Aquilino se retira por el foro y va á ver qué hacen los chiquillos, y si se han roto algo, porque todos los días ocurren descalabra-

duras, de más ó menos consideración en aquella casa.

Es natural: mientras que la mamá pinta que se las pela, los chicos se entregan libremente á las expansiones de la edad, y á lo mejor va uno y se mete en un baúl, y otro coge y le cierra con llave. Al de dentro le falta la respiración y comienza á dar patadas, y acaba por volcar el artefacto—que dice Rojo Arias—encima de un hermanito de dos años, que recibe el golpe y lanza chillidos lastimeros. Pero la pintora no puede dejar los pinceles, so pena de abandodar los músculos del guerrero, y lo más que hace es decir á la muchacha:

—¡Ramona! Vaya usted á ver cuál de los chicos es el descalabrado, y dele usted á beber árnica para que no se hinche.

¡Pobre don Aquilino! Él se casó por amor, y porque entonces no se le habían desarrollado á Nicanora las dotes artísticas; pero á los pocos meses de matrimonio, ella comenzó á aborrecer los quehaceres deméstícos, y á extasiarse contemplando la cabeza del aguador y las espaldas del carbonero.

—Míra, Aquilino—exclamaba:—fíjate en ese escorzo.

—¿En cuál?

—En el escorzo de Toribio. ¡Qué hermoso modelo para una figura de gladiador!

—Bueno—contestaba el esposo.—¿Me has echado los cuchillos al pantalón de lanilla?

Por toda respuesta, Nicanora apartaba los ojos de aquel hombre ordinario, que desconocía los sublimes misterios del arte, y se iba á contemplar desde la ventana del gabinete la luz matinal que iluminaba vigorosa la tienda de comestibles de enfrente.

Y poco á poco fué dejando las labores de su sexo, hasta meterse de hoz y de coz en las sublimes mansiones del arte.

Hoy pintaba un besugo, en vez de ponerlo en escabeche; al otro día desnudaba á la criada y trasladaba su esbelta figura al lienzo, con gran perjuicio de los quehaceres del hogar; y en cuanto se descuidaba don Aquilino, ya estaba la pintora copiándolo de cuerpo entero, con traje de moro ó de centurión romano.

En fin, aquella casa es un infierno; y gracias á que las Exposiciones de pinturas se celebran aquí de tarde en tarde, porque Nicanora es de las que concurren á todos los certámenes artísticos, á pesar de las protestas de su esposo, que no consigue ver la casa arreglada ni logra que su mujer se mude la camisa.

—Los artistas huímos de esos afeminamientos—dice ella.

De modo que lleva siempre la misma en-

voltura, y más que mujer, parece un saco de ropa sucia.

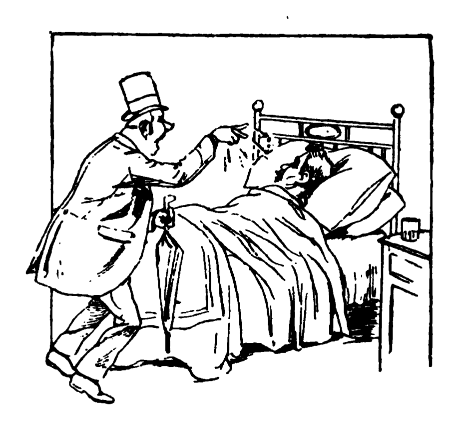
Bueno es que se cultive el arte, y que se rinda culto al mérito, y que el alma se extasíe; pero ¡cuán agradable es también que haya limpieza en las casas, y que pueda uno dormir en cama mullida, y que no nos falten botones en los calzoncillos!

Nicanora pinta hoy unos platos para adornar con ellos las paredes del comedor, y dice su esposo, parodiando á un famoso articulista:

—¡Ay! ¡Cuánto más valdría que, en vez de pintar platos, los fregara!

Estamos en un todo conformes con don Aquilino.





EL SANTO DE DOÑA CONCHA

El esposo de doña Concha vino á verme ayer, á eso de las ocho de la mañana, cuando yo dormía el sueño blando de los padres de familia pobres, pero inactivos.

—El señorito no se ha levantado aún—decía mi criada, que es una chica de Belchite, á quien tenemos en casa con bozal para que no muerda á los niños.

—Tengo con él muchísima confianza—contestó el señor de Faldellín, que así se apellida el esposo de doña Concha. Y dan-

do un empujón á la fámula, penetró en mi alcoba; introdujo los dedos en el vaso de agua colocado sobre la mesa de noche, y me los sacudió en el rostro, lanzando carcajadas de júbilo.

Lo primero que hice fué llamarle bruto; después quise arrancar un boliche de la cama, para tirárselo á la cabeza; pero él me contuvo diciéndome:

—¿No me conoce ested? ¿Qué es eso? ¿Es así como recibe usted á los amigos?... ¿No sabe usted á cuántos estamos hoy?... Tengo á *aquélla* de días, y vengo á llevármele á usted ahora mismo.

—¡Hombre! ¡Por Dios!...

—Nada, nada; me lo llevo á usted... Vamos primeramente á ver si encontramos una guitarra. Hay ahí un chico de Gerona, notabilísimo, sólo que, como viene á examinarse para Aduanas, no ha traído el instrumento.

En casa de un amigo de Faldellin, que es dentista, nos dieron razón de una guitarra buena, perteneciente á la viuda de un promotor fiscal, y allí nos fuimos Faldellín y yo.

—Usted dispensará—dijo él;—pero esta noche va á haber en casa un poco de baile: contamos con un chico de Gerona, y como nos han dicho que usted no tendría inconveniente en prestarnos la guitarra...

—Misté—contestó la viuda, que es de Algeciras.—Pué usté peírme manque sea la salú; pero en lo tocante á la guitarra, nò la dejo asín me ajorquen.

—Nosotros se la cuidaremos como si fuera una hija.

—Con esta guitarra me he casáo yo, ¿estasté?, y mi difunto se golvía loco cuando había reunión en casa y me jasían tocar... ¡Ay, maresita mía de mi arma! Primero consentía que me quitasen ustés la asaúra...

En vista de lo cual, Faldellín y yo fuimos á ver á un cordonero, persona muy fina, que no tuvo inconveniente en dejarnos la guitarra y un hijo suyo, de diez años de edad, que baila la jota de un modo inimitable.

El hombre, antes de cedernos la guitarra y el chiquillo, nos advirtió prudentemente que no le dejáramos solo con los dulces, si los hubiere, porque era voraz y se comía todo lo que encontraba por delante.

—¡Ah!—exclamó cuando trasponíamos los umbrales del establecimiento: debo advertir á ustedes que el chico tiene un sabañón lo mismo que un besugo de los pequeños. Cuiden ustedes de que no le pisen.

Doña Concha y sus cinco niños nos recibieron con demostraciones de placer. Por de pronto, Faldellín quiso que el chico del

cordonero bailase la jota, por vía de ensayo, y doña Concha objetó prudentemente que se podía incomodar la vecina del segundo, solterona empedernida, de genio fuerte.



—Si se incomoda, que se incomode—gritó Faldellín.—¡Pues hombre! ¡No faltaría más sino que no pudiera uno distraerse un día como hoy!

El chico bailó cuanto quiso, hasta que la vecina del segundo se puso á chillar desde la escalera, diciendo que se lo iba á contar todo al novio de la criada, que era de policía.

—Debe usted respetar las expansiones de familia—decía desde lo alto el esposo de doña Concha.

—Eso es divertirse con los pies.

—Cada cual se divierte con lo que se le antoja.

—Son ustedes unos cursis.

—Y usted una...

—¡Ordinarios!

—¡Bruja!

....

¡Qué noche más agradable la que pasamos en casa de doña Concha!

Jóvenes de ambos sexos, entre los cuales figuraba Pepet, el chico de Gerona, que hizo primores en la guitarra, señoras mayores, y un sacerdote amigo de la casa. Allí había de todo.

—Van ustets á oir el coru dels obispus de *La Africana*, tucado con una sola mano —dijo el guitarrista.

Y se puso á tocar, apoyando la guitarra en la pared y sujetando el mástil con la boca.

Pero cuando no había aún concluído la primera parte, oyóse un grito desgarrador, y doña Concha vino á tierra, arrastrando en pos de sí al sacerdote, que se sentaba en el sofá, y que fué á romper con la cabeza una silla de paja.

—¡Concha, Concha!—gritó el esposo, tratando de levantar aquella mole.

Pero la mole permanecía en tierra. Entonces Felipín, joven estudiante de tercer año, pulsó á la enferma, y torció el gesto.

—¡Aquí, aquí! decía doña Concha palpándose el vientre.

—¡Un cólico! ¡Un cólico! gritó Faldellín.

—¡Que vayan corriendo á buscar dos reales de aceite de ruda; es con lo único que se alivia!

Trajeron el aceite, y una amiga solícita se encargó de friccionar con él la epidermis de doña Concha.

Media hora después, los contertulios reanudaban el interrumpido jaleo, y las parejas se lanzaron al baile; pero el chico del cordonero, que acababa de beberse el aceite de ruda, creyendo quc era jarabe, comenzó á dar aullidos y á golpearse la cabeza contra la tapia.

—¡Dios mío! —decía Faldellín, tratando de sujetar al chico.—¿Cómo me presento en casa del cordonero llevándole al hijo deteriorado?

A fuerza de caricias, el chico se tranquilizó, y entonces Faldellín fué á acostarle en su cama. La alcoba estaba á oscuras, y no vió que dos de sus hijos se habían dormido ya. Al lanzar el cuerpo del muchacho sobre

los colchones, los otros prorrumpieron en quejidos lastimeros: doña Concha acudió sobresaltada; el cura fué á incorporarse y derribó el quinqué; varias jóvenes asustadizas, creyendo que se había hundido la casa, se pusieron á dar voces desde el balcón; y el chico de Gerona, sin darse cuenta de lo que hacía, cogió la guitarra y se la rompió en la cabeza á Faldellín.

Lo que allí pasó fué indescriptible, hasta que, tranquilizados los ánimos, cada cual se dirigió á su casa, mientras doña Concha y su esposo decían á los asendereados contertulios:

—Vaya, que ustedes descansen. Tápense ustedes bien, que está la noche fría... Y hasta el año que viene, que volveremos á divertirnos.

Excuso decir á ustedes que el día que encuentre en la calle á la familia Faldellín, no pienso saludarla.



EN BUSCA DE UN PARIENTE



I

Ventura salió de Guadalajara, su ciudad natal, en Febrero último, y no llegó á Madrid hasta fines del mes de Mayo.

El viaje le costó tres meses de cama, porque, como es tan desgraciado, no hizo más que poner el pie en el vagón y ocurrió un descarrilamiento terrible.

Al pobre Ventura se le dislocaron todas las articulaciones, y el médico de la Empresa estuvo tan poco acertado, que le colocó un pie al revés y el otro torcido, de manera que el chico andaba de lado, como los cangrejos.

En tan triste situación fué conducido á Alcalá, donde tenía una tía, y allí pasó tres

meses entre quejidos y botes de árnica. Un médico hábil le arregló los pies como pudo, pero siempre le quedaron algo defectuosos, y hoy, á pesar del cuidado con que pisa, se le ve andar y le entran á uno deseos de ponerle unas cuñas para que no se tuerza.

Él venía á Madrid á buscar colocación en un almacén de vinos; pero á causa del siniestro, perdió la cartera donde traía una carta de recomendación, y cuando escribió á Guadalajara que le enviaran otra, supo con dolor que el recomendante se había muerto de repente.

—¿Qué hago yo? se dijo Ventura.

Y pensando, pensando, se acordó de que tenía un pariente en Madrid, dedicado al aprovechamiento y conservación de los animales que fallecen en la vía pública.

Una mañana, Ventura se vistió con sus mejores prendas y salió de la casa de huéspedes, dispuesto á indagar dónde residía su deudo. Al primer municipal que encontró, le dijo amablemente:

—¿Sabe usted quién tiene la contrata de los desperdicios del reino animal?

Pero el representante del Municipio, que era hombre inculto, creyó que aquel señorito había tratado de ofenderle, y por poco le da un sablazo.

Ventura, entonces, se dirigió al palacio

municipal. Allí supo que el pariente deseado había adquirido una gran fortuna vendiendo embutidos clandestinamente, y que vivía como un príncipe en una casa de su propiedad, sita en el barrio de Pozas.

II

D. Bonifacio Monistrol, tío de Ventura y contratista de desperdicios, tenía una hija llamada Gertrudis, la cual Gertrudis amaba á Nicolás Pelagatos, aspirante á tenedor de libros, ex sacristán y cojo de nacimiento.



A D. Bonifacio se le había indigestado el tal Nicolás, á quien sólo conocía por una carta en que el joven solicitaba la blanca mano de Gertrudis.

—¿Quieres tú á ese hombre? había preguntado don Bonifacio á su hija.

—Sí, señor; respondió ella bajando los ojos.

—Pues te lo voy á reventar.

Un día D. Bonifacio recibió una segunda carta, concebida en estos términos:

"Muy señor mío: Confirmo á usted mi última, fecha 12 de Octubre del año pasado, y la presente tiene por objeto manifestarle que sigo amando á Gertrudis y que estoy dispuesto á todo: hasta á robársela á usted, si fuese necesario.„

El padre vió la carta y se le subió la sangre á la cabeza.

—¡Jamás! ¡Jamás! murmuró; y se puso la bata y las babuchas para no salir á la calle en todo lo que le quedara de vida.

Gertrudis, entretanto, andaba llorando por los rincones.

—Papá, yo amo, decía ella.

—Gertrudis, ya te lo he dicho, contestaba el padre. ¡Voy á reventar á ese cojo!

III

Fueron inútiles las gestiones de Ventura. Por más que buscó, no pudo encontrar en todo el barrio de Pozas la casa de su tío.

—Vaya usted á los cafés, le dijo uno de los compañeros de hospedaje. Allí entran muchos tíos, y podrá usted reconocer al suyo.

—¡Si no lo he visto nunca!

—No importa. Ya se lo indicará á usted la misma fuerza de la sangre.

El joven se metió en la cama, ¡con un humor!...

Pero al día siguiente se fué al café Suizo,



y estuvo pasando revista á todos los viejos.

—¿Será aquél de la peluca? se preguntaba. Puede que sea aquel otro de las antiparras verdes.

De pronto lanzó un grito de felicidad. Acababa de oir pronunciar el nombre de "Bonifacio" en la mesa inmediata á la suya. El que ostentaba este dulce nombre estaba en aquel momento devorando un biftec con patatas.

—Sí, sí, pensó Ventura; es él. He oído decir qué mi tío se moría por la carne asada. Y levantándose súbitamente, se arrojó en brazos del viejo, gritando: ¡Tío! ¡Tío!

Pero aquel señor agarró el cuchillo, creyendo habérselas con un loco, y si Ventura no se mete debajo de la mesa, se lo clava.

Restablecido el orden, aquel don Bonifacio declaró que no tenía ningún sobrino, ni se apellidaba Monistrol, ni era de Guadalajara; por lo cual Ventura se quedó más muerto que vivo.

Un mozo que oía la conversación, se acercó á la mesa, y dijo:

—¿Conque usted busca al señor de Monistrol?

—Sí, señor, contestó Ventura.

—Pues vive...

—¿Dónde?

—En la calle de la Princesa, núm. 106.

Ventura echó á correr, sin dar las gracias ni pagar un chico de limón en grande que había tomado.

IV

Aquel día don Bonifacio se había decidido á jugar el todo por el todo.

El tal Pelagatos le quitaba le tranquilidad, y estaba dispuesto á buscarle y romperle un bastón de granadillo en la cabeza.

Acababa de sentarse á la mesa, cuando penetró la criada y le dijo:

—Está ahí un joven.

—¡Un joven! dijo don Bonifacio poniéndose de pie. ¿Cómo se llama?

—No lo ha dicho. Es algo cojo.

—¿Cojo?

Don Bonifacio se estremeció todo él. Gertrudis sintió que el corazón quería salírsele por la boca, y cayó desmayada en brazos de la doméstica.

—Pase usted, pase usted, dijo don Bonifacio, preparándose á recibir al que suponía amante de Gertrudis.

Ventura, pues era él, se presentó en el comedor.

—¿Me conoce usted? preguntó á su tío.

—Sí, contestó don Bonifacio.

—¡Tío! gritó Ventura.

—¡El tío lo será usted! replicó el padre de Gertrudis.

Y cogiendo la sopera llena de líquido, se la encasquetó á Ventura hasta las orejas.

—¡Dios mío! exclamó éste dejándose caer sobre una silla, chorreando sopa. ¡Qué manera tienen algunos de recibir á los parientes!





A LA FONDA

LA más dulce alegría reina en casa de Rodríguez, oficial quinto de Administración civil y escribiente de la clase de segundos del Ministerio de Hacienda.

Rodríguez, una de nuestras primeras letras españolas, estilo Iturzaeta, ha puesto en limpio la notable obra sobre el *Aprovechamiento de las mondas de la patata,* escrita por uno de los jefes de su Negociado, hombre muy inteligente en toda clase de aprovechamientos y que empieza por aprovechar en servicio propio todo cuanto arro-

jan los demás, desde las cortezas del queso hasta las cajas de fósforos vacías.

—Oiga usted, Rodríguez, había dicho al escribiente. Yo tengo una obra que deseo presentar á la Sociedad Económica. Va usted á ponérmela en limpio, con esa hermosa letra que usted tiene, y después hablaremos.

Rodríguez copió la obra con todo el esmero de que era capaz, y el jefe, agradecido, le regaló un billete de cinco duros.

Serapia, la esposa de Rodríguez, vió el billete y se hizo cruces.

—¿Pues no asegurabas que era un señor muy tacaño? decía á su marido mientras éste desdoblaba el papel moneda para mirarlo al trasluz.

—Bueno, mujer; es que la Sociedad Económica le va á dar un dineral por la obra.

—Supongo que esta vez alcanzaremos nuestro deseo.

—¿Cuál?

—El de comer en la fonda. Ya sabes que se lo hemos prometido á los niños.

—El caso es...

—¿Qué? Un día es un día. Los pobrecitos no saben siquiera lo que es el puré, ni la ternera con guisantes. ¡Hijos de mi corazón!

—Bueno, iremos.

—Mira, en la calle de Jardines hay cubiertos desde una peseta.

—Pero nos darán cocido.

—¿Cocido? Entonces no; estoy de garbanzos hasta la coronilla.

—Iremos á la fonda del Comercio. Hay cubiertos desde seis reales. Me lo ha dicho Cartulina, mi compañero de mesa, que come allí algunas veces. Como es soltero y no tiene obligaciones, triunfa y derrocha.

Los niños de Rodríguez recibieron la noticia de los cinco duros con entusiasmo. Pepito, el mayor, abrió la ventana y dijo á su vecino, el hijo de la colchonera:

—Antoñito, ¿sabes? A mi papá le ha dado muchos duros un señor de la oficina.

—Ven acá. hablador, gritó la mamá cogiéndole de un brazo. ¿Qué necesidad tenemos de que nadie se entere de nuestras cosas? ¿Has visto qué parlanchín es este demonio de chico?

—Eso no tiene nada de particular, dijo Rodríguez filosóficamente.

Pepito acababa de cumplir ocho años, y era uno de esos chicos precoces que son tormento de la humanidad. Rodríguez le había llevado á la oficina muchas veces para que sus compañeros le oyesen cantar la *Pobre chica* y otras melodías.

Cuando supo que iba á comer en la fonda,

comenzó á dar saltos y á revolver la casa en busca del cepillo de las botas para limpiársela por su propia mano.

Carlitos y Venancito, de seis y cuatro años respectivamente, formaban con Pepito la prole del señor Rodríguez.

Carlitos era un animal, aunque sea mala comparación Nadie había conseguido enseñarle á conocer las letras de la cartilla, y todos sus juegos consistían en engancharse á una mesa de noche y hacer de mula.

Cuando se le preguntaba: "¿Qué quieres ser, monín?„, solía contestar: "*Tero* ser *tubayo pa* tirar de los coches.„

—¡Jesús! ¡Qué agudeza la de este chiquillo!—decía entonces la mamá, comiéndosele á besos.

Venancito, el más chiquitín, tenía aficiones menos hípicas; con tal de que le diesen de comer, ya estaba en sus glorias; y llegaba á tal punto su apetito desenfrenado, que una tarde lo encontró la mamá comiéndose una vela de sebo que había traído Rodríguez para untarse la nariz y ablandar un catarro.

Serapia vistió á sus hijos con los trajes de los días de fiesta, y la familia salió á la calle llena de alegría.

—¡Aquí, papá, aquí, papá!—gritó Pepito al verse en la fonda.

Y se sentó delante de una mesa.

—¿Qué va á ser? preguntó el mozo.

—Sirva usted dos cubiertos de seis reales.

—¿Dos?

—Sí...; y cinco tenedores.

El mozo hizo un gesto de disgusto, y los niños, ofuscados ya con la lisonjera esperanza de la comida, se encaramaron sobre las sillas y comenzaron á mirar los platos y las servilletas y á reir como locos. Venancito, el chiquitín, se metió en la boca el aro de la servilleta, que era de boj, y si no llega á quitárselo su madre, se lo traga.

—¡Ay qué sopera tan bonita!—exclamó Pepito.

—*¡Popa, popa!* —dijo Venancio, presentando su plato.

—¡Silencio!—gritó Rodríguez.—El que hable no come.

Los niños, amedrentados, dejaron de chillar. Sólo Carlitos, el aficionado á mula, decía de cuando en cuando:

—¡Arre, arre!

Cuando el mozo reapareció con una fuentecilla ovalada conteniendo dos lonchas de carne rodeadas de patatas y zanahorias, los niños comenzaron á aplaudir y á ponerse de pie en las sillas.

—A mí dame mucho —gritaba Pepito,

—Y á mí—dijeron los demás.

El pobre Rodríguez, que ya se había quedado sin sopa, distribuyó entre su familia el contenido de la fuente, renunciando él á su parte alícuota, y se puso á comer pan seco.

Los niños lloraban, diciendo que les habian dado poco, y Venancio se cayó de la silla sin soltar el plato, que se hizo añicos contra una señora que comía en la mesa de al lado.

—Paga y vámonos, que ya no dan más, dijo por último doña Serapia.

Rodríguez entregó al mozo tres pesetas y un perro grande, y salió de la fonda.

Venancito lloraba porque tenía sueño y se le había dormido un pie.

—¡Que me cojan! gritaba arrimándose á la puerta.

—Anda, Rodríguez, coge al niño, dijo Serapia.

Rodríguez, que no había probado alimento y estaba débil como un tísico en tercer grado, iba á tomar en brazos á su retoño, cuando su esposa le contuvo, diciéndole:

—¿No ves cómo llueve?

Llovía á cántaros; pero Rodríguez cogió á Venancito por las piernas y comenzó á andar con él encima, echando demonios.

Serapia y los otros le seguían gruñendo y metiéndose en los charcos, mientras el

desventurado padre decía hablando consigo mismo;

—Felizmente, como no hemos cenado en casa, habrá algo de cocido.... ¡Ay qué dihosa fonda!...





EL BIBLIÓFILO

I

Don Melitón daba vueltas en la cama lo mismo que el condenado á quien acaban de sentenciar á la caldera del aceite hirviendo. Dos horas hacía que llamaba al sueño, y el sueño no quería presentarse.

Aquella mañana su amado discipulo y aventajado orador del Ateneo de jóvenes gramáticos, D. Gumersindo de la Magnolia,

le había dado la gran noticia de que en la Biblioteca provincial de Orense existe un ejemplar del famoso incunable, *Los amores de un chato,* obra notabilísima, no leída nunca por D. Melitón, que era uno de nuestros bibliófilos más voraces.

—¡Ah! se decía con amargura, frotando uno de sus pies contra las sábanas, á fin de contrarrestar el picor de los sabañones. ¡Yo he de obtener esa preciosísima joya, ó perderé la existencia en la demanda!

Cuando después de grandes esfuerzos consiguió quedarse dormido, soñó que estaba en una cueva, rodeado de incunables y de ratones que le miraban furiosos y le disputaban la posesión de aquellos estimadísimos mamotretos. Había logrado apoderarse de uno, é iba á guardarle en el pecho; pero una rata, á quien él encontraba gran parecido con Menéndez Pelayo, hincaba sus afilados dientes en un sabañón del bibliófilo, obligándole á lanzar un agudo grito.

Doña Paula, su cariñosa ama de gobierno, penetró sobresaltada en la alcoba del sabio, que había abierto los ojos, y de pie obre el lecho trataba de defenderse contra us congéneres los roedores de *infolios*, descargando puñetazos al aire.

—¡Señor, señor! ¿Qué le pasa á usted? pre-

guntó doña Paula sin atreverse á mirar á su amo.

Don Melitón se hizo cargo bien pronto de lo ocurrido, y por toda respuesta envolvió su ilustre personalidad en la colcha, saltó del lecho con una agilidad impropia de sus sesenta y cinco años, y fué, según costumbre, á sumergir la cabeza en el cubo.

Después dijo á doña Paula:

—Prepare usted al momento la maleta.

—¿La maleta?

—Salgo hoy mismo de Madrid.

II

La primera visita de don Melitón, al poner el pie en la ciudad de Orense, fué para el bibliotecario provincial.



—Soy Melitón Fernández, académico y uno de los *arcades* más antiguos de este mundo, dijo al entrar.

El bibliotecario se inclinó reverentemente.

—Pues bien, siguió diciendo el sabio; contésteme usted sin vacilaciones ni subterfugios. ¿Conoce usted *Los amores de un chato?*

Sapientísimo señor, contestó el bibliotecario; esa obra monumental, esa maravilla de los siglos, está aquí.

Don Melitón se lanzó al cuello de su interlocutor, y comenzó á darle besos con la exaltación febril de los esposos que regresan de Filipinas.

—¡Gracias, gracias! exclamaba. ¡Es usted un ángel del Cuerpo de archiveros bibliotecarios! Es usted mi ninfa Egeria, mi estrella matutina.

Y apretaba el cuello del bibliotecario, que iba perdiendo el color y no osaba oponerse á los propósitos amantes del forastero, por no faltar á la Academia ni á los *arcades* de Roma.

Cuando don Melitón se vió en la Biblioteca y pudo estrechar contra su corazón el ambicionado incunable, comenzó á dar gritos de júbilo y á derramar lágrimas como almendras.

—No extrañe usted estos transportes de entusiasmo, decía. Los libros son mi única familia. Yo los adoro como si los hubiera llevado nueve meses en mis entrañas.

Y besaba el ejemplar con frenesí.

Eran las nueve de la noche cuando el sabio abandonaba la Biblioteca, y sólo entonces recordó que no había comido desde el día anterior; pero los sabios no comen cuando tienen que remover los trastos viejos de la Historia en busca de un libro inútil ó de un dato ridículo.

—Todos mis libros inéditos, mis economías, cuanto soy y cuanto valgo, está á disposición de esta provincia; pero yo me llevo *Los amores de un chato*, dijo don Melitón mirando amorosamente al bibliotecario.

—¡Imposible!

—¿Imposible?

—Todo el oro del mundo no conseguiría torcer la voluntad de la Diputación provincial. Este libro no se venderá nunca.

—¡Nunca! gritó don Melitón arrimándose á la pared para no caer desplomado.

Después apoyó el dedo índice en su ancha frente, arqueó las cejas, y girando sobre sus talones, desapareció entre las sombras de la noche, repitiendo esta terrible palabra:

—¡Nunca! ¡Nunca!

III

Las sombras envolvían por completo el salón de la Biblioteca. El conserje dormía.



Sólo el ronquido del gato, que había ido á acurrucarse en un rincón de la estantería, turbaba el silencio de aquella mansión augusta, donde reposaban mil hombres ilustres envueltos en su sudario de pergamino.

Don Melitón había conseguido penetrar en la Biblioteca aprovechando un descuido del conserje. Acurrucado en un rincón, había esperado que el vigilante se fuera á la cama; después salió de su escondite y dió algunos pasos por el ancho salón, cuidando de no meter ruido.

—Mi tesoro está en el estante de la derecha, dijo el sabio.

Y se dirigió hacia la derecha.

Había visto colocar el incunable entre un *Amadís de Gaula* y las *Máximas morales*,

del barón de Andilla, y tenía la seguridad de no equivocar el estante.

—¡Aquí es! dijo lanzando un suspiro de felicidad; y comenzó á recorrer con los dedos los apretados volúmenes.

Un nuevo grito de alegría se escapó de su pecho. Acababa de tropezar con su precioso libro.

Rápido como una gacela perseguida, recorrió la distancia que le separaba de la puerta, levantó el pestillo y pronto se halló en un estrecho corredor. En el extremo del corredor había una ventana; don Melitón vió que debajo de la ventana estaba el jardín, y que la altura era poca.

—¡Oh! mi incunable, dijo apretándole contra su pecho.

Y se lanzó al jardín como un suicida.

Pero cayó en blando, y pronto pudo notar que estaba metido hasta la cintura en la sustancia animal que da lozanía á las plantas. El sabio no tenía tiempo de indignarse ni de aspirar aquellos aromas, y sólo pensó en escalar la tapia del jardín.

Cinco minutos después entraba en la fonda, con la ropa hecha jirones y la cara hecha una lástima.

—¿A qué hora sale el tren para Madrid? preguntó al mozo.

—A las cuatro.

Don Melitón guardó cuidadosamente en la maleta su inestimable tesoro, pagó la cuenta de su hospedaje y se dirigió á la estación del ferrocarril, mirando siempre hacia atrás, como quien huye del casero.

Dos horas después el tren se lanzaba á toda velocidad por la vía férrea.

—¡Paula! ¡Paula! Vaya usted á comprar una esponja inmediatamente, decía don Melitón á su ama de gobierno, mientras se quitaba la levita.

—¡Jesús! ¡Cómo viene usted! ¡Qué peste!

—¡Silencio! exclamó el sabio con acento cavernoso.

Doña Paula creyó oportuno ir á buscar la esponja, á fin de que el bibliófilo pudiera *fregarse*, que buena falta le hacía.

Entretanto don Melitón, con los ojos inyectados por la felicidad, el labio tembloroso y el pulso agitado, abría la maleta y buscaba ávidamente el inapreciable tesoro.

—¡Aquí está! dijo por último, y estampó en el incunable un sonoro beso; pero de pronto lanzó un grito, y cayó al suelo murmurando:

—¡Cielos! ¡Me he traído las *Tragedias* de don Víctor Balaguer!



UN BUEN ESPOSO



Don Pío es hombre que por su gusto se acostaría á las nueve, porque está cansado de pelear en la oficina con su superior jerárquico, una especie de sacamantecas de la clase de directores generales; un ogro intratable que se pasa el día diciéndole con malos modos:

—Chupandina, ponga usted una orden para que todos los empleados se limpien los pies en el felpudo del pasillo. Esta no es una dirección general; esto es un establo... Chupandina, tráigame usted el expediente de Badalona, ¡pronto! y no sea usted bruto, ni se quede usted ahí parado, que parece us-

ted un poste del telégrafo... ¡A ver! tíreme usted un poco de este brazo, que se me ha dormido.

El director le ha cogido por su cuenta, y acabará por volverle loco á fuerza de humillaciones; pero él necesita el destino para vivir, y baja la cabeza silenciosamente.

Como si todo esto no fuera bastante, don Pío está casado con doña Gorita, una cubana vanidosa y fea como un besugo, que tiene una hija de su primer matrimonio, llamada Charo, y parece, por lo escuálida, un sacatrapos.

Don Pío es un ángel de bondad, y deja que en el domicilio mande todo el mundo menos él. La esposa se levanta á las diez, la niña á las once, y don Pío tiene que abandonar el lecho á las siete, porque si no, ya le está diciendo la dulce compañera de su vida:

—Pío, ¿no sabes que está la criada sola en la *cosina?* Vete á vigilarla, que anteayer la sorprendí comiéndose la manteca de cerdo que había comprado para hacer *crocrén*. Antes de ir á la *ofisina* pásale un *sepillo* á las botas de Charo, y á ver si le puedes arreglar un tacón que se le *tuerse* cuando baila.

¡El baile! He aquí uno de los grandes placeres de doña Gorita. Tiene ya cuarenta y

cinco años; pero como si no hubiera llegado á los veinte. Con tal de bailar es capaz de pasarse el día sin comer y la noche sin dormir.

Ahora le ha entrado el deseo de dar reuniones, porque es preciso que Charo encuentre un esposo digno de ella, y porque casi todas las personas decentes reciben á sus amigos una vez por semana,

Don Pío le ha hecho ver que la casa es chica, y que, además, el sueldo no llega para nada en estos tiempos calamitosos que atravesamos.

—Tú eres un *sinvergüensa*, y permite que te lo diga, responde doña Gorita. Yo me he *casao pa gosar,* y mi *primé mario* era todo un hombre, que sabía gastarse un peso con mucha dignidad y mucha *desensia.*

El pobre Chupandina baja los ojos avergonzado, y se propone á secundar los propósitos de su esposa y los de su hijastra, que tiene un temperamento nervioso de primera fuerza, y anda siempre tirada por las esquinas con la convulsión.

Si se la contraría en lo más mínimo, *¡trás!* se cae al suelo víctima de la pataleta; se le ponen demasiados garbanzos, ¡pum! se agita convulsivamente y lanza gritos horrorosos, porque cree que ha habido propósito de

9

ofenderla, y es preciso decirla para que vuelva en sí:

—Charito, vamos, no tengas esa delicadeza tan exquisita. Yo te había puesto muchos garbanzos sin ánimo de herirte, porque creí que te gustaban las féculas.

—Ya sabes cómo es, dice doña Gorita mirando á su esposo con indignación. La niña se ha *figurao* que tratabas de insultar su orfandad. ¡Ay, si su padre levantara la *cabesa!* ¡Qué hombre aquél más *templao!* En Cárdenas quiso matar á un músico de tropa sólo porque me *tropesó* con el cornetín.

¡Pobre Chupandina! Desde que su esposa ha concebido el proyecto de dar reuniones, no tiene un solo instante de reposo, y se ha visto obligado á andar casa por casa diciendo á los amigos:

—El jueves pensamos tener un poco de baile, y esperamos que usted nos honre con su presencia.

Entre la criada y don Pío han hecho todo lo necesario para que en la *soirée* no falte nada absolutamente. Es preciso, según dice doña Gorita, que el mundo no tenga motivos de crítica, y el pobre esposo ha estado un día entero untando con aceite frito los muebles de la sala para sacarles lustre.

Don Pío es hombre muy mañoso, y su esposa utiliza sus felices disposiciones dedi-

cándole al arreglo de la casa. Ahora, con motivo de la reunión en proyecto, está encargado de lavar los jarrones de la consola y de remendar el papel del pasillo, porque no estaría bien que los tertulianos viesen ciertos deterioros producidos por el tiempo.



Doña Gorita le dice á cada paso:

—Pío, no te olvides de fregar los cristales del gabinete. Ya sabes que el quinqué *nesesita* un tubo; y límpiate bien la levita, que está *yena* de manchas, y no es cosa de que te presentes *susio* delante de las personas *desentes*.

Mientras él trabaja sin descanso, la mamá y la niña se columpian en las mecedoras

de rejilla, que son sus compañeras inseparables.

Media hora antes de dar principio la reunión, doña Gorita inspecciona á su esposo y le regaña fuertemente porque no se ha lavado bien el pessuezo.

—*¡Jesú!*-¡Qué *sinvergüensería!* exclama.

—¿Cómo quieres que esté limpio un hombre que ha tenido que sacudir las alfombras, limpiar el polvo de las paredes y meterse debajo de las camas? dice don Pío con acento quejumbroso.

Los convidados comienzan á invadir la sala y á fijarse en los muebles, haciendo gestos significativos; pero los dueños de la casa no notan el mal efecto causado, y andan haciendo los honores con exquisita amabilidad.

Hay dispuesto un buen ambigú en el comedor: agua, azucarillos, pastas finas, galletas, y un frasco de aguardiente de Monóvar para gotas. La colocación de la mesa ha sido cosa de don Pío; pero como era chica, él, con su maña, logró hacerla mayor, añadiéndola unas tablas y cubriéndola con dos manteles unidos.

A las once en punto, doña Gorita dice solemnemente:

—Ea, pasemos al ambigú *pa* que tomen un refrigerio.

Todos se abalanzan sobre las pastas, que es lo mejor que hay allí en clase de alimento.

El infeliz don Pío anda de un lado para otro, llenando los vasos, repartiendo servilletas y diciendo con su natural candor á los comensales:

—Coman ustedes galletas, que también son muy ricas.

Pero de pronto oye que uno de los tertulianos dice en voz baja á una señorita:

—¿Ha visto usted qué familia más cursi?

—*Cursísima*—responde la interpelada.

—Las pastas son de lo más barato que se conoce.

—Y las galletas saben á aceite de hígado de bacalao.

Don Pío, que se consideraba feliz porque creía que toda aquella gente estaba muy satisfecha con los agasajos recibidos, sintió que la sangre afluía á su cabeza, y tuvo que beberse dos vasos de agua seguidos para evitar una sofocación.

En aquel momento uno de los comensales quiso coger la bandeja de las pastas, y se apoyó en la mesa; pero ésta cedió al peso, y vino á tierra con estrépito infernal,

Las señoras lanzaron gritos de asombro; los caballeros trataron de salvar los pantalones, huyendo del comedor, y Charito se

vió acometida del acostumbrado accidente nervioso, cayendo sobre los vasos y las pastas y haciendo una tortilla con todo aquello.

—¡Tú tienes la culpa, *guanajo!*—decía doña Gorita á su esposo.—La mesa no estaba bien segura...

Don Pío, después de socorrer á Charito, fué á arrojarse de bruces sobre la mesa, murmurando:

—¡Dios mío! ¿Para qué me habré casado yo? ¿Para qué habré venido á este mundo? ¿No hubiera sido mejor que me hubiese muerto de chiquitín, cuando tuve aquellos diviesos malignos?





LOS APRENSIVOS

¡Dios nos libre de ellos!

No hay en el mundo seres más insoportables, ni más egoístas, ni más molestos.

Los aprensivos se pasan la vida hablando de sus enfermedades, sin cuidarse para nada de las penas de los demás; pero cada vez que oyen quejarse á alguno, le miran alegremente, como diciendo:

—¡Vaya! Menos mal. Ya no soy yo solo el que sufre.

Por su gusto llevarían en el bolsillo un poquete de enfermedades y las irían repartiendo equitativamente entre los amigos.

Llega un aprensivo al café con la cara compungida; se sienta con trabajo, apoya la cabeza en la pared, y dice con acento fúnebre:

—Buenas noches.

—¡Hola, Fulano! ¿Vienes triste?

—¡Ay!—contesta él.

—¿Te ha ocurrido algo?

—Desde la una menos cinco tengo un picor horrible en el costado derecho... ¿Crees que será una pulmonía?

—¡Hombre!

—No te rías, que estas cosas no deben tomarse á broma. Así le empezó la enfermedad á un teniente de la Guardia civil amigo de casa. A las dos tomó un huevo duro, y le sentó perfectamente; á las tres se puso á dar bofetadas, en broma, á un primo suyo, y á las cuatro menos tres minutos estaba de cuerpo presente.

No hay medio de pasar alegremente la vida al lado de un aprensivo.

—¿Quieres que vayamos á dar una vuelta?—se le pregunta.

—¡Caramba, chico! —contesta él. —¡Qué ganas tienes de que me muera!

—¿Por qué?

—¿No sabes que yo, después de tomar un refresco, tengo que estarme sentado para que se doble el vientre y vaya penetrando el líquido sin esfuerzo en la región abdominal?

—No sabía nada.

—Pues si no lo hiciera así, á estas horas estaría con mi pobre abuela, que se murió por haber tomado de pie un vaso de horchata y ponerse después á discutir sobre política con su yerno.

El aprensivo no es sólo impertinente tratándose de su propia personalidad, sino que hace extensivos á los demás sus eternos recelos, y á lo mejor viene á decirnos con acento terrible:

—Chico, ponte una cataplasma en esa nariz. Guíate por lo que yo te diga. La tienes verdosa.

—¿Y qué?

—Debes provocar una reacción, ó, de lo contrario, habrá que amputarla por su base.

—¡Qué barbaridad!

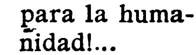
—A un amigo mío, limeño, se le puso así un domingo por la tarde, y el lunes á medio día se le cayó sola dentro del tintero.

He aquí la constante exclamación de un aprensivo:

—¿Han visto ustedes qué tiempo más

cruel? Así no es posible que haya buena salud, ni haya nada.

Si hace frío, dirá tristemente:

—¡Oh, el frío! ¡Qué azote más terrible para la humanidad!...



Y si hace calor:

—¡Oh, el calor! no hay nada más perjudicial ni más espantoso.

Antes de salir del teatro, el aprensivo se abotona el gabán, se tapa la boca con el pañuelo y jura mentalmente no despegar los labios por el camino, para que no se introduzca el aire en los pulmones. A lo mejor tropieza con un conocido que le pregunta:

—¿Adónde vas?

—¡Hum!.., contesta el aprensivo haciendo un movimiento de cabeza.

—¿Qué tienes? ¿Por qué no hablas?

—¡Hum!...

—¿Estás enfermo?

El aprensivo hace una señal afirmativa, y sigue andando para refugiarse en un café. Ya allí, dice al amigo:

—No podía contestar en la calle, porque no hay cosa peor que detenerse y abrir la boca... Ahora puedes decirme cuanto quieras; pero, mira, vámonos á aquel rincón, que aquí estamos muy cerca de la ventana y puede darnos un aire... Oye, no me eches el humo, que me hace daño; fuma hacia dentro. ¿Qué vamos á tomar? No me exijas que tome chocolate, porque se me vuelve pez en el estómago. Estoy por tomar un té.

—¿Con manteca?

—Jamás. La manteca, de noche, es un veneno.

No viajéis con ningún aprensivo, porque os hará pasar las penas del purgatorio.

—Chico, ¡por María Santísima! ¿Quieres matarme? Cierra esa ventanilla. ¿No ves que voy aquí y me constipo con mucha facilidad? ¿Ves? Ya tengo tos... ¡Por vida! ¿Tienes las manos calientes? ¿Sí? Pues anda; dame unas fricciones en la espalda para restablecer la circulación. ¡Ay! ¡Qué torpe eres! Frótame con más cuidado. ¿Crees que soy de marmolillo?

Nosotros huímos de estos seres que no piensan más que en sus imaginarias dolen-

cias, y hacen esclavos suyos á todos los demás seres de la tierra.

Si alguno viene á imponernos su voluntad, so color de que está delicado, y exige que nos privemos de fumar ó de tomar el fresco, ó de estirarnos, le volvemos la espalda, diciendo:

—¿Quiere usted librarse de molestias, y librarnos á nosotros de sus ridiculeces? Pues que le metan á usted en un fanal ó le hagan una funda. El primero de los debe res sociales es el de no molestar al prójimo.





APUNTES PARA UN DRAMA

¡Cómo se había desmejorado el bueno de Marmolín!

Verdad es que acababa de sufrir un gran disgusto, y, aparte de esto, él no era ya ninguna criatura.

Según el testimonio de sus condiscípulos, podría tener de veintiocho á cincuenta y seis años; pero lo que más influyó en su deterioro fué la ingratitud de una patrona á quien amaba.

Él había ido á vivir á la calle de la Ruda, en clase de huésped, y pronto pudo notar las perfecciones de la pupilera. La vió una tarde lavando en la cocina unos calzoncillos de punto, y sintió que el aguijón de los celos se clavaba en su pecho.

—¿De quién son esos calzoncillos?—preguntó anhelante.

—Del huésped del gabinete,—contestó la interpelada.

Marmolín creyó ver un rival odioso en el dueño de los calzoncillos, y ya no tuvo momento tranquilo hasta que la patrona le fué convenciendo poco á poco de que él era la única persona á quien amaba en este mundo.

Y Marmolín vió que el cielo de la felicidad le brindaba con sus tesoros. La patrona era un ángel de la clase de viudas: ella cuidaba con cariñosa solicitud la ropa de Marmolín; le hacía el nudo de la corbata; le lavaba el cuello todos los jueves con una esponja, y siempre le estaba obsequiando con manjares sabrosos.

—¿Quieres que te fría un poquito de hígado? ¿Quieres una tajadita de merluza? ¿Quieres una aceitunita y un cachito de queso de Villalón?—le decía á cada paso.

¡Qué bien comía Marmolín!

Pero una noche llegó á casa y supo con dolor que la patrona, cansada de pagar al

casero y de sufrir las impertinencias de los huéspedes, había huído de Madrid en compañía de un sastre cojo.

Marmolín estuvo entre la vida y la muerte, y de resultas del lance perdió la rubicundez de la nariz y los cuatro dientes de arriba.

Cuando le vimos en la calle á los pocos días de su desgracia, nos dijo melancólicamente:

—He sufrido mucho, porque yo amaba á doña Bruna con verdadero frenesí. Si tuviera valor, mañana mismo me mataba, á eso de las ocho, de paso que voy á ver á una tía mía que vive más allá del viaducto de la calle de Segovia.

—Rechaza esas tristes ideas.

—Yo no puedo vivir así, porque todo lo que como se me vuelve engrudo, y siento un dolor en la rabadilla como si me estuvieran sacando corchos con tirabuzón... Además, se me han caído cuatro dientes. ¿Cómo me presento sin dentición delante de las chicas?

Porque Marmolín era enamoradizo y tierno como una gelatina.

Tanto, que después del desengaño de doña Bruna, se dedicó á amar á una joven chalequera, que había tenido relaciones con un teniente de húsares algo bruto.

Marmolín estaba decidido á declarar su amor; pero la falta de los cuatro dientes le preocupaba hasta el punto de tenderse en el lecho boca abajo, y allí pasaba dos ó tres horas pensando en la chalequera.

Hasta entonces no había hecho más que dirigirla miradas amantes, procurando cerrar la boca para que no fuese notada la ausencia de los incisivos, porque sabía que ella era una persona de muy buen gusto, y que no aceptaría jamás el amor de un sujeto sin dentadura.

No le sobraba el dinero al pobre Marmolín, porque vivía con el producto de su voz, cantando de tiple en las funciones religiosas, y cuando pescaba un catarro ó se le obstruía el conducto de las corcheas, tenía necesidad de disminuir la alimentación, desayunándose con un huevo duro ó cualquier otro comestible sencillo, pero barato.

El amor de la chalequera comenzó á echar raíces en su corazón, y pensó seriamente en hacerla su esposa. ¿Pero cómo se presentaba delante de su adorado tormento, sin la dentadura que por clasificación le correspondía?

—No, exclamaba Marmolín, mientras se raspaba un callito que le había salido en el dedo gordo del pie derecho. Yo no puedo

ir á ninguna parte. No está bien que me presente desdentado delante de esa mujer encantadora. Hagamos un sacrificio.

Y terminada la raspadura del callo, se fué á ver á un dentista muy franco que vivía á pocos pasos de allí.

—Caballero, le dije al entrar. Yo soy pobre, pero eso no quita para que desee remediar mis faltas. Vea usted en qué situación me encuentro.



Y abrió la boca.

El dentista examinó aquel abismo insondable, y dijo:

—Eso no es boca.

—¿Qué es entonces?

—Un depósito de cadáveres putrefactos. Hay que arrancarle á usted catorce huesos.

—¡Cáspita!

—Si usted quiere conservar la salud; si no quiere usted aparecer á los ojos del mundo como una persona despreciable, es necesario que se deje usted limpiar por dentro.

El caso fué que Marmolín se decidió á que le limpiaran completamente, no sin

10

ajustar antes la operación. La esperanza de ser amado por la chalequera le dió ánimos para todo, y se entregó al dentista en cuerpo y alma.

—Abra usted la boca—le decía éste cogiéndole la nariz con dos dedos de la mano izquierda, que parecían dos salchichones.—Más...

—No puedo.

—Ea, ¡valor! Voy á ver si puedo arrancarle dos muelas de un solo tirón... Las tiene usted completamente destrozadas. Agárrese usted á la silla, porque voy á tirar.

—¿De dónde?

—De todo lo que encuentre.

Una hora duró el martirio de Marmolín; pero al salir de allí llevaba la boca limpia como un espejo.

—Vuelva usted pasado mañana y le colocaré los cuatro dientes de arriba, dijo aquel verdugo.

Cuando Marmolín llegó á su casa tuvo que meter la cabeza en un barreño, porque se moría de calor, y merced á las cataplasmas que le puso la nueva patrona, consiguió que se le convirtiera la cara en una sandía.

—Todo lo sufro con resignación, á true que de que esa mujer me ame, decía el desventurado Marmolín mientras se enjuaga-

ba con un cocimiento de adormideras y malvavisco.

Dos días después entraba de nuevo en casa del dentista.

—¿Está eso? preguntó con timidez.

—Hélo aquí, contestó el verdugo mostrandole cuatro dientes que parecían cuatro fichas de dominó.



—¿Y voy á poder llevar eso?

—¡Naturalmente! A ver; abra usted la boca todo lo posible... Ya está usted despachado.

A Marmolín se le pusieron los pelos de punta, porque creyó que, en vez de dientes, le habían colocado un par de banderillas en la boca.

No podía hablar, ni mover los labios, ni respirar libremente, y andaba de un lado para otro con los ojos espantados, como si buscara un sitio en el que pudiera refugiarse.

—Todo eso proviene de la falta de costumbre, decía el dentista. Dentro de un

mes ya no sentirá usted molestia de ninguna clase.

—¡Un mes! pensó Marmolín.

Pero la idea fija de sus amores le dió fortaleza para sufrir el tormento, y salió á la calle decidido á esperar á la chalequera y declararle su pasion.

—¡Ay!—iba diciendo por el camino.—¡Qué sacrificios tan horribles! Ese hombre ha hecho conmigo una verdadera carnicería; pero en cambio, podré presentarme á los ojos de esa chica con todos mis dientes... Son las ocho; esta es la hora en que sale del taller; por aquí pasa todos los días en dirección á su domicilio Esperaré. ¡Cuánto la amo!... ¡Y cómo me duele esto!

La chalequera apareció por la esquina de la calle. Marmolín sintió que el corazón quería saltársele del pecho, y fué á hacerle su declaración amorosa.

Pero no vió que el teniente de húsares seguía á la joven á cierta distancia.

—Señorita—dijo Marmolín, acercándose á la chalequera.—Hace mucho tiempo que deseaba una ocasión en que poder demostrarle cuánto la amo...

No pudo concluir: el húsar, que lo había oído, levantó la pesada mano para dejarla caer con impulso terrible sobre la faz de Marmolín.

Éste lanzó un grito, y se llevó la mano á la boca...

¡Se había tragado, sin querer, los cuatro dientes postizos!



TROP DE ZÈLE



Fórmanse Sociedades para ilustrar á la mujer; organízanse Ligas para regenerarla, y se le abre el camino para que llegue á ser ingeniera ó maquinista de ferrocarriles, ó secretaria de Ayuntamiento. Lo único que no se hace es casarla por ajeno esfuerzo, y no estaría de más que los defensores del "eterno femenino„ constituyeran Sociedades con aquel sano propósito.

Por ahí andan muchos padres desventurados que tienen por única misión en la

tierra sacar á paseo á las niñas á fin de que a actual generación de jóvenes solteros fije en ellas su mirada amante y las conduzca al tálamo sin más averiguaciones.

No hay, por otra parte, profesión más honrosa que la de niña casadera.

Todas sus aspiraciones se reducen á excitar la admiración pública y á labrarse un porvenir desahogado con arreglo á los encantos naturales de cada una. ¡Lástima que la colaboración de las madres no sea en este punto todo lo eficaz que el caso requiere!

Más de lo que ha hecho por casar á su niña la viuda de Chupín - y sirva de ejemplo este caso.—no lo haría, ciertamente, el más aguerrido conquistador. Francisco Pizarro, al lado de esta señora, hubiera sido un pobre hombre sin malicia ni dotes de acometividad, ni decoro profesional.

La señora de Chupín consagra su vida toda entera á hermosear el semblante de su niña, y no hay medio que no utilice, ni circunstancia que desdeñe, ni idea que no ponga en práctica con tal de conseguir la tranquila posesión de un yerno.

Primera condición que cree necesaria la viuda de Chupín para atraer las miradas públicas: belleza; segunda, elegancia; tercera, amabilidad, y así sucesivamente.

La niña tiene la suerte de ir ilustrada con un nombre poético, Ofelia; la mamá no posee igual adorno, pues (con perdón sea dicho) se llama doña Bernarda; pero en cambio tiénese por la madre más buena, más tolerante y más francota de todas cuantas ejercen la profesión en la Península.

Lo primero que hace al notar que un hombre mira tiernamente á la hermosa Ofelia, es clavar en él aquellos sus ojos misericordiosos, como si quisiera decirle:

—¡No sufra usted, joven!... Ella es sensible... Usted es guapo... ¡Quién sabe!

Después (supongamos que la cosa pasa en la calle) doña Bernarda acorta el paso, sepulta ambas manos en el abismo insondable de su manguito á fin de ocultar las uñas de suegra futura y dice en voz baja á la niña:

—No pongas esa cara de ratón aburrido, y sonríete, mujer, para que te vean la dentadura, que es una de las cosas mejores que tienes!

Si el enamorado doncel, ó el *oso*, como si dijéramos, sigue calle abajo á la niña, doña Bernarda exclama alzando la voz:

—¿Es á Apolo adonde vamos esta noche?... ¿Qué fila tenemos?... ¡Ah, sí, la octava!...

Claro está que el jóven oye las palabras

de la mamá, y si es un *oso* que tiene conciencia de sus deberes, ha de acudir aquella noche al teatro con fines amorosos.

Doña Bernarda, procurando no ser oída por el galán, va diciendo á Ofelia:

—¿Sabes que es muy guapito?



Ya en la puerta de la casa, la mamá sube precipitadamente la escalera, exponiéndose á un ataque apoplético, y diciendo entre dientes:

—Los ojos son negros... ¡y parece de muy buena familia!... Debe ser huérfano, porque está muy pálido.

En cuanto llega á la sala, abre de par en par las maderas del balcón, porque dice que las casas cerradas la ponen nerviosa. Después separa con mucho cuidado los visillos, y cuando se ha convencido de que el joven está en la acera hecho un pasmarote, se dirige á Ofelia con estas frases:

—¡Las del principal van á figurarse que ese chico está ahí por ellas! ¡Como son tan

bonitas!... Yo, en tu caso, me asomaba sólo para darles en la cabeza.

—¡Pero, mamá!... contesta la chica.

—Bueno, allá tú. No soy de esas madres que sólo piensan en despachar á sus hijas como si fueran un estorbo; pero me da rabia que las del principal se figuren que ese joven...

Doña Bernarda no ha cesado de mirar con disimulo á través de las cortinillas. Ofelia se decide á asomarse al balcón, y la amorosa mamá echa sobre los hombros de la chica un *fichú* colorado, diciéndole:

—Ponte esto, hija mía. Ya sabes que á ti te sienta muy bien todo lo colorado.

Aquella noche doña Bernarda come poco, y se levanta de la mesa para vestirse de prisa y corriendo y engalanar á la niña.

Al llegar al teatro descubre al joven, y oculta con el abanico una sonrisa de júbilo.

—Allí le tienes, dice por lo bajo á Ofelia. ¿Sabes á quién se parece? Al chico mayor de las de Soconusco. Debe estar muy bien relacionado, porque le saludó con mucha amabilidad un acomodador.

A la salida del teatro llueve copiosamente. El joven se acerca á doña Bernarda y dice:

—Si ustedes me lo permitieran, las ofrecería mi paraguas.

—No se moleste usted, contesta la mamá.

—No es molestia; al contrario...

El joven.—¡Qué noche!



La mamá..—¡Horrorosa!

El joven á Ofelia, en voz baja.—Bendita sea la lluvia porque me proporciona el gusto de acompañar á usted.

La mamá, aparte á Ofelia.—No seas arisca, mujer. Contesta cualquier cosa.

Ya en casa, la mamá dice á la niña:

– Mira, Ofelita; la mujer no tiene más que una carrera... Yo no soy de esas madres que sólo piensan en despachar á las chicas; pero ese joven me parece muy decente. En fin, allá tú.



Ha pasado un mes; el joven del paraguas posee ya el corazón de Ofelia y acude todos los días á su casa. Pero ¡ay de él cuando se retrasa cinco minutos! Entonces doña Bernarda prorrumpe en indirectas del tenor siguiente:

—Hay hombres que abusan. Es un crimen apoderarse de un corazón candoroso para pisotearlo.

Cuando está sola con su hija, dice con ademán trágico:

—Ofelia, ese hombre no es hombre, es un palomino atontado. Tú debes obligarle á que fije el día de la boda.

—¡Pero si no hace más que un mes que nos conocemos!

—¿Un mes? ¿Y te parece poco? A los ocho días de conocer á tu padre ya le había obligado á firmar un papel comprometiéndose á todo.

Doña Bernarda se decide á abordar la cuestión por sí misma.

—Mire usted, caballero, dice una noche al joven; su conducta no es para hacer feliz á ninguna mujer.

—¿Pero se puede saber con quién tengo yo relaciones en esta casa? contesta el chico, harto ya de indirectas.

El novio se va para no volver, y tras éste viene otro, que concluye por aborrecer cordialmente á doña Bernarda y tomar la puerta de la calle echando chispas.

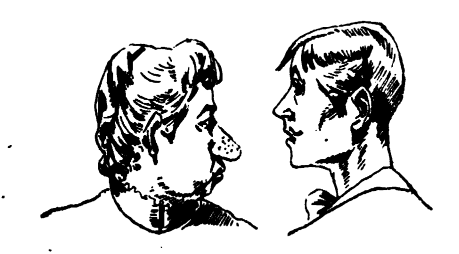
***

Los novios se suceden sin interrupción. Ofelia va perdiendo su juventud, y ha tenido ya relaciones con casi todos los hombres útiles del país.

Entretanto la viuda no cesa de repetir, tratando de engañarse á sí misma:

—¡Yo no soy de esas madres que sólo piensan en *despachar* á sus hijas á toda costa!

De todo lo cual resulta que el exceso de celo maternal es causa frecuente de perturbaciones en el orden civil, y que, como decíamos más arriba, hay que ir creando Sociedades cooperativas para casar hijas de familia.





EL JEFE

Aquí, ya se sabe, hay persona que se acuesta siendo oficial segundo de Administración civil, auxiliar de la clase de terceros de un ministerio, y al abrir los ojos por la mañana resulta que ya no es nada absolutamente.

Cualquiera diría que los Gobiernos no tienen en España otra cosa que hacer más que dar y quitar destinos, y hoy le nombran á usted y mañana le dejan cesante, y al otro día le reponen, y así sucesivamente hasta la consumación de los siglos.

Pues, sin embargo de esto, existen por ahí empleados á docenas que se dan tono en la oficina y regañan á sus inferiores jerárquicos, y piden el agua con énfasis, y

hasta dicen que no la toman si no se les da con azucarillo.

¡Si parece mentira! Desde el momento en que obtienen la credencial ya creen que han venido al mundo en representación de Dios para mandar en todos los mortales de tres mil pesetas para abajo.

¡Y qué emoción experimentan los demás funcionarios de menos sueldo cuando aparece en la oficina un jefe recién nombrado!

—¡Qué alto es! dice uno aplicando el ojo á la cerradura del despacho.

—Dicen que ha sido Gobernador y que está casado con una Marquesa, añade otro.

—Parece andaluz.

—No; es de Albacete. Le conoce uno que ha estado de huésped en casa de una tía mía.

—¡Caramba! ¡Qué sortija lleva en el dedo pequeño!

Lo primero que hace el jefe es llamar á todos los súbditos y decirles con la solemnidad propia de las circunstancias:

—No por mis merecimientos, que no tengo ninguno, sino por la voluntad del Gobierno de la nación, he llegado á este sitio, donde espero que he de encontrar la ayuda de todos ustedes... (Un golpe de tos.) Yo soy rígido; desde ahora se lo advierto á todos; pero en cambio sabré premiar los

servicios de aquellos que me sirvan con fe, lealtad (otro golpe de tos) é inteligencia.

Uno de los empleados, persona lista y de conocimientos ortográficos, contesta en nombre de sus compañeros con frase torpe,



pero conmovida, y el jefe se queda solo para entregarse á serias é importantes meditaciones contencioso-administrativas.

Los subalternos, entretanto, comentan el discurso del jefe, y alguno está pensando en buscar una buena recomendación á fin de tener de su parte á aquel señor todopo-

deroso, sabio, justo é infinitamente bueno, que premia ó castiga según el caso.

Lo que no saben aquellos infelices es que el nuevo jefe ha obtenido su empleo á fuerza de recomendaciones, y que tiene la misma influencia con el Ministro que puede tener el último escribiente de la oficina.

En opinión de los subalternos, todo el que manda es un sabio, y á más de sabio, persona influyente, y á más de influyente, rico. Desde el rincón del negociado todos los que están en las alturas parecen gigantes, y pueden hundir en la miseria á veinte ó treinta familias de una sola plumada.

Desgraciadamente para éstos, las cosas no suceden con tanta facilidad. El jefe es un caballero que necesita el destino y lo obtiene después de muchas súplicas y reverencias. El único ser omnipotente es el Ministro, y aun éste se ve obligado en muchas ocasiones á reprimir la ira, pues quiere dejar cesante á un empleado que escribe Bonifacio con *v* de corazón, y antes de extender la orden fatal pregunta:

—¿Quién recomienda á ese bruto?

—La duquesa del Tinte, contesta el encargado del personal.

—¡Demonio! ¡La Duquesa!...—murmura tristemente el Ministro.—¿Cómo le dejo yo cesante?

En las oficinas públicas, véase la cosa como se quiera, el jefe no es más que una autoridad interina. Hoy tiene tratamiento, y le sirven el agua en bandeja de plata, y le cepillan la levita los porteros; mañana ó el otro, cesante ya, le encontramos en la Carrera de San Jerónimo del brazo de su esposa, y vemos con dolor que lleva los tacones torcidos.

—¿Conoces á ése? nos preguntan; y nosotros contestamos:

—Ese que ves con la levita deteriorada dándole el brazo á una señora que parece una corista, ha sido jefe.

—¿Jefe?

—Sí, y ahora ni siquiera es persona regular por falta de ropa.

¡Cuántos jefes hemos conocido que entraban en la oficina dando puñetazos y poniendo motes á los subalternos, y un año después les vimos en las timbas de calderilla apuntando dos perros grandes á una sota!

El respeto al jefe suele constituir un verdadero culto para ciertos empleados de ínfima clase.

—¡Oh, don Agapito! ¡Qué hombre de tanto talento! nos decía en cierta ocasión un pobre escribiente de la clase de últimos, refiriéndose á su superior jerárquico.

—¿Y qué tal genio tiene?

—¡Horroroso! Pero no hay más remedio que aguantarle, porque al fin es jefe de uno.

Para aquel mísero empleado, don Ágapito era una especie de Dios que se había hecho funcionario público para redimir á la humanidad.

Pero la ilusión del escribiente duró poco. Un día le preguntamos:

—¿Cómo le va á usted con el nuevo jefe?

Y nos contestó muy enojado:

—No es jefe, ni es nada. ¡Qué desengaños recibe uno en esta vida! ¿Creerá usted que me pidió prestadas dos pesetas hace cuatro meses y aún no me las ha devuelto?

—Se habrá olvidado...

—¡Quiá! He podido averiguar que no tiene sobre qué caerse muerto. ¡Y yo que había creído que todos los jefes eran personas importantísimas!





Á DIVERTIRSE

Cuando doña Agririna y su esposo, el señor de Alcaparra, salieron de su pueblo con dirección á Madrid para asistir á la romería de San Isidro, el administrador de Rentas, hombre de mucho mundo, les llamó aparte para decirles:

—¡Nada! Divertirse todo lo posible, pero sin cometer locuras ni descubrir la oriundez provinciana. Madrid encierra muchos

peligros. Discreción, señor de Alcaparra. Método, mucho método, doña Agripina.

Era ésta una señora que podía tener de treinta y cinco á sesenta años, según la feliz expresión de un literato amigo mío. Vista de perfil, parecía un sacatrapos. Su esposo, aunque obeso, tenía "un ver„ bastante agradable.

Cuando el matrimonio llegó á Madrid, cien personas le rodearon en la estación, diciéndole:

—¿Necesitan ustedes una buena fonda?

—¿Quieren ustedes una casa de huéspedes?

—¿Van ustedes á vivir en familia?

Pero Alcaparra, que no era tonto, rechazó los ofrecimientos, y metiéndose en un coche de plaza, dijo al auriga:

—A la Posada del Peine.

Aquel mismo día, después de almorzar, el matrimonio salió á recorrer las principales calles.

Agripina era víctima de su esposo, que no la dejaba detenerse delante de los escaparates, ni abrir los ojos con exceso, ni volver la cabeza, ni dirigir miradas á las señoras transeuntes.

—Es preciso que ocultemos nuestra procedencia, decía él. Los madrileños abusan de la gente provinciana.

Y en su afán de aparecer bien enterado de todo, Alcaparra no se detenía en parte alguna, y caminaba de prisa y corriendo, con gran pesadumbre de su esposa, que llevaba un palmo de lengua fuera.

– Candelario, exclamaba la pobre señora. ¡Yo no puedo más!... ¡Yo me voy á sentar en cualquier parte!

—Sigue, sigue, contestaba él. No conviene que nos paremos. Hay quien está acechando á los forasteros para robarles.

Por fin venció doña Agripina, y ambos penetraron en un café.

—Traiga usted cerveza, dijo el esposo, que deseaba conocer este líquido famoso.

—¿Grande? preguntó el camarero.

– Lo más grande que haya. ¿Por quién nos ha tomado usted?

Él no había probado nunca la cerveza, y lo mismo fué acercar la copa á los labios, empezó á escupir é insultar al mozo.

—¿Qué es esto? gritaba. ¿Ha querido usted burlarse de nosotros? ¡Yo no aguanto bromas de nadie!

—Candelario, no te acalores, decía la esposa.

—Esto es una picardía.

Acudió el amo del establecimiento; pero ya Alcaparra le había dado al mozo con el paraguas en la cabeza.

La calle comenzó á llenarse de gente, que se reía al ver las extrañas figuras de los esposos. Alcaparra, ciego por la ira, no había visto á su mujer que, colgada de su cuello, trataba de calmarle, y confundiéndola con el camarero, la arrojó violentamente contra el escaparate del café. El escaparate se hizo pedazos, y Agripina fué á caer de bruces contra un flan, metiendo la cara en la fuente.

Los agentes de la autoridad consiguieron sujetar á Alcaparra, y al fin, aclarado el asunto, le dejaron en libertad, previo pago de los desperfectos.

—¿Sabes que nos estamos divirtiendo mucho en Madrid? decía Agripina, limpiándose el rostro, que chorreaba flan por todas partes.

—Hemos pagado la novatada, contestó él; pero ya verás cómo no vuelve á sucedernos nada desagradable.

Aquella noche Agripina manifestó deseos de ir al teatro, y Alcaparra accedió gustoso.

Casi todas las localidades estaban vendidas cuando el matrimonio llegó al despacho de billetes; pero como había hecho ya la intención, no tuvo más remedio que tomar dos butacas de última fila.

—Yo no oigo nada, decía ella.

—Ni yo, contestaba él.

—¡Si pudiéramos ir al escenario! Allí sí que lo oiríamos todo perfectamente.

—Iremos. Hay que tener valor para todo. Es el mejor sistema para que no abusen de nosotros, dijo Alcaparra levantándose.

Y salió de la sala, seguido de su esposa.

Era tal el número de comparsas y bailarinas, y tan grande la confusión que reinaba en el escenario, que nadie notó la presencia de Alcaparra y su mujer detrás de un telón de medio foro.

Representábase una obra de gran espectáculo, con frecuentes cambios de decoración y muchas luces de bengala. Agripina oía perfectamente á los cómicos, pero no podía presenciar el espectáculo, y su marido, tratando de complacerla, buscaba un agujero en el telón. Pero en aquel momento los esposos lanzaron un grito.

El telón, que los había ocultado hasta entonces á las miradas del público, acababa de descorrerse, y Alcaparra y su esposa aparecían en escena rodeados de luces de bengala.

—¡Qué vergüenza! dijo Agripina, y echó á correr; pero tropezó con un bastidor que figuraba una fuente china, y éste, cediendo al choque, fué á caer sobre Alcaparra.

—¡Bravo, bravo! gritaba el público.

—¡Que bailen! ¡Que les encierren! ¡Que les prendan!

Alcaparra trató de levantarse, y sólo después de una lucha penosa, pudo sacar la cabeza por el lienzo que tenía encima; pero en aquel instante los maquinistas del telar, ajenos á cuanto estaba pasando, soltaron los grifos y el agua comenzó á caer cual impetuosa cascada sobre aquel infortunado matrimonio.



Cuando acudieron á socorrerles, Agripina y su esposo parecían dos calamares recién pescados.

En el primer tren del día siguiente, el matrimonio regresó á su pueblo, y Alcaparra no cesaba de decir:

—¡Cualquier día vuelvo á salir de mi casa sin salvavidas!

PERCANCES DE UN AFICIONADO



Si los padres de don Lucas no hubieran torcido su inclinación, en vez de médico titular de Fuentesosa, sería á estas fechas primer actor del género dramático en cualquiera de los coliseos de la Península. Porque á don Lucas le ha cegado siempre el amor al proscenio, y su juventud fué una serie no interrumpida de representaciones dramáticas. Él pertenecía á dos ó tres Sociedades que hacían comedias, y antes de-

jaba de asistir al Colegio de Medicina durante un mes entero, que privarse de ensayar un solo día las obras de su repertorio.

Su afición le llevaba á pasar toda la noche estudiando los papeles, y más de una vez doña Úrsula, la pupilera, tuvo que entrar en su alcoba para apagar la luz que él había dejado encendida, mientras, dominado por el sueño, caía de bruces sobre la mesa.

Dios sólo sabe cómo pudo obtener don Lucas el título de licenciado en Medicina y Cirugía, porque era lo que decían sus compañeros:

—¡Si ese hombre ignora dónde tenemos colocada la trompa de Eustaquio! ¡Si no ha cogido un libro en todo el curso! ¡Si es un verdadero escándalo que le hayan dado el título á ese hombre!...

Ello fué que á los veintiséis años don Lucas obtenía la plaza de médico titular de Fuentesosa, y que algún tiempo después daba su mano á la hija del farmacéutico local, joven notable en los papeles de característica.

Don Lucas la conoció haciendo la Brígida del *Tenorio*, y no pudo menos de amarla, por la cadencia que sabía imprimir á las octavillas italianas. Ella, á su vez, se sintió herida en el corazón, porque don Lucas ha-

cía un Don Juan capaz de entusiasmar á un palo del telégrafo.

El matrimonio de don Lucas abrió nuevos horizontes á su fantasía, y la hija del boticario pasó á ser la comedianta más famosa del distrito.

Don Lucas le ensayaba todos los papeles en el hogar doméstico; y como había organizado una Compañía completa con la obligación de representar por lo menos cuatro dramas al mes y cuatro piezas cómicas en el salón del Ayuntamiento, convertido en teatro, la costumbre de declamar había transformado á la médica en una verdadera actriz, con gran aplauso de todos los vecinos y de don Lucas.

Pero esto no era obstáculo para que la *médica* diese á luz cada once meses, y pronto se vió á don Lucas al frente de una numerosa descendencia.

Cuando el mayor de sus hijos tuvo uso de razón, le enseñó á representar escenas sueltas, y era de ver al niño, que por cierto tenía la cabeza lo mismo que una sandía de las grandes, vestido con un gabán de su mamá, á guisa de dalmática, y unos calzoncillos de punto salpicados de lentejuelas, recitando el horóscopo del rey D. Pedro

Las malas lenguas aseguraban que los enfermos de Fuentesosa morían por falta de

asistencia, y que como don Lucas andaba siempre tan ocupado, solía hacer las operaciones de prisa y corriendo, hasta el punto de cortarle un día á un paciente, por equivocación, más de dos pulgadas de lengua, en vez de extirparle un lobanillo que le había salido en el labio inferior.

Ello fué que en cierta ocasión don Lucas quiso representar *La Pasionaria;* y como no había dama disponible, fué necesario que la médica se encargase del papel de Petrilla.

—Considera, Lucas, que estoy en meses mayores, y no parece bien que me presente así, decía ella. Espera á que salga de esto.

—¡Bah! contestó el médico. Ya deben comprender los espectadores que una señora casada tiene que salir á escena conforme la pillen las circunstancias.

Después de *La Pasionaria*, don Lucas representaría *El puñal del godo,* en unión de su hijo mayor y de otros jóvenes locales, que se habían prestado al sacrificio.

¡Qué tormentos pasó don Lucas para desasnar á aquella gente, como él decía! El que hacía el papel de Justo era un joven cojo y delicado, y como don Lucas quería que los actores se movieran con extraordinaria rapidez, á fin de no enfriar las escenas, el cojo sudaba la gota gorda y tropezaba con los

demás personajes hasta perder el equilibrio, lo cual, en opinión de don Lucas, era una desgracia muy grande, porque ni estaba justificada la cojera, ni se comprendía cómo pudiera enamorarse de un patizambo una chica tan guapa como la Petrilla.

El primer ensayo duró desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche; y fué tanto lo que trabajaron los actores, que una viuda que hacía el papel de característica, en cuanto llegó á su casa, tuvo que ponerse un parche de sebo en la garganta, porque la tenía en carne viva.

Lo más escogido de Fuentesosa asistía quince días después á la función organizada por don Lucas. *La Pasionaria* mereció los aplausos de la concurrencia, y don Lucas fué objeto de grandes ovaciones durante toda la noche, lo mismo que su esposa, á quien hicieron salir á escena tres veces seguidas, á pesar de la pesadez que le producía su estado.

El cojo tropezó menos de lo que se esperaba, y sólo al final, cuando Petrilla sepulta en su pecho el cuchillo, se le vió perder pie y caer de cabeza contra la concha del apuntador. Éste, que tenía á su lado á un hijo suyo de corta edad, vió venir al cojo, y quiso salvar al chico poniendo las manos á manera de pantalla; pero no le valió su bue-

na intención, y el cojo fué á caer de bruces encima del chiquillo, que comenzó á llorar con todas sus fuerzas.

—¡Bárbaro! dijo el apuntador.

—A mí no me insulta usted, replicó el cojo queriendo vengar la injuria.



El apuntador entonces, sin reparar en las conveniencias escénicas, salió de la concha, y se puso á golpear al cojo con la palmatoria; el niño chillaba, el cojo se defendía, y don Lucas tuvo que intervenir, no sin que le alcanzara un manotón del síndico, que había subido al escenario y trataba de poner paz repartiendo puñetazos.

Los ánimos se tranquilizaron, y los actores acudieron á sus cuartos respectivos á fin de vestirse de godos más ó menos auténticos. Iba á representarse el famoso *Puñal*, que ha hecho la reputación de varios aficionados españoles, entre otros, la de don Lucas, el cual, en el papel de Don Rodrigo había conquistado grandes triunfos en el teatro de las Aguas, siendo estudiante.

—¡A ver! ¿Estamos todos? decía el médico acabando de colocarse el casco.

—Cuando usted guste, contestó el Monje.

—Pues arriba el telón.

Iba ya á salir á escena don Lucas, cuando el alcalde se presentó en el escenario.

—¡Don Lucas, don Lucas! dijo con acento agitado. Acabo de recibir un aviso para usted.

—¿Para mí?

—La mujer del tío Caralampio necesita asistencia facultativa.

—Bueno, replicó el médico. En cuanto termine el drama iré á escape.

—Es que ya han venido á avisar dos veces; pero no he querido interrumpir la función.

—Que espere.

—No es posible. La cosa urge muchísimo.

—Pero...

—Cumpla usted con su deber, don Lucas.

El médico iba á protestar, pero en aquel momento llegaba un hijo del tío Caralampio, diciendo que su madre se moría, y el alcalde entonces levantó la vara, y dijo imperativamente á don Lucas:

—O va usted ahora mismo, ó le formo una causa criminal.

Don Lucas no se atrevió á insistir, y girando sobre sus talones, echó á correr hacia el domicilio del tío Caralampio, sin cuidarse de la espada ni del casco, que parecía un perol.

Dos minutos después penetraba en casa del tío Caralampio, vestido de godo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está la parturienta? gritó don Lucas no bien hubo entrado en la sala.

—Aquí, dijo el tío Caralampio. con voz doliente desde la alcoba.

Don Lucas se presentó en la puerta de la habitación; pero al verle la paciente, lanzó un grito de horror, y cayó desmayada gritando:

—¡Dios mío! ¡Un bandolero!

A don Lucas se le cayó la barba postiza, y cuando iba á dejar la espada sobre una cómoda para recoger aquel aditamento, el tío Caralampio, que no había reconocido en el godo á don Lucas el médico, creyó, como

su mujer, que aquel hombre era un facineroso, y se lanzó á su cuello, derribándole por tierra.

—¡Socorro! gritaba don Lucas, mientras el tio Caralampio le echaba encima ùna mesa y trataba de hacer lo mismo con la cómoda.

El hijo de la paciente logró deshacer el error, y entonces pudo don Lucas verse libre de aquella fiera. Cuando molido, y destrozada la cota de malla, iba á dirigirse al lecho, todos vieron con asombro que la esposa del tío Caralampio había dado á luz á causa del susto; pero don Lucas exclamaba tentándose las costillas:

—Siempre he dicho que esta pasión por el teatro había de traerme un disgusto serio.

Y desde entonces, cuando sabe que hay en el pueblo alguna mujer fuera de cuenta, espera que dé á luz para dedicarse con toda tranquilidad al arte dramático, y aun con esta garantía no quiere vestirse de godo por nada de este mundo.





ARGUMENTO



PODEROSO

¿Por qué era desgraciado Antolín, el mancebo de la botica de don Isidoro?

Porque se había enamorado como un salvaje, aunque sea mala comparación.

Don Isidoro, hombre de genio irascible, aunque viudo, tenía una hija llamada Genoveva, rubia, con los ojos azules y la nariz con erisipela, pero agraciada.

Cuando Antolín llegó de su pais, con ánimo de dedicarse al honroso manejo de las drogas, vió á Genoveva repasando unos calcetines paternos, sentada en un baúl, y desde aquel punto y hora comenzó á sentir escarabajeos en el corazón.

No pasaron inadvertidas para la joven las miradas del mancebo; y como era sensible de suyo, y además Antolín tenía un rostro bastante agraciado y un pescuezo muy limpio, Genoveva se sintió arrastrada hacia él, y una tarde, mientras don Isidoro asistía al entierro de un boticario que había fallecido por equivocación, á consecuencia de haberse tragado tres cuarterones de pomada de belladona, creyendo que era carne de membrillo, Antolín declaró su pasión á Genoveva.

– Sí, la había dicho él; yo no levanto cabeza desde que vi á usted, señorita. Para mí están de más en el mundo los comestibles, y todo lo que como me sabe á sebo.

—Eso está muy bien; pero papá es un hombre sin principios y no ha de querer autorizar nuestras relaciones, contestó ella.

—Pues que no las autorice. Con tal de que usted me quiera...

—Yo...

—Hable usted, por piedad.

—¡Ay, Antolín!

El caso fué que los amores comenzaron á tomar vuelo, y los chicos se amaban como dos mamarrachos. Genoveva decía á su novio á cada paso:

- ¡Ay, Antolín! El día en que papá sorprenda nuestro secreto, nos estropea.

—¿Cómo?

- Tú no sabes todavía quién es papá. Cuando le llevan la contraria, se ciega y no ve dónde hiere. Á mamá, que en paz descanse, le tiró un día á la cabeza el bote de



jarabe de Tolú, sólo porque le sacó cortos unos calzoncillos.

Era, en efecto, don Isidoro una persona intratable y fea como ningún otro boticario.

—Antolín, ¿dónde has puesto la zaragatona? decía al mancebo echando fuego por los ojos.

—Está en el cajón correspondiente, contestaba el joven.

Por toda réplica, don Isidoro se arranca-

ba la gorrilla de seda que cubría su cráneo, y la arrojaba al suelo con desesperación. Después se ponía á morder lo primero que encontraba á mano, y entonces había que hacerle una mixtura antiespasmódica, para que la tomase y no se muriera de una congestión cerebral.

Antolín era víctima de sus furores.

—¡Á ver! le decía. Tráeme el cerato simple.

—Allá va corriendo.

—Bájame el frasco de aceite de almendras dulces.

—Aquí está, don Isidoro.

—Machaca inmediatamente dos adarme de sal de higuera. Si tardas en machacarla, te reviento.



Don Isidoro no sabía que Genoveva amaba al mancebo; pero cualquiera diría que estaba enterado de todo, á juzgar por la fiereza con que era tratado Antolín. Este soportaba las ridiculeces de su principal, y aún tenía

bastante fortaleza para decirle de cuando en cuando:

—Don Isidoro, tiene usted muy pronunciada la vena del entrecejo. ¿Está usted malo? ¿Quiere usted que le prepare un cocimiento de flor de malva con adormideras?

—Lo que quiero es que nadie me hable; tengo hoy un desasosiego horrible. Al primero que me lleve la contraria, lo deshago.

Entretanto, los amores de Genoveva y Antolín se deslizaban plácidamente en aquel nido farmacéutico. Ella soñaba con la dicha de ser esposa, y él tomaba á menudo un vasito de la limonada purgante de citrato de magnesia para normalizar las funciones digestivas, porque el amor por un lado y la contrariedad por otro, turbaban la marcha feliz é independiente de sus digestiones.

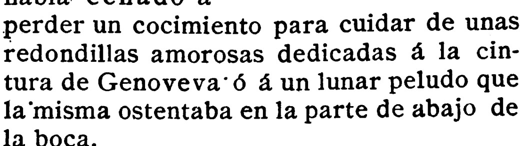
Y así pasaron tres meses, durante los cuales Genoveva y Antolín, presa de la desconfianza y el temor, no hacían más que decirse:

—Papá es muy bruto. Papá tarda en enterarse; pero en cuanto se entere, ¡pobres de nosotros!

Genoveva amaba la poesía, y Antolín era bastante poeta, pero poeta de tapadillo, de esos que versifican en la sombra y guardan los frutos de la mente en un cartapacio, para que, á lo sumo, sean conocidos por las

generaciones venideras, y nunca por sus coetáneos.

Pero como Genoveva le exigía versos á cada rato, él, no pudiendo sustraerse á los deseos de su amada, escribía todos los días sonetos, odas y romances, mientras preparaba un emplasto ó ponía á cocer un linimento.



Con la pluma en la mano derecha y el mortero en la izquierda, Antolín se consideraba feliz, y más de una vez había echado á perder un cocimiento para cuidar de unas redondillas amorosas dedicadas á la cintura de Genoveva ó á un lunar peludo que la misma ostentaba en la parte de abajo de la boca.

"Á ella„; "Á mi tesoro„; "Á mi cielo„; "Á la sílfide de mis venturas„; "Á la hada de mis ensueños„; "Á mi Genoveva idolatrada„.

Estos y otros títulos sonoros encabezaban las composiciones poéticas de Antolín.

Una tarde... ¡horror!... una tarde, el mancebo enamorado acababa de componer un colirio y al propio tiempo una *Dolora* rela-

tiva al amor y á las erupciones cutáneas, cuando surgió inopinadamente la figura de don Isidoro, que traía en la mano una bizma con destino á un diputado provincial, resentido del cuarto trasero.

—¿Qué haces? preguntó el boticario al ver que su dependiente manejaba, ora la cazuela, ora la pluma.

—Estoy despachando una receta, contestó Antolín.

Don Isidoro se precipitó sobre el papel, donde la mano del poeta había comenzado á escribir lo siguiente:

Á MI GENOVEVA

CON MOTIVO DEL DIVIESO QUE LE HA BROTADO CERCA DE LA RABADILLA

¿Cómo puede una erupción
turbar el placer bravío
que nace del corazón?
Olvida, pues, dueño mío,
del grano la desazón.

Mira á tu Antolín amado
que ante ti puesto de hinojos
busca el ungüento adecuado
para curar...

Don Isidoro no quiso leer más. Levantó la bizma á la altura de la cabeza de Anto

lín, y la dejó caer pesadamente sobre el mancebo.

Un grito espantoso se dejó oir.

—¡Piedad! ¡Piedad para él! dijeron á espaldas de don Isidoro.

Aquellas palabras procedían de los labios de Genoveva, que se interpuso entre su padre y el joven; pero la bizma cubría la faz de Antolín, y éste rodó por el suelo,

come corpo morto cade,

que dijo el poeta florentino.

....

Media hora después, libre ya del emplasto, Antolín se dirigió, rápido como una flecha, á la estantería de los venenos. Cogió el bote de la estricnina, y apretándole contra su corazón, se lanzó sobre don Isidoro.

—¿Qué vas á hacer, desgraciado? gritó Genoveva. ¿Vas á envenenarte?

—No, contestó Antolín. Voy á rompérselo á tu padre en la cabeza.

Pero no pudo realizar su deseo, porque el boticario, al ver la actitud decidida del joven, sujetóle el brazo, diciendo cariñosamente:

—Antolín, tranquilízate y cásate con la

muchacha. No hay argumento más convincente que el de los porrazos.

¡Así son casi todos los sujetos irascibles de este bajo mundo!





AMOR CIEGO

Arturo es el prototipo de la elegancia y de la belleza. Rubio, con los ojos azules y la barbita rizada, las mejillas coloreadas por el fino carmín, los dientes menudos y blancos y el pelo en sortijillas.

En el pueblo de su naturaleza se le tiene por una de las mejores figuras de la Península, y él abusa de sus dotes personales, pues lleva ya causadas diez ó doce víctimas amorosas.

Hay una chica en un convento por su causa; hay otra que bebe líquidos corrosivos todos los martes, á ver si Dios quiere llevársela; y no hace muchos días que la hija menor del juez municipal, desdeñada por Arturo, ha querido buscar la muerte abrién-

dose una vena con un formón. Felizmente, la jueza llegó á tiempo de evitar una catástrofe, y hoy la chica dice á cada paso, bañada en lágrimas:

—Mamá, yo pienso acabar con mi existencia un día de éstos.

—Eulogia, recapacita.

—Quiero fenecer cuanto antes. Sin Arturo, la vida es un páramo frío.

Arturo ha conquistado él solo más mujeres que todos los jóvenes de la provincia juntos; y cansado de las chicas locales, se dedica á las forasteras.

Ha llegado la estación balnearia. De Madrid vienen las familias más ó menos escrofulosas á bañarse en el mar.

Entre las recién llegadas hay una joven riojana, pero bella, que se intitula Waldina.

Acompáñala un tío suyo, feo de nacimiento y bruto de origen, que anda vigilando á la chica por los rincones, y si ve que sonríe ó se limpia la dentadura, la coge por el cogote y dice que la va á ahogar allí mismo, sin más averiguaciones.

Ella exclama entre sollozos:

—Tío, yo no puedo reprimir los impulsos del alma. ¡Soy joven!

El tío contesta:

—¿Sí? Pues toma.

Y le da con el sombrero en la espina dor-

sal para ver si la ablanda y se le quita la entereza amorosa.

Arturo ha visto á Waldina en la fonda del pueblo, y lo primero que hizo fué lanzarle una mirada incendiaria. Después se situó en el portal de enfrente, adoptando una postura elegante, pero sencilla, como aquél que dice:

—¿Eh? ¿Hay algo que pedir á este chaquet azul con trencilla ancha? ¿Puede exigirse cosa alguna á este pantalón color de tocino virgen?

Waldina vió á Arturo, y pensó inmediatamente:

—¡Caramba! Para joven de provincia de tercera clase, es bastante blanco ese chico.

Arturo dejó la acera y se dirigió al café, donde le recibieron sus amigos con las palabras de siempre:

—Adiós, calavera empedernido. Pero ¿cómo te arreglas para tener esa dentición tan blanca? ¿Te has hecho ahora ese chaquet? ¡Ay! ¡Qué Arturo éste!

—Es atroz.

—¡Y qué caída de ojos tan bonita!

Arturo dijo que estaba en vísperas de conseguir el amor de una joven forastera, y todos se estremecieron.

—¡Desgraciada! exclamó uno.

—¡Una nueva *vítima!* añadió otro.

—¿Tengo yo la culpa de haber nacido así? murmuró Arturo.

Y, convencido de su belleza, escribió á Waldina la siguiente carta:

"Señorita: Usted no me conoce, pero es lo mismo. Yo pertenezco á una de las familias más decentes de esta localidad. Mi padre (que en gloria esté) ha sido aquí concejal dos años, y después tuvo comercio de gasolina y brea, *hasta el punto* de arruinarse en vista de su buen corazón. Soy joven, soltero y bien parecido, aunque esté mal que yo lo diga; en mi pecho ha brotado un amor que en vano pretendo contener, y deseo que usted me ame, á ser posible. Vive usted en una fonda, y penetraré en ella con cualquier pretexto, á fin de poder expresarle verbalmente mis finos sentimientos. Dé usted muchas memorias á su tío, y queda suyo atento servidor, que sus pies besa.—*Arturo Cateto.*„

Waldina leyó la carta para sí.

—Mi tío es un salvaje, que destrozará con sus manos este amor y cualquier otro que pudiera brotar el día de mañana. Procedamos con cautela, se dijo.

Con este pensamiento por norma de conducta, escribió á Arturo la carta siguiente:

"Cabayero: Como vien parecido nadie puede negar que lo hes usted, y no digo más porque no lo permite mi seso, ni la educación que me proporciona mi tío; pero usté comprenderá que huna no va á comprometerse sin conocer antes ha las personas. Nose todabía lo que podrá suceder; tenga usted confianca y esperanca, y queda Suya que Vesa Su mano.—*Waldina Pozo y Hondo.*"

Como Arturo era tan atrevido, fué á ver al fondista inmediatamente, y le encargó un cubierto de tres pesetas para él solo.

Sentóse á la mesa, y entre plato y plato besaba la carta de Waldina.

Cuando se le acababa el vino, pedía más, y sin saber lo que hacía ni cuidarse de los pantalones, que se le estaban poniendo perdidos con las salsas, preguntó al camarero:

—¿No vienen á comer los inquilinos?

—Ya han comido, contestó el otro.

—¡Diablo! dijo Arturo. ¿Sabe usted qué número tiene el cuarto del señor ése

que está aquí con una sobrinita preciosa?

—Creo que es el 13.

Arturo comió los postres de prisa y corriendo.

Sentíase contrariado porque había llegado tarde á la mesa y pensaba desquitarse del bien perdido, merced á uno de sus rasgos de audacia.

—Penetraré en el cuarto de ella, decía. Sí; hay que ser audaz. ¡Waldina, Waldina! Voy á penetrar en tu habitación; me arrojaré á tus pies como un loco, y es posible que no pueda resistir mis encantos... ¡Mozo! Un palillo. ¡Qué grata es la vida cuando se tienen dotes naturales! ¿Dices que el cuarto del tío tiene el núm. 13? ¿Y el de la sobrina? ¡Qué bonita es! ¿Verdad, camarero? ¿El 13? ¡Oh felicidad! El pasillo está oscuro; ella ha debido verme en el comedor, y estará impaciente... Que no note nada el camarero... Abur; toma tres pesetas; y este perro grande para ti... No las merece... Adiós.

Arturo salió del comedor aparentando la mayor indiferencia. Llegó al pasillo y buscó con afán el cuarto número 13.

—Aquí es, dijo por último, tratando de levantar el pestillo.

La habitación estaba á oscuras, y únicamente se oía la acompasada respira-

ción de algüien que descansaba plácidamente.

—Es ella, dijo Arturo; ella, que estará soñando con un mundo de felicidad... Señorita... Soy yo; quizá me llame usted atrevido; pero no puedo contener las sugestiones del corazón. La amo á usted. ¡Oh felicidad! He podido penetrar aquí sin que nadie lo note... ¿No me contesta usted? ¡Oh! Ese silencio contituye toda mi felicidad... Waldina, yo la amo, yo...

Acercóse al lecho; la oscuridad era tan grande, que Arturo quiso rascarse la nariz, y no pudo dar con ella.

—Waldina, hable usted. No desoiga mis ruegos.

Al hablar así, Arturo se había acercado al lecho, y buscaba las manos de su amada para imprimir en ellas un ósculo de amor.

Las manos habían desaparecido en las tinieblas; pero en cambio, el joven tropezó con una cara espléndida y suave.

—¡Oh dicha! dijo el seductor. Imprimiré un beso en estas mejillas turgentes.

Y acercó sus labios á la fina epidermis de la joven; después estrechó contra su pecho aquella cabeza encantadora.

Pero en aquel instante, la puerta de la habitación se abría con estrépito, y el mozo

del comedor apareció en el umbral con una luz en la mano.

Arturo dió un grito de horror.

¡Acababa de besar al tío!





LA MUJER DEVOTA

EN CASA

PERO, maldita de cocer... ¡Dios me perdone! ¿Me quieres dar ese chocolate? ¿No ves que son las nueve y media?... ¡Ay, qué criadas! Si está visto; si no tiene una más que motivos para rabiar y maldecir á estas condenadas del infierno. ¡Dios me perdone! Á las diez comienzan los oficios, y vas á hacer que llegue tarde por tu causa... Anda, muévete, mujer, que pareces la mula

del tío Lucas, que de puro sosa dejó que las moscas se la comieran el rabo... ¡Dios me perdone! Y á ver cómo le pones el agua al señorito para afeitarse, y cómo no te olvidas de dar el desayuno á los niños... ¡Ah! Y á ver cómo tienes bien barrido el gabinete... ¡Ah! Y ya sabes cómo has de poner las espinacas, porque á tí, en sacándote de tus guisotes de taberna, no sirves para nada... Si los niños lloran, los sacas á dar una vuelta por la calle, y les compras unas palmitas con romero... ¡Ah! Y procura que Antoñito no se coma la suya, porque es como su padre, que todo lo verde se le figura escarola, y luego coge aquellas indigestiones... Pero ¿oyes lo que te digo, ó estás pensando en las musarañas? ¡Ea! Ya sabes lo que has de hacer, y que no falte nada; y si viene la lavandera por el talego, que lo deje, y si viene el aguador, se lo das... digo, ¡Dios me perdone! ¡Ay, qué criadas! ¡Tiene una que estar en todo! ¡Dios me perdone!

EN LA IGLESIA

Adiós, hijita... Hoy me ha cogido usted la delantera. ¡Ya se ve! Como yo antes de salir de casa tengo que dejar las cosas arregladas... porque donde hay niños... La de Chacolí no ha venido, ¿eh? Pero ¿es verdad que

se casa otra vez? ¡Qué cosas, hija, qué cosas!... ¡Y aún no hace un mes que me decía que si no fuera por su familia, se hubiera metido en las Trinitarias!... Mire usted, mire usted aquella que está junto al altar de la Virgen. ¡Qué pintada viene! ¿Verdad? Desengáñese usted, aquellos ojos no son naturales... ¡Y qué descarada parece! ¿Ha visto usted cómo se ha quedado mirándonos? Á éstas que vienen al templo á lucirse, no las puedo ver. Se figuran que están en el teatro... ¡Dios me perdone! Pues ¿y las que vienen á murmurar?... ¡Calle usted por Dios! Pero ya salen los sacerdotes... "En el nombre del Padre, del Hijo..." Mire usted: ya ha entrado la de Chacolí con el otro... "y del Espíritu Santo, amén..." ¿Es de cretona el vestido?... "No nos dejes caer en la tentación..." Pues él parece un pájaro frito... "Dios te salve, Reina y Madre..."

EN LA SACRISTÍA

Conque á las cinco, ¿eh? Mil gracias. ¿Y predica D. Pablo? Me alegro. ¿Está ya mejor? ¡Ay! Días pasados tenía una tos, que el pobre se reventaba materialmente. Algún aire, de seguro. Como él se pone á confesar cerca de la puerta, y va siempre tan ligero de ropa... porque no gasta más que

una camisa en todo tiempo; y esas valentías cuestan caras... Quede usted con Dios, D. Bonifacio... Á mi casita, sí, señor, á ver cómo anda aquello, porque desde esta mañana no he vuelto, y donde hay niños, ya sabe usted... ¿El mayorcito? El mayorcito tiene ya cuatro años; ¡pero están tan acostumbrados con la muchacha! Si no fuera por eso, ¿cómo quiere usted que viniese todos los días aquí?... Vaya, D. Bonifacio, hasta la tarde, si Dios quiere...

EN LA CALLE

—Adiós, Merceditas... Pues, hija, vengo de San Sebastián... Muy bien; han estado muy bien los oficios. Como D. Bonifacio tiene aquella figura, parecía talmente un redentor. Ahora me iba á casa, porque he dejado á aquél en la cama, y como las criadas son de lo que no hay, si él pidió el agua para afeitarse y se la dió fría, habrá armado un belén, que ya, ya. ¡Dios me perdone! Pero te digo que estoy de matrimonio hasta aquí. ¡Qué hombres, hija mía, qué hombres! Para conseguir que cumpliese este año con el precepto, tuve que amenazarle con la separación. Ya ves tú la vida que hago: de mi casita á la iglesia, y pare usted de contar. Pues, sin embargo, me come la figura, por-

que dice que hay desorden en nuestra casa, y que todo anda manga por hombro. ¡Como si no fuera mucho peor que á mí me hubiese dado por andar de teatro todas las noches, ó me echase un amante! ¡Dios me perdone! ¡Ay! ¡Si cuanto mejor es una con ellos, menos se lo agradecen! Y tú, ¿adónde vas? Pues te acompañaré un ratito; y no creas, estoy con el chocolate; pero por no oir regañar á mi marido, me pasaría el santo día de Dios fuera de casa. ¡Qué hombres, hija, qué hombres! ¡Dios me perdone!...

EN CASA

Anda, mujer; quítame la mantilla, que no lo he de hacer yo todo. ¿No ves lo sofocada que vengo? Anda, trae el almuerzo y avisa al señorito. ¡Qué! ¿Ha almorzado ya? Bueno. ¿Y los niños también? Corriente. ¿Conque los ha llevado él al Retiro? Bien hecho; así podré ir á buscar á doña Dolores, para que me acompañe al sermón. No te estés ahí parada, que pareces la estatua de la herejía... ¡Dios me perdone! Anda de prisa, mujer, que son las tres y media. ¡Ay, qué calma la tuya!... ¿Pero éstas son espinacas? ¡Si saben á tafetán inglés! ¿Con qué has guisado ésto? Está visto que no puedo dejar la casa un solo momento. Tráeme otra cosa

pronto. ¡Yo que me muero por la comida de vigilia, y no puedo conseguir que esta mujer sepa hacer un potaje como Dios manda!... ¿Qué es eso? ¿Merluza? ¡Parece algodón en rama! ¡Y sacrifíquese usted para esto; y pase usted la vida hecha una esclava, en su casa, para no poder comer siquiera! Me voy por no tirarte un plato... Y á ver cómo lo tienes arreglado todo, y cómo acuestas á los niños, y cómo das de comer al señorito, y cómo haces bien las camas, porque son las cuatro de la tarde y aún no las has puesto mano. Y cuida de la casa, y no te pongas al balcón á darte aire, que no parece sino que has nacido para princesa. ¡Holgazana! ¡Más que holgazana! Y si tardo, me guardas la comida, y cuidadito conmigo, que yo me voy al sermon, y no quiero quebraderos de cabeza. ¿Has oído? ¡Qué criadas! ¡Qué cruz tengo yo con estas criadas!... ¡Dios me perdone!...





LA VOCACIÓN

"Por mucho que haga el hombre, no ha de poder más que la madre naturaleza.„

Este es un axioma inventado por un padre de familia de la clase de déspotas, que trata de dominar á sus chiquitines por medio del palo, y lo consigue.

El mayor de los chicos comete calaveradas á cada paso, é inmediatamente se va á ver al autor de sus días, y le dice con la mayor humildad:

—Padre, vengo á que me rompa usted lo que guste.

—¿Qué has hecho, desgraciado?

—He empeñado los anteojos de plata de

mamá, y me he escapado con una corista.

—¿Dónde la tienes?

—En la despensa.

—Pues toma.

Y el papá, enfurecido, comienza á pegarle con el puño cerrado.

Pero la víctima no se queja, y recibe los lapos con resignación, diciendo filosóficamente:

—Si le es á usted lo mismo, pégueme en este lado, porque en este otro tengo un sarpullido que me molesta bastante.

En cuanto se acostumbra uno á las palizas, ya puede cometer toda clase de infamias, en la seguridad de que con media docena de bofetones sale del paso, y se queda tan fresco.

No hay manera de torcer la vocación, por mucho que se esfuercen los padres; hay chico que tira á progresista desde los primeros momentos de su aparición en el mundo, y aunque le metan los pies entre dos planchas de hierro colado, al fin y á la postre han de desarrollársele los juanetes que son el símbolo glorioso del partido.

Aquí, como en todas partes, hay quien tiene un hijo bruto y desea meterle la instrucción en el cuerpo; y lo que resulta es que el muchacho, en vez de ilustrarse, acaba por morder á los condiscípulos y

por salirse al campo á probar la hierba.

Lo primero que hay que averiguar es si el niño ha nacido bestia; y de ser así, ya pueden ir renunciando los papás á toda satisfacción íntima, porque cuantos más profesores le busquen y más libros le compren, más se le cerrará al angelito la inteligencia; y si hoy es bruto como tres, mañana lo será como catorce, y así sucesivamente.

No hay nada más horrible que "la brutalidad adulterada por el estudio,, que dijo un ilustre estadista español.

Hemos conocido al hijo de un herrador que era bruto por naturaleza; pero el papá, queriendo elevarle á la categoría de señorito, le metió primero en el Instituto, y después en la Universidad, y hubiera acabado por meterle en la Academia Española si le dejan. El caso fué que el muchacho, en vez de estudiar, se pasaba el día tratando de herrar á los compañeros de clase, y su mayor felicidad consistía en que un amigo le dejase poner un clavo en el tacón de la bota,

El muchacho había nacido para herrador, y fueron inútiles los afanes paternos y las explicaciones de los catedráticos.

A los diez años de estudio aún no había podido averiguar cuántos dedos tenemos en cada mano; pero, en cambio, ponía unas

herraduras con la mayor delicadeza del mundo y conocía á todos los caballos del distrito como si los hubiera llevado en su seno.

Cada uno nace con sus aficiones determinadas, y es inútil empeño el de contrariar los propósitos de la niñez.

Hay quien nace hijo de un albañil y detesta el yeso; como hay quien viene al mundo procedente de un Duque y se pasa la existencia en la cuadra, entre las caballerías y el forraje.

Nosotros conocemos al hijo de un tabernero que no puede soportar el olor del mosto y penetra en la taberna apretándose la nariz con un pañuelo empapado en esencia de bergamota.

—Pero, hijo mío, le dice el padre. Todo lo que somos se lo debemos al vino.

—¡Atrás, hombre ordinario! contesta el mancebo.

La madre es una buena mujer, que contempla á su hijo con orgullo, y dice á las vecinas:

Es un verdadero príncipe, que aborrece el bacalao y se lava los pies todos los domingos con una esponja. ¡Qué hijo! ¡Qué honor para la familia!

—¿Y no trabaja?

—¡Quiá! Se pasa el día en el Casino le-

yendo los papeles y alternando con lo mejor de Madrid. ¡Cuando menos lo esperemos va á resultar *menistro ú* alcalde *costitucional!*

Se conoce que el chico estaba destinado á hijo de un Marqués, y se equivocó de ruta. Hoy vive, á pesar suyo, bajo la férula del tabernero padre, y no puede soportar este infortunio. Así es que dice:

—Papá, lávese usted esas manos, que parecen dos salchichones. Mamá, no ande usted por casa con esas *chancletas*, que me atacan el sistema nervioso. ¿Cuándo llegará el día en que abandonen ustedes este *establecimiento* humillante?

—¡Pero, hijo, si no tenemos otros bienes de fortuna! Y gracias á él hemos podido darte estudios.

El muchacho procura ocultar su origen, y cuando recibe alguna visita, lo primero que hace es encerrar á su mamá en el cuarto de los baules, para que no la vean los amigos.

—A ver cómo se mete usted ahí y se está calladita, le dice.

—¡Pero, hijo de mi corazón! ¿No soy tu madre?

—Sí, señora, lo es usted; pero en el mayor secreto. ¿Qué dirían las personas decentes si la viesen á usted con ese refajo amarillo?

¿Quién puede contrarrestar los efectos de la vocación? Algunos llegan á personajes por chiripa, y en el fondo son mozos de cuerda, ó poceros, ó caballerías mayores. En el seno de la confianza dicen:

—Mire usted, cuando me pongo el frac y la banda, no sé lo que me sucede. Por mi gusto, me mandaría hacer una blusa para ir al Congreso; no hay cosa mejor que unas buenas alpargatas y una gorra de abrigo.

Hay senador del reino, de nuevo cuño, que no puede pasar por delante de una taberna sin exclamar hacia adentro:

—¡Con qué gusto entraría á jugar una partida de *mús* con esos barrenderos!

¡Oh! ¡La vocación!





LA VENDETTA

I

¿Vive aquí don Lucas?

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Quería hablarle sobre el alquiler del cuarto tercero.

—¡Lucas! Aquí hay uno que viene *sobre* el cuarto.

—¡Por vida del demontre!... Dile que salgo ahora... ¡Que se espere!

(Pausa.)

La casera examina minuciosamente al futuro inquilino, que permanece de pie, dando vueltas entre sus manos al sombrero y dirigiendo miradas á un retrato de Zumalacárregui, vestido de corto, que adorna el despacho de don Lucas.

Este aparece á los pocos minutos con un formón en la mano derecha y una tabla en la otra. Al entrar deja ambos objetos sobre la mesa, y haciendo caso omiso del visitan-

te, á quien no se digna mirar siquiera, dice á su esposa con malhumorado acento:

—Basta que yo me ponga á hacer algo, para que se os ocurra interrumpirme. ¡Sabes que estoy componiendo la mesa de la cocina!

Don Lucas es un hombrecillo de unos sesenta años, que envuelve su cuerpo en un gabán ex negro, y oculta sus pies en unas zapatillas en otro tiempo de alfombra, pero que hoy parecen dos estropajos.

—¿Es usted el que quiere tomar el cuarto tercero de esta casa? pregunta por último, después de calarse los anteojos y clavar su mirada escrutadora en el aspirante á inquilino.

—Sí, señor.

—¿Ha hablado usted con la portera? ¿Le ha dicho á usted el precio y las condiciones?

—Algo me ha dicho.

—Pues bien, ya sabe usted: doce reales diarios, y cuarenta de portera. Nada de perros. No hay más que una llave en el portal, y esa la tengo yo. El sereno no abre ni á María Santísima. ¡Dios me perdone!

—¿Y qué más?

—¿Son ustedes muchos?

—El matrimonio, la criada y tres niños.

—¿Varones?

—No, señor; hay dos niñas.

—¿Escrofulosas?
—No sé decir á usted.
—¡Malo!... ¿La criada canta?
—No, pero es lo mismo; la enseñaremos si usted quiere.
—¡Jamás! El primer día que cante le pongo á usted los trastos en el arroyo. ¿De dónde es usted?
—¿Yo? De la Dirección general de Contribuciones.
—Pregunto en dónde ha nacido usted.
—¡Ah! en Logroño.
—Provincia de Zaragoza.
—No, señor; provincia de Logroño.
—Bueno. ¿Y tiene usted algo?
—¡Pchs! Una cosita regular.

II

—¿Conque viene usted á firmar el contrato? Corriente; aquí está: entérese usted bien: yo acostumbro á poner una nota de poca importancia. Oiga usted: "Además, el inquilino queda obligado á no rayar las paredes, ni á clavar clavos, ni á encender lumbre sin el expreso consentimiento del dueño de la finca. Se compromete asimismo á no estropear el papel de las habitaciones, ni á dedicar éstas á otros usos que no sean los que tolera la moral cristiana,„ etc.

—Está bien.

—Ahora se va usted corriendo á comprar un sellito, que le costará veintitantos reales, y me lo trae usted para pegarlo en el contrato de arrendamiento.

—¡Yo creí que ese sería cosa del casero!

—¿Mía? ¿Está usted loco? ¡Pues hombre! Si sobre darle á usted una casa para que la habite y la disfrute, todavía he de poner dinero encima, vale más que la queme... ¡Ah! Debo advertir á usted que á mí los chiquillos me gustan poco. Y usted es muy capaz de llenarse de hijos...

—¡Qué sé yo!

III

Don Lucas desde la ventana del patio.—¡Eh! ¡Muchacha, muchacha! ¡No vuelvas en tu vida á sacudir los calcetines sobre el patio! ¿Has oído?

La criada.—Me parece que unos calcetines...

El casero.—Bueno, pues no me da la gana; yo mando en mi casa ¡ea!

IV

Don Lucas, entrando en la habitación del nuevo inquilino.—Hombre, he subido á ver á usted porque noto que se están ustedes

día y noche metidos en casa, y con este sistema no hay paredes que duren. ¿A ver cómo están los ladrillos de la cocina?... ¡Jesús! Echen ustedes á la criada, porque está demasiado gorda, y estropea los ladrillos con el peso. ¿Por qué han destinado ustedes á dormitorio esta habitación? ¡Qué atrocidad! ¡Tenga usted casas para esto!

V

—¿Conque las aguas no corren? ¿Conque está obstruída la cañería? ¡Si es lo que yo digo! El que alquila sus casas no tiene perdón de Dios. Mire usted, vecino, así no podemos continuar; ó se retira usted más temprano y dice á los niños que no se dejen caer de golpe sobre las baldosas, como si fueran suyas, ó busca usted otro cuarto. El otro día me pasé dos horas componiéndoles á ustedes las persianas; ahora han obstruído ustedes la cañería. ¡Esto es no tener consideración con uno!

VI

Don Lucas, por el ventanillo.—¡Eh, muchacha! No arrojéis agua... Voy á reconocer el caño maestro para ver en qué consiste la obstrucción. ¿Has oído?

Media hora después:

La criada.—Señorito, no éntre usted ahí.

El inquilino.—¿Por qué?

—Está abajo el casero.

—¿Cómo?

—Sí, señor; ha bajado á componer la cañería.

– ¡Oh placer!

Don Lucas, desde abajo.—¡Cuidado con arrojar nada, que estoy yo aquí!

El inquilino, con un cubo de agua en la mano.—¡Agua va!

¡Y vierte el cubo sobre don Lucas!





¡GLOTONES!

Envidio á las personas que comen bien y se sientan á la mesa con el rostro alterado por la dicha.

Quisiera ser un glotón empedernido, de esos que se quedan parados delante de una fuente de patatas fritas y preguntan á la doméstica, llenos de ansiedad y de júbilo:

—¿Es para mí todo eso?

No hay dicha superior á la que experimenta el gastrónomo cuando oye pronunciar estas sublimes palabras:

—La sopa está en la mesa.

Conozco uno que tiene el carácter triste como el de un burro enfermo, y se pasa el

día rabiando y maldiciendo de su suerte; pero en cuanto oye decir que han sacado la sopa, anímasele el semblante, dibújase en sus labios una sonrisa de felicidad, y comienza á dar saltos y á cantar la jota aragonesa. En más de una ocasión le hemos visto besar á su mamá política y echar piropos á un sacerdote obeso.

Los glotones tratan, por lo general, de aparecer inapetentes, y los hay que fingen hacer un sacrificio cuando se sientan á la mesa.

—¿No tiene usted ganas? se pregunta á uno de éstos.

—Ni pizca.

—Vamos, tome usted un poquito de sopa, aunque no sea más, porque es muy buena para el estómago.

—Pues écheme usted un par de cucharaditas, pero no podré tragarlas.

Después, como quien no quiere la cosa, va despachando la ración, y aun se permite decir, alargando el plato:

—¡Caramba! ¡Qué sopa tan rica! Póngame otro poquito, aunque no coma otra cosa.

Pero llega el segundo plato, y pregunta:

—¿Qué es eso?

—Carne con alcachofas.

—¿Alcachofas? Precisamente son mi legumbre favorita. Voy á probarlas.

Y se come media docena, sin desairar por eso la carne, ni la salsa, ni el pan propio, ni el ajeno, pues cuando ha dado fin de su panecillo, se apodera del que tiene inmediato y lo devora silenciosamente.

—¡Jesús, qué distraído me ha hecho Dios! dice para disculpar la rapiña. ¡Pues no me estaba comiendo el pan de esta señorita!

Tras la alcachofa viene el frito.

—¡Hombre! Voy á probarlo, dice el glotón. Tengo verdadera debilidad por las cosas fritas.

Aparece después el asado y exclama:

—¡No han podido ustedes elegir una comida más de mi gusto! Á mí el pollo asado me vuelve loco.

En suma: la mayoría de los glotones comienzan por decir que están inapetentes, y acaban por tragarse las hojas de los rábanos y las mondas del queso.

En mi pueblo hay uno que hasta se come los palillos.

En nuestra ya larga vida hemos conocido muchos glotones de ambos sexos.

No lejos de nuestra casa habita una señora, viuda, que es capaz de comerse el tricornio de un guardia civil, y se presenta, sin embargo, ante el mundo bajo la apariencia de la más exagerada sobriedad.

—Aquí donde usted me ve, dice á lo me-

jor, estoy con un huevo frito y una cortecita de pan mojada en leche.

—¿Está usted mala?

—No, señor; es que soy de muy poca comida, y desde que perdí á mi esposo no tengo gusto para digerir ni para nada.

Su doncella nos ha dicho que la sensible viuda come más que un cavador; y aún no hace muchos días estuvo entre la vida y la muerte á consecuencia de un atracón de huevos duros y lechuga flamenca.

Por lo general, se hace servir los pollos en una sopera, y se come tres ó cuatro con tomate. Después, en aquella salsita, manda echar media docena de rodajas de merluza y dos ó tres cogollos de escarola, hasta llenar la sopera.

Cuando la criada vuelve á la cocina con las vinagreras, ya la viuda se ha comido toda la merluza y el verde *adjunto.*

—¿Quiere usted más? pregunta la doméstica.

—¡Ay! ¡No me hables de comer! responde la tristísima señora. Que me hagan un par de huevos con unas cuantas patatitas y algo de jamón. ¡Bien sabe Dios que como para no morirme de debilidad!

—Sí, ya se ve que la señora hace un sacrificio muy grande.

—¡Espantoso! Que me vayan á buscar una

libra de queso de bola y dos docenas de naranjas para postre.

El *vicio* de comer llega á convertirse en pasión criminal, y hay gastrónomo que acabaría por comerse á sus chiquitines con patatas, si no temiese el castigo de los Tribunales.

Ya nace uno así, hambrón insaciable y glotón empedernido.

—¿Qué se ha hecho del gato? preguntábamos no hace mucho á nuestra criada.

—Se lo ha comido la poetisa del segundo, nos contestó.

—¿Cómo?

—Lo supe ayer por la portera. La del segundo se dedica á cazar gatos indefensos, y después se los comen entre ella y un señorito que le corrige las poesías y le corta los callos.

Con tal de comer, hay quien no repara en obstáculos, ni siente el run-run de la conciencia.

Dígalo, si no, un huésped que tenía doña Emerenciana, la viuda del promotor.

Mientras ella salía á la compra, el huésped entraba en la despensa; y no encontrando cosa de provecho, registraba las demás habitaciones de la casa, siempre animado de un mismo propósito: el de comer lo primero que se le pusiera por delante.

Y una tarde, en el colmo de la desesperación y de la glotonería, y á falta de mejor alimento, acabó por comerse un bote de *coldcream* que usaba doña Emerenciana para suavizar el cutis.

El glotón nace y no se hace.

Y en prueba de ello no hay más que ver á los niños de García, tres hambrones rabiosos que van acabando lentamente con la fortuna paterna, á fuerza de tragar.

Días pasados la señora de García dió á luz un robusto infante, y los tres hermanitos, inclinados sobre la cuna, gritaban á voz en cuello:



—¡Papá, papá! Queremos al niño.

—¿Para qué? preguntó el padre muy asustado.

—¡Para comérnoslo!



EL BROMISTA

Las noches son largas y aburridas como una de esas composiciones poéticas que publica *La Ilustración.* Así es que la viuda de Flemoncillo reune diariamente en su casa á los amigos, con objeto de solazarse y ver si de camino puede *despachar* á las niñas, que parecen dos escobas.

Á la mayor la dan unas convulsiones horribles, razón por la cual hay necesidad de distraerla, porque si no, empieza con su risa nerviosa y su chasquido de dientes, y

acaba por caerse sobre lo primero que encuentra.

¡Y qué bien se pasa el rato en casa de la viuda! Casi todas las noches se baila, se juega á la lotería, se representan charadas, se apura una letra... ¡Qué sé yo!

El alma de aquella casa es D. Francisco, músico mayor de infantería, retirado, que basta por sí solo para regocijar á una comunidad de carmelitas descalzos. ¡Las cosas que se le ocurren á aquel demonio de hombre!...

Como él ha conocido á la viuda en Zaragoza el año sesenta y tantos, cuando su esposo tenía la contrata de los comestibles para el presidio, y desde aquella fecha no han cesado las buenas relaciones, D. Francisco entra en aquella casa como si fuera la suya, y no hay día en que no traiga preparada alguna broma para sorprender á sus contertulios, que todos son de mucha confianza.

No hace más que presentarse en la puerta de la sala, seguido de su esposa, que es un pedazo de pan de la provincia de Lérida, y ya se están todos muriendo de risa, empezando por la viuda, que no puede menos de decirle, con mal reprimido júbilo:

—¡Paco, por Dios! No vaya usted á hacer

alguna de las suyas, porque yo le temo á usted más que á un terremoto.

D. Francisco, aparentando extraordinaria gravedad, saluda á todos con una ligera inclinación de cabeza, y, ya se sabe, él ha de hacer algo gordo.

Unas veces saca del bolsillo un gorro blanco y se lo mete hasta las orejas; después se tiñe la nariz con corcho quemado, y envuelto en el tapete de la camilla comienza á pasear por la sala diciendo que tiene el cólera. A la chica de las convulsiones le acomete el miedo, y se pone á arañar los muebles y á volver los ojos, presa del temblor nervioso, y entonces don Francisco, para evitar la natural convulsión, se despoja rápidamente de la envoltura, y rompe á bailar el fandango, ó bien se va hacia la señora de Flemoncillo y la zarandea en el aire hasta dejarla descubiertos ambos pies, que parecen cuatro ó cinco.

Todos los de la reunión celebran la ocurrencia, y D. Francisco, entusiasmado con el éxito, acaba por hacer toda clase de tonterías y por subirse á la mesa.

—¡Ay, qué condenado de hombre! grita la viuda, apretándose las caderas para no reventar de risa.

—Franciscu, hombre, bácate de la mesa, dice la esposa del músico con su natural

tranquilidad y su encantador acento de Lérida.

Pero don Francisco tiene un carácter que no le permite estarse quieto, y siempre encuentra un activo ayudante para sus diabluras en Jacobito, novio de Purificación, hija menor de la viuda.

—Jacobito, le dijo la otra noche llevándole aparte; verá usted lo que nos vamos á divertir hoy.

El chico, que es una pólvora, abrió los ojos hasta lo inverosímil.

—Usted dirá, don Francisco, contestó lleno de alegría.

—Es preciso que usted me ayude. ¡Tengo escondido el gato en el cesto de la costura!

Jacobito se tapó la boca con el pañuelo para no soltar el trapo.

—¿Les parece á ustedes que juguemos á la lotería? preguntó la viuda sin saber lo que se tramaba.

D. Francisco, por toda respuesta, cogió la bolsa de las fichas y empezó á hacerlas sonar al compás de la *Marsellesa*, que cantaban él y Jacobito con gran estrépito.

Los tertnlianos fueron colocándose alrededor de la mesa.

—Siéntese usted, Paco, dijo la viuda de Flemoncillo, y á ver cómo tenemos formalidad.

D. Francisco hizo una seña á su joven ayudante, y ambos se pusieron á jugar, aparentando la mayor indiferencia.

La de las convulsiones iba extrayendo las bolas y cantando los números con voz apenas perceptible.

—El veintidós, decía suspirando.

—¡Ay! exclamaba D. Francisco. La edad de las ilusiones y de los sarpullidos.

—El cincuenta y cinco.

—La edad de mi mujer.

—Pero, Franciscu... dijo ésta con enojo.

D. Francisco, por toda respuesta, se arrojó á los pies de su esposa, diciendo con acento dramático:

—¡Perdón, dulce compañera de mi vida! ¡Yo te adoro!

La tertulia entera prorrumpió en carcajadas estridentes, y don Francisco fué á coger la cesta de la costura, que estaba sobre una silla, y se la presentó á la dueña de la casa, diciendo:

—Tomad, alta y poderosa señora. En esta cesta hallaréis las llaves del castillo.

La viuda tomó en sus manos la cesta y la puso sobre la camilla, riéndose de la entonación dramática de don Francisco.

Pero en aquel momento se alzó la tapa, y aquello fué la fin del mundo.

El gato, libre ya de la presión que le re-

tenía á su pesar en aquel antro misterioso, se lanzó, rápido como una flecha, sobre la chica de las convulsiones, que cayó al suelo echando espuma por la boca. La viuda quiso volar en socorro de su hija, y derribó el quinqué, que fué á apagarse sobre las faldas de la catalana. La novia de Jacobito comenzó á dar chillidos, y en su aturdimiento se agarró á las barbas del músico.

A todo esto el gato lanzaba maullidos lastimeros, porque se le había caído encima la viuda; y Jacobito buscaba á tientas los fósforos, y no encontraba más que bolas de lotería y ovillos de algodón.

Entre los concurrentes había dos jóvenes esposos; y como ella estaba fuera de cuenta, él quiso salvarla de la catástrofe, y se lanzó en su busca en medio de la oscuridad, á fin de cogerla en brazos; pero confundiendo los bultos, cogió á la señora del músico mayor, que había conseguido incorporarse, y echó á correr con ella por la sala, sin que bastaran á detenerle los gritos de la infeliz, que iba echando petróleo por todas partes.

Cuando la criada acudió con una luz, la viuda se revolcaba por el suelo, abrazada á su hija y al *minino*. La señora de los meses mayores sostenía encarnizada lucha con la alambrera del brasero, que se la ha-

bía enganchado en un pie, haciéndola perder el equilibrio; la novia de Jacobo se había subido sobre el músico mayor, y el joven enamorado, de pie sobre el sofá, trataba de defenderse contra las uñas de la recién casada.

Sólo después de muchos gritos pudo restablecerse la calma, y el suceso no tuvo consecuencias desagradables; antes bien, todos convinieron en que sin D. Francisco no hay reunión posible, y él trata de inventar una nueva diablura para uno de estos días.

Probablemente resolverá pegar fuego á la casa, porque ¡Jesús qué demonio de hombre! es lo más bromista del mundo.





EMPLEADOS

VAYA, vaya! ¿Conque éste es el mayorcito? ¡Si está hecho un hombre! ¡Cómo nos vuelven viejos estos diablos de chicos! Aún me parece que fué ayer cuando se casaba usted con mi amigo Tiburcio.

—¡Ya, ya! ¡Y cuánto va á sentir no ver á usted después de tantos años!

—Tiempo queda... Pero ven acá, tú, muchacho. Eres muy seriote. Y qué tal, ¿estudias mucho?

—¡Ay qué gracia! ¡Pues si no estudia!

—¿No?

—¿Pues no sabe usted que le tenemos en Ultramar?

—¿En la isla de Cuba?

—No, señor; en el ministerio.

—¿Ha puesto escuela el Ministro?

—¡Quiá! Le hemos sacado un empleo.

—¿Un empleo? Pero, señora, ¡si ese chico habrá dejado la lactancia hace unos días!

—No lo crea usted; en Pascua Florida cumplirá diecisiete años. Y antes ha podido estar colocado; pero como aún no sabía escribir ni manejarse por sí solo para ciertas urgencias de la vida, ha habido que esperar que tuviese más cuerpo, y que supiera abrocharse los pantaloncitos.

—¡Me deja usted asombrado!

—¡Ah! ¡Si viera usted qué contentos están con él los jefes! El pobrecito se mete á las doce en la oficina, y allí le tiene usted aprendiendo la letra inglesa todo el santo día. Anda, Angelito, trae la carta que tienes escrita para el tío de Ciempozuelos. Verá usted qué carácter de letra tan hermoso.

—Pero... ¿cómo han podido ustedes conseguir?...

—¡Anda, anda, muy fácilmente! Ya conoce usted á Tiburcio, que á buscavidas y á

bueno para su familia le ganan pocos. Y no es por alabarle, pero en diciendo Tiburcio Chupitina, le conoce todo Madrid; y luego, como tiene aquel ángel, que basta verle para simpatizar con él, todo el mundo le aprecia.

Al niño le pusimos en estudios porque es muy listo y tiene unas ocurrencias como una persona mayor; pero los maestros dieron en tomarle ojeriza, y poco á poco le fueron echando todos del colegio, hasta que Tiburcio un día cogió y se fué á ver á las de Gómez, que son uña y carne de Tragaldabas, el senador, y como la más pequeña está casada con uno que es de su mismo pueblo, y cosa que le pida no se la niega, le sacó la credencial para Angelito. Ya ve usted qué bien.

—Si el chico no sirve para otra cosa, han hecho ustedes perfectamente.

—¿Que no sirve? ¡Si viera usted qué oído tiene, y cómo canta todo lo de los organillos! ¿Y para imitar la voz de los animales? ¡Si es una monada!... Anda, Angelito, haz el buey para que te oiga este amigo de papá.

El niño. ¡Muuuu!

La mamá. Haz ahora el burro.

El amigo. Déjele usted, señora; ya le hará sin que se lo manden.

—

—¡Oh espiritual Condesa! No sé cómo agradecer á usted...

—No merece la pena, Abelardo.

—Ya sabe usted que yo no lo necesito, porque papá, á Dios gracias, está bien; pero, por otra parte, como yo nunca he querido estudiar nada, no veo cosa más á propósito para mí que un destino del Gobierno. Ya ve usted, Carlos ha entrado en Gobernación; Paquito está en Hacienda con su tío, que es jefe, y... ¡carambita! eso de que todos coman del presupussto y yo no, ¡me da una rabia!...

—El subsecretario me ha prometido enviarme mañana la credencial.

—Por supuesto, ya le habrá dicho usted que yo no pienso ir á la oficina, porque además de ser muy molesto, tiene uno que tratarse con los empleados, que suelen ser unos ordinariotes... ¿Ha visto usted qué traje llevaba ayer la de Molinete? Era precioso.

—¿Qué color?

—Color de águila contrariada. Está muy en moda. Pero se me hace tarde, dulce amiga, y tengo que ver aún á la marquesa del Cuadradillo y á las de Zapateta, y á la generala Escobillón... Crea usted que no me llega el día para nada... *Au revoir,* Condesa, *au revoir.*

—

—¿Es usted el jefe del personal?

—Sí, señor.

—Pues venía á tomar *posición* de mi destino.

—Posesión, querrá usted decir.

—Es lo *mesmo.*

—No; no es lo mismo.

—Pues por mí que no quede.

—¿Ha sido empleado antes de ahora?

—No, señor; yo soy primo del cochero de su excelencia. Además, soy de Mondoñedo, y como están tan malos los pastos, me he metido á esto.

—¿A qué?

—Al destino.

—Corriente. Tiene usted que encargarse de esa mesa.

—¿Y qué hago en ella?

—La obligación de usted es llevar el libro de registro de entrada.

—¿En qué quedamos? ¿Llevo la mesa ó llevo el libro?

—El libro.

—Vaya, pues quede usted con Dios.

—Pero ¿dónde va usted?

—¿No dice usted que me lleve el libro?

—Venga usted aquí, hombre; lo que tiene usted que hacer es sentar, con buena letra, en este libro, todas las comunicaciones que se reciban.

—Hay una pequeña dificultad.

—¿Cuál?

—Que yo no sé escribir.

—¿Cómo?

—Pero sé poner mi nombre con algún trabajo.

—¿Sabe usted poner su nombre? ¿Es usted primo del cochero del Ministro? Pues entonces basta. ¡Con tal de que sepa usted firmar la nómina!



LA MUJER NERVIOSA



I

¿Te parece, esposa mía, que vayamos á dar una vuelta? La tarde está deliciosa... No me contestas? Podíamos bajar por la calle de Alcalá, sentarnos un ratito en Recoletos y después, pian pianino, volveremos á nuestra casita... ¿Eh? ¿Te parece bien mi proposición?

—Nazario, eres un avestruz.

—¡Honorina!

—Y un verdugo.

—¿Eh?

—Me ves tendida en este sofá, con surcos amoratados alrededor de los ojos, el labio

trémulo y la mirada vaga, y no respetas mi situación angustiosa.

—Pero ¿qué tienes?

—¿No lo ves? ¿No te fijas en mi martirio? ¿No sabes que estoy nerviosa?

—Es que...

—¡Quita! Vete, te lo suplico. ¡Hoy todo me hace daño: el sol, el aire, el cielo, el aroma de las flores, la lavandera, el aceite frito!... ¡Vete, Nazario, vete, porque acabaré por tirarte cualquier cosa á la cabeza! ¡Ay!... ¡Cómo se me crispan los nervios!... ¡Ay!... ¡Con qué gusto te mordería!...

El esposo va á encerrarse en su habitación, no sin decir antes á la criada:

—Oiga usted, Rosa; no éntre usted para nada en el gabinete de la señorita, ni vaya usted á pedirla el dinero para los garbanzos, ni meta usted ruido, ni cante usted en la cocina.

—¿Está mala?

—Peor aún. ¡Está nerviosa!

II

—Honorina, ¿quieres hacerme el favor de traerme un cuello limpio?... ¿Oyes, Honorina?

—Déjame en paz.

—Pero, mujer, ¡mira cómo está éste!

– Quisiera morirme.

—Corriente; pero antes tráeme el cuello.

—¡Qué desgraciada soy! ¡Felices las personas que no tienen nervios! Hay días horribles. Me levanté esta mañana, y lo primero que hice fué romper un cristal con la cabeza; sentía la necesidad de romper algo. Después me puse á planchar, y tiré la plancha, la ropa y la mesa. No tiré á la criada porque, en medio de todo, tengo buenos sentimientos... ¡Ay, Nazario! ¿Por qué me casé contigo? ¡Tú no me comprendes! Tú eres un ser vulgar, dado á todas las ordinarieces; te gusta la carne estofada con zanahorias; te gusta el queso manchego; te gustan las zapatillas forradas de bayeta. ¡Eres un hombre soez!... A mí me crispa los nervios tu presencia. En estos momentos te odio con todo mi corazón. ¡Mira cómo estoy! Si no te quitas de delante, acabaré por clavar mis uñas en esa cara que parece una sombrerera.

—Tranquilízate, Honorina.

—Vete, Nazario, te lo suplico.

—Me iré, pero dame el cuello.

La esposa lanza una carcajada histérica.

—¡Ya tiene el ataque! dice él.

Y por no excitar los nervios de su esposa coge el sombrero y se va á la oficina con el cuello sucio, diciendo para sí:

– ¡Qué lástima me da la pobre! ¡Maldito temperamento! ¿Qué culpa tiene ella de haber nacido tan nerviosa?

III

—Honorina, estos niños no se lavan nunca. ¡Mira qué cutis tienen! ¿Por qué no los metes en el barreño?

—Déjame en paz, Nazario.

—No quiero. En esta casa no hay orden. Hace mes y medio que no se barre el gabinete. Tú no eres una mujer: eres un costal de paja, sin disposición y sin amor propio.

– ¿Me insultas? ¿Me escarneces? ¿Me faltas á todas las consideraciones de esposa y de madre? Pues bien: yo te odio... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Qué desgraciada soy!

Y comienza otra vez el ataque de nervios.

Honorina se deja caer sobre un sofá y muerde la tela con desesperación.

Nazario se lanza en su socorro, y quiere sujetarla; pero recibe un puñetazo en las narices y tiene que limitarse á llamar á la criada para que la afloje el corsé y la dé unas friegas con la toalla.

Entretanto, los niños, que á fuerza de no lavarse parece que están forrados de esta-

meña, lloran en un rincón, y la madre, echando espuma por la boca, insulta al esposo llamándole bruto, y ordinario, y monstruo, y caballería mayor.

Nazario entonces, creyendo que su presencia puede agravar el estado de la nerviosa, toma el olivo y desaparece por el foro.

—¡Pobrecita! dice. ¡La he irritado! ¡Qué falta de consideración la mía! He debido tratarla con más cariño. ¡Bastante desgracia tiene la infeliz! ¡Pícaros nervios!

IV

—Honorina, ¿por qué miras con tanta atención al vecino de enfrente? Honorina, empiezo á escamarme. Tú no eres la misma; tú olvidas los deberes que te impone tu estado.

—¡Qué horror! Nazario, eres un déspota, eres un Dionisio de Siracusa. Yo quiero divorciarme... ¡Ay!... ¡Ay!...

Nueva pataleta. El esposo recibe tres puñetazos en la nariz y dos en la nuca. La sangre corre abundantemente, y Rosa acude con un frasco de árnica.

—Póngase usted unos paños, señorito,

—Sí, sí. ¡Me duele mucho!

Honorina se retuerce en el suelo; los niños lloran como cabritos abandonados.

—¡Qué desgracia! dice don Nazario. Honorina es un ángel; pero no puede sujetar los nervios. He sido un imbécil al pedirle cuenta de su conducta... Hijita, tranquilízate, vuelve en ti, ya sé que eres buena y pura como un serafín. No volveré á molestarte con mis celos... Rosa, Rosa, trae la botella del vinagre¡



V

—Adiós, D. Nazario.

—Buenos días, señores.

—¿Qué tiene usted en la cara?

—Poca cosa.

—Está hinchadísima.

—Sí: mi señora me ha descalabrado.

—¡Caramba!

—¡Como la pobrecita es tan nerviosa!

PERSONAS FINAS



Bueno es que las personas estén bien educadas para que no nos molesten ni nos martiricen, como suele suceder.

A lo mejor se hace uno amigo de cualquiera, y luego resulta que este cualquiera es un bruto, sin educación y sin nada.

Tengo el brazo derecho estropeado á causa de los estrujones con que me obsequia un sujeto, expresivo de suyo. Cada vez que me ve, se arroja sobre mi brazo, como si fuera cosa propia, y hasta que me hace chillar no está contento.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Se come bien?

Esas preguntas van siempre acompañadas de un par de pellizcos por lo menos, y cuando se cansa de pellizcar, descarga puñetazos en mi hombro, ó bien me coge la punta de la nariz con los dedos, ó me da un cachete en la espalda, ó me tira de los pelitos del cogote. Dice él que esto es franqueza, y amistad, y simpatía; pero ¡caramba! ¡la verdad es que duele!

¡Cuánto más agradables son las personas finas!

Las hay que parecen de porcelana por lo relucientes, y no haya miedo de que le soben á uno, ni que le digan una palabra más alta que otra.

Al revés: se limitan á alargar la mano ceremoniosamente y á preguntar con toda la finura que les caracteriza:

—¿Está usted bueno? ¿Y la señora?

A lo mejor el interpelado tiene que replicar:

—A Dios gracias, soy soltero.

Y entonces añade la persona fina:

—Por muchos años; pero ¿tendrá usted familia?

—Sí, señor; tengo un tío.

—¿Y está bueno?

—No sé, porque se marchó á Filipinas cuando tenía año y medio, y no ha escrito nunca.

De todos modos, el hombre que es agradecido experimenta una sensación agradable cuando ve que otro se interesa por la familia, aunque no la conozca.

Nunca echaré en olvido la dulce impresión que produjo en mi ánimo esta sencilla y cariñosa pregunta de una persona fina, á quien hablaba por primera vez:

—¿Tiene usted abuela?

—No, señor, hube de contestarle. Se murió cuando estaba yo echando los dientes de arriba.

—¡Qué desgracia! Pues acompaño á usted en el sentimiento.

¡Oh, la educación, la educación!

Ya lo dice siempre una señora viuda con dos hijas, que asiste á las reuniones de una brigadiera coja:

—Desengáñese usted; la educación es el todo. Á las personas de buenos principios se las conoce en los ademanes, en la voz y hasta en el cutis. En cuanto vea usted un pescuezo oscuro con la vegetación descuidada, escámese usted, porque aquella no es persona bien nacida.

Y como la viuda, según dice, ha recibido una esmerada educación y estuvo casada con una persona distinguida, aunque subalterna (su esposo era vigilante quinto del ramo de Penales), no puede prescindir de

las buenas formas adquiridas en la cuna, y está pendiente de sus niñas, á quienes hace señas á cada momento para que no pierdan la compostura, ni tosan, ni eructen sin poner la mano por delante.

—¡Ay! me decía en cierta ocasión. Yo todo lo perdono menos la ordinariez, porque desde pequeñita estoy acostumbrada á la finura. Papá era un verdadero duque en todo; hasta cuando le pegaba á mamá tenía para ella expresiones galantes. Cada vez que le tiraba un plato á la cabeza, solía decir con su natural galantería: "Perdóname, Nicanora, pero me veo en la necesidad de faltarte á las consideraciones de esposa.„ Y ¡trás! le rompía el plato en la cabeza. Era mucho genio el suyo; pero sin que se le oyera nunca una mala expresión ni una frase poco culta.

La viuda observa fielmente las prescripciones de la buena educación, y nadie la ha visto enojada, ni puede decirse que falta á ninguna de las reglas establecidas en sociedad.

Hasta cuando estornuda—porque ella padece de obstrucciones en las fosas nasales,—revela por modo elocuente la delicadeza de su origen.

No estornuda como las personas vulgares, haciendo *¡achís!*, sino que, después de

pedir permiso con la mirada á cuantas personas le rodean, lanza un prolongado *¡Ifff!* como si quisiera demostrar que aun en las manifestaciones menos elegantes de la vida, hay medio de expresar la educación recibida en la infancia.

—Dios la ayude á usted, mamá, dicen sus niñas á dúo.

Y ella contesta:

—Gracias, hijas mías; estimo en lo que valen vuestros cariñosos deseos.

—No hacemos más que cumplir con un gratísimo deber, replican ellas.

¡Qué gratas deben de ser para una madre estas expresiones de afecto y de buena educación!

La buena educación sobre todo.

Por eso hay padres que llevan á sus niños á las visitas, y les dicen ceremoniosamente:

—Niños, saluden ustedes.

Entonces los angelitos alargan la mano á los señores de la casa, y preguntan con acento propio de las aulas:

—¿Cómo están ustedes? ¿Y la familia? Nosotros buenos, muchas gracias.

—¡Qué bien educaditos los tiene usted! suele decir la señora, haciéndoles una caricia.

—Favor que usted nos dispensa, replican los niños.

—Sí, señora, agrega el padre. Creo que la base de todo es la educación. Estos niños, desde que comenzaron á hablar, ya supieron conducirse en público, y guardar las consideraciones debidas á sus semejantes. Este, que es el más pequeño, no se atrevía á mamar sin pedirnos antes permiso á todos. Es muy bueno acostumbrarles desde chiquititos. ¡Si viera usted con qué finura saludan á su abuelita antes de acostarse! No se meten en la cama sin ir antes á ponerse á sus pies, y es cosa muy agradable oirles decir todas las noches: "Á los pies de usted, señora. Cuando escriba usted al tío de Guadalajara, sírvase darle nuestros recuerdos.„

¿Verdad que es cosa muy agradable esto de alternar con personas finas?



¡EL DURO!



Todo le sale mal á Ventura en este mundo, ¡todo!

Una vez se compró un traje de lanilla, color café con leche; fué á visitar una fábrica de velas esteáricas y se cayó dentro de la caldera del sebo.

Otra vez se enamoró de una chica, y cuando estaba á punto de ser correspondido, le salió un teniente coronel de caballería, hombre bruto, aunque atento, el cual fué á ver á Ventura y le dijo:

—¿Conque está usted enamorado de Clarita?

—Sí, señor, contestó Ventura lanzando un suspiro.

—¿Sí? ¡Pues toma!

Y le tiró contra el escaparate de una tienda de ultramarinos. Ventura rompió el cristal con la frente, y fué á caer de bruces encima de un barril de manteca de Asturias, á consecuencia de lo cual estuvo á punto de perder un ojo, y aun ahora se le conoce la manteca, porque cuando llega el verano comienza á derretírsele y tiene que secársela á cada momento con una servilleta.

¡Pobre Ventura! Entre sus penas más íntimas figura la de no tener dinero. Es decir, él lo tuvo, pero se metió en un negocio de salchichones, y un día se le fugó el socio con todo lo que había en caja, y además con un traje negro que guardaba Ventura para asistir á la reunión de las de Riñoncillo.

En aquella reunión conoció á Pura, la chica más mona de la calle del Tribulete. Alta, rubia, con un lunar en la mejilla y una madre lo mismo que un teniente de carabineros, llamada Pancha.

Ventura amó á Purita, y se lo dijo terminantemente: pero ella le preguntó:

—¿Y usted qué tiene?

—Poca cosa, contestó él.

—En ese caso, no podemos hacer nada.

—No me mate usted, Pura.

—¿Tiene usted padres?

—No los he tenido jamás. Es decir, no he llegado á sentir sus caricias, porque papá sucumbió á manos de unos salvajes, que primero lo mataron y después lo frieron.

—¡Qué horror!

—Y mi mamá, cuando lo supo, me dió á luz y se murió inmediatamente.

Á Pura le interesó aquella historia; pero clavó sus ojos en el chaquet del joven, y al notar que estaba algo deteriorado, dijo para sí:

—Este hombre es sospechoso por sus prendas exteriores. ¡Sabe Dios cómo llevará los calzoncillos!

Más tarde supo que Ventura no los gastaba, y esto vino á determinar su indiferencia hacia aquel joven huérfano y mal alimentado.

Pero Ventura no cesaba en sus galanteos, y en cuanto veía á Pura acompañada de su mamá, ya estaba diciéndola con acento entrecortado por la emoción:

—Yo no vivo más que para usted, señorita; esta pasión me llevará á la tumba.

—Olvídeme usted.

—¡No puedo! Si pudiera usted penetrar con su mirada en el santuario de la casa de huéspedes, donde habito, me vería usted sentado sobre la cama, tocando la bandurria para distraerme; pero todo es inútil.

—¿Por qué no viaja usted?

—Ya estuve en Valdemoro, donde tengo un primo que es carabinero joven, y no he conseguido más que aumentar mi amargura.

Á todo esto decía doña Pancha:

—Don Ventura, no nos acompañe usted, porque nos da mucha vergüenza. Lleva usted torcidos los tacones.

—Es que me ha engañado el zapatero, doña Pancha. Por lo demás, estas botas son de cuarenta y cuatro reales. Créalo usted.

Poco á poco fué Purita comprendiendo que Ventura no era un ser vulgar.

Además de sus dotes personales, tenía talento é instrucción. Lo único que no le gustaba á la chica era la escasez de recursos del joven.

—¿Cuánto paga usted de pupilaje? le preguntó un día.

—Dos pesetas, dijo él tristemente.

—¿Y le dan á usted vino?

—No, señora; me dan agua, pero muy fresca; de esto no puedo quejarme.

Así pasaron muchos días; él adulando á doña Pancha; Purita deseando que el joven mejorase de fortuna, y la patrona diciéndole á cada paso:

—Me debe usted tres duros y medio del mes de Mayo, y además catorce reales de las medias suelas que he pagado yo. Ad-

vierto á usted que ya no puedo lavarle las camisas, porque se deshacen. No tiene más que tres cuellos, y uno ya se dobla solo.

Todas estas noticias eran otros tantos dardos que se clavaron en el corazón de Ventura. Su única compensación consistía en que Purita le mirase con buenos ojos de cuando en cuando. Para conseguirlo, halagaba el amor propio de la mamá, diciéndole á cada momento:

—¡Ay, señora! ¡Qué mirada tan dulce tiene usted!

—Todos me han dicho lo mismo, contestaba la vieja.

—Debe usted tener muy buen corazón.

—Yo por la buena soy un ángel; pero que no me lleven la contraria, porque entonces...

—¿Es usted de aquí?

—No, señor: soy del Camagüey, pero me trajeron de chiquitica.

—¿Ha tenido usted padre?

—¡Pues ya lo creo! ¿Habia de nacer espontáneamente?

—Dispense usted; no sé lo que me digo. Cuando hablo con usted se me fija un punto en este lado...

Una tarde Ventura se puso sus mejores prendas; chaquet azul con cuello de terciopelo; pantalón verde oscuro, tirando á bo-

tella de cerveza, y sombrero de copa alta.

—¿Adónde va usted tan decente? le preguntó la patrona.

—Voy á paseo con mi Pura y su mamá.

—¡Caramba!

—Poco á poco he conseguido hacerme simpático. Ayer Purita me dijo que tuviera esperanzas. ¡Qué feliz soy, doña Nicanora

Me alegro. Estoy deseando que eche usted carnes.

—Las echaré, doña Nicanora... Por de pronto, esta tarde pienso llevar á mi Purita á tomar pasteles al Suizo.

—¿Tiene usted dinero?

—Sí, señora: tengo un duro.

—¡Parece mentira!

—Me le prestó un paisano mío, que es profesor de flauta y estuvo para casarse con una tía mía... ¿A cómo son los pasteles, sabe usted?

—Yo creo que costarán á diez céntimos uno con otro...

Ventura no dejó que doña Nicanora terminase la oración, y se fué corriendo á la calle del Tribulete.

=A los pies de usted, Purita.

—¡Hola, Ventura!

—Doña Pancha, ¿está usted buena?

Después de los cumplidos de ordenanza, Ventura condujo á aquellas señoras á la

pastelería del Suizo. Pidió pasteles y sonrió cón delicia. Pura le miraba con asombro, como diciendo:

—¿Habrá heredado este chico?

Doña Pancha decía para sí:

—Un hombre que convida á pasteles no debe estàr tan apurado de recursos como parece.

—¿Qué debo? preguntó Ventura al mozo

—Siete reales, contestó el aludido.

Ventura sacó el duro y lo dejó caer con aire de triunfo sobre la mesa.

El mozo cogió la moneda, la examinó durante algunos segundos, y después dijo:

—¡Es falso!

—¡Falso! murmuró Ventuta abriendo la boca desmesuradamente.

Después llevóselas manos á la cabeza, clavó un ojo en Purita, otro ojo en doña Pancha, y lanzó una carcajada histérica...

¡Estaba loco!





LA ELOCUENCIA



Antes era un dón divino, que poseían solamente algunos seres superiores y flacos.

El orador se revelaba como tal por medio de síntomas que no dejaban lugar á duda. Veíasele abstraído, serio é inapetente, y cuando la familia le preguntaba:

—¿Qué tienes, Bildigerno?

Solía contestar:

—No sé; arde en mi mente una llama voraz que combustiona todo mi ser. ¡Ah, señores! ¡Si yo supiera expresar mi pensamiento!

Y por este estilo continuaba pronunciando palabras sonoras, hasta que un día ex-

clamaba el padre del chico con el acento entrecortado por la emoción:

—Ya sé lo que tiene Bildigerno.

—¿Qué? preguntaba la mamá.

—Oratoria retenida.

—¿Cómo?

—Ha nacido para pronunciar discursos; y como no puede soltarlos, por eso come poco y no quiere mudarse la elástica, ni cortarse las uñas, ni afeitarse.

—¡Cielos! ¿Qué escucho?

El tiempo venía á confirmar esta sospecha halagadora, y Bildigerno acababa por pronunciar un discurso en el Ateneo, y más tarde en las Cortes, donde le abrazaban sus amigos diciéndole entusiasmados:

—¡Esto es hablar! ¡Esto es canela! El orador nace, que no se hace, etc., etc.

Hoy todo ha cambiado esencialmente, y la mayor parte de las personas que andan por ahí pidiendo cigarros á los amigos, ó contemplando los escaparates, ó leyéndonos dramas á la fuerza, son oradores fluidos.

A lo mejor está uno tratando á un sujeto meses y meses, y un día nos dice:

—Esta noche tengo discurso.

—¿Discurso?

—Sí; voy á dar una conferencia sobre el "Desarrollo del algodón en rama desde el punto de vista higiénico."

—¿Dónde?

—En el Círculo de los *Jóvenes escrofulosos.*

Y, efectivamente, aquella noche el caballero se coloca delante de una mesa con tapete y vaso de agua con azucarillo, y rompe á hablar arrullado por los vítores de la concurrencia.

—Pero ¿desde cuándo es usted orador? se le pregunta á la terminación del discurso.

—Desde el jueves, á eso de las ocho, responde.

—Creí que había usted nacido así.

—¡Quiá! Eso era antes; ahora, para ser orador, no se necesita más que perder el miedo y soltarse. Verá usted: yo tengo una criada muy bruta, y la otra noche la pedí agua para lavar unos puños postizos. La muy animal me la trajo cociendo, y yo la increpé duramente; entonces pude notar que estaba pronunciando un discurso sin saberlo, y comprendí que la oratoria está al alcance de todas las inteligencias.

Lo peor es que en cuanto el hombre se aficiona á pronunciar discursos, no hay quien le pare ni quien consiga atraerle al buen camino. Muchas personas, que eran muy apreciables y discretas, se han dedicado á la oratoria en sus ratos de ocio, y hoy no se las puede aguantar. Llegan al café,

piden una copa de cognac, y, dirigiéndose á sus compañeros de tertulia, exclaman:

—¡Ah, señores! No voy á ocupar por mucho tiempo vuestra atención; pero es fuerza que os diga cuál es el estado de mi salud en estos momentos. Ayer, bajando la escalera de mi casa, hube de ser víctima de un accidente desgraciado. ¡Ah, señores! El hombre camina descuidado por la senda del deber...

—Basta, Bandullete, basta, le decimos.

Pero él, entregado á sus disquisiciones filosóficas, sigue vertiendo frases, con gran admiración del mozo, que le tiene por uno de los oradores más grandes de la cervecería Suiza.

La oratoria se ha ido extendiendo hasta un punto verdaderamente temible, y hoy la cultivan, lo mismo el sabio incipiente de la Sociedad Geográfica, que el honrado síndico del gremio de frutos coloniales.

No hay sesión, ni fiesta de familia, ni junta, ni banquete, que no contenga en su seno un par de oradores, y muchos hacen de la oratoria un *modus vivendi*, pues asisten á las comidas sin pagar el escote, y aparte de esto, conquistan la nota de elocuentes para calzarse mañana una Diputación á Cortes, ó una concejalía cuando menos.

De algunos personajes vigentes se podría

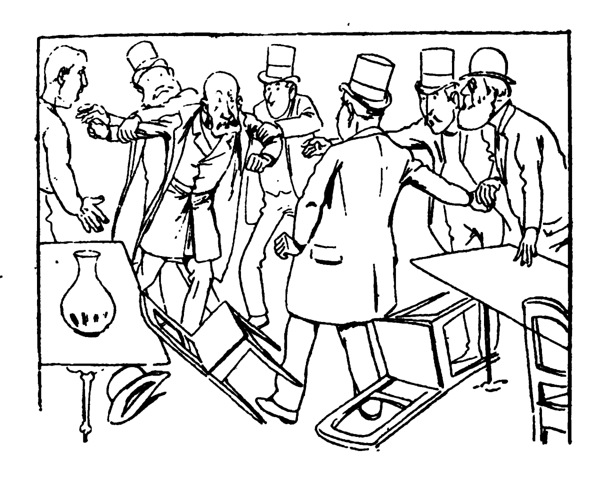
decir que han hecho su fortuna con la lengua. Por eso nos decía un padre amoroso, refiriéndose al hijo de su corazón:

—Mi esposa se empeña en que le dedique á la Medicina, porque el chico tiene mucha disposición para las operaciones quirúrgicas, y aun el otro día le cortó el rabo á un gato forastero que se introdujo por el ventanillo de la despensa; pero yo tengo otro proyecto. Estoy educándole para orador.

—¿Sagrado?

—No, señor; orador bullicioso, de esos que no dicen nada y suenan mucho. Es la mejor carrera, porque yo veo que sin estudiar y sin hacer desembolsos han llegado á Ministros en este país muchos majaderos. Así es que al chico le coloco todos los días sobre una mesa, y empiezo á picarle el amor propio llamándole feo y pelón. Él se enfurece y me insulta, y poco á poco se le va soltando la lengua, hasta que llegue á pronunciar discurso él solo. Después le hago socio del Ateneo, y ya no necesita más en el mundo.





LANCES DE HONOR

EN EL CAFÉ

Pues yo le digo usted que no! Y no consiento que delante de mí se falte á la Diputación provincial, que es nuestra segunda madre, como quien dice... ¿Cómo?... ¿Que le tienen á usted sin cuidado mis palabras? Yo le haré á usted ver que no consiento ese lenguaje, porque soy muy hombre para meterle á usted en cintura; y á mí no hay quien me amenace, ¡so títere! *(Suena una bofeta-*

da.) ¡Ay! ¡Maldita sea la hora!... ¡Dejádmele, que me lo como!... ¡Pegarme á mí! ¡A mí!... ¡Brrr!... No me sujeten ustedes, que quiero beber la sangre de ese mamarracho!... ¡Pegarme á mí!... ¡A ver! ¡Don Agapito, don Emeterio, háganme ustedes el favor de entenderse con ese hombre!... A mí no hay quien me pegue, y esto no puede quedar así; que nombren padrinos inmediatamente. Necesito una reparación en toda regla... No, señor; no me tranquilizo, no puedo tranquilizarme mientras no haya satisfecho la ira... ¡Brrr!... ¿Por qué no me han dejado ustedes que me lanzara sobre él?... ¡Me ahoga el coraje!... ¡Pegarme á mí!... ¡A Olegario Gómez del Villar!... ¡Brrr!

EN CASA

Micaela, trae el árnica... No, no es cosa de cuidado. Un bofetón, ¡pero horroroso!... Mira cómo tengo el carrillo; y lo peor es que se me menean las dos muelas de arriba... ¡Por nada! Figúrate que yo estaba hablando de la Diputación provincial, y dije que Martínez, el vicepresidente, es hombre de moralidad y de buen juicio, y hasta añadí que toca divinamente la guitarra, porque ya sabes tú que es verdad. De pronto, me interrumpe Secundino Pérez diciendo:

"Martínez es un pillo.„ Trato de defender á éste, y Secundino redobla los ataques: me enfurezco, él se exalta; le amenazo, él me contesta fuerte, y de pronto, *¡zás!* me atiza una bofetada que se oyó en el mostrador, y creyeron todos los del café que se había roto la lámpara del centro... ¿Qué hice yo? Ponerme furioso y apretarme la encía con los dedos para evitar la congestión... Esto no puede quedar así. No señor; porque á mí me conoce todo Valencia y saben que no me dejo sopapear por nadie... Anda, átame un pañuelo bien apretado para evitar la inflamación... ¡Mujer! No aprietes de ese modo, que me haces ver las estrellas... Secundino me dará una satisfacción cumplida, porque le he mandado mis padrinos, y él no es hombre que quiera ir al terreno del honor... ¡Caramba!... ¡Cómo duele esto!... ¿Que si voy á salir esta noche?... No. Pienso meterme en la cama tempranito, porque con la bofetada se me ha revuelto todo el sistema nervioso, y tengo la boca seca, como si hubiese comido esparto... No se me borra de la imaginación la bofetada. ¡Qué barbaridad! Creí que se me había caído encima el cielo raso... Oye, Micaela: dí que me hagan una taza de tila con mucho azahar... ¡Caramba con Secundino! ¡Y qué bofetadas da el condenado!... Pero estoy seguro de que

no tiene inconveniente en desagraviarme... ¡Claro! Él no querrá que vayamos al campo del honor... Micaela, yo me voy á la cama, porque las emociones sufridas me tienen desmadejado. ¡Uf! Estoy dando diente con diente; ponme la capa vieja encima de los pies, á ver si entran en calor...

EN LA CAMA

Sí; Secundino me dará una explicación, y yo quedaré como quedan los hombres... Me ha faltado, le envío mis padrinos, y él retira la bofetada, declarando que no ha querido ofenderme...; porque Secundino no querrá llevar el asunto al terreno del honor... ¡Demonio! ¡Cómo me escuece la encía! ¡Anda, anda! Ya se me ha caído una muela: y el caso es que la otra no tardará en desprenderse también. ¡Micaela! Trae un plato para echar esto... Sí, hija, sí; me he quedado con los dos colmillos de arriba y con un raigón que no me sirve para nada... Pero ¡qué manos tan largas tienen algunas personas! La verdad es que no he debido provocar sus iras; pero los que hemos sido milicianos tenemos el deber de manifestar nuestro valor públicamente; y á mí me consideran todos como uno de los hombres más *templados* de este país... Sí; Secundino se

apresurará á satisfacerme. ¡Como si lo viera!... *(Se queda dormido, pensando en una "acta honrosa.")*

AL DÍA SIGUIENTE

¡Micaela!... Sácame la levita y el pantalón negro. ¡Ah! Y la corbata color ceniza. Voy á ver á mis padrinos, que de seguro habrán arreglado la cuestión... ¡Naturalmente! Secundino habrá declarado que no fué dueño de sí y que obró con ligereza... No, no almuerzo; probablemente almorzaremos todos juntos, en señal de confraternidad y reconciliación...; porque Secundino no querrá llevar las cosas al terreno de las armas... ¡Claro que no!... Ea, abur, Micaela... No tengas cuidado, mujer, que no pasará nada. ¿No ves que Secundino es un buen muchacho en el fondo, y además, padece del hígado, y no querrá fatigarse? Puedes estar tranquila... ¡Ah! Escucha: ¿se conoce mucho la bofetada?... Pues dame unos pocos polvos para evitar la rubicundez... Abur. Hasta luego. *(Baja las escaleras tarareando.)*

EN EL CAFÉ

¿Cómo?... ¿Qué dicen ustedes?... ¿Secundino no quiere dar explicaciones? ¿Y han

arreglado ustedes el duelo á primera sangre?... Cor...r...riente. A mí no se me arruga el ombligo por tan... po... ca... co... sa... *(Aparte.)* ¡Demonio! ¿Quién había de pensar que Secundino prefiriese un lance de honor? *(Alto.)* Pues nada: estoy dis... puesto... No; no tengo alterada la voz: es que... yo á Secundino le aprecio mucho, y me da rabia tener que cru... zar... mis... ar... ar... mas con él... He conocido á su padre en Calella, cuando tenía fábrica de embutidos, y éramos como her... her... herma... nos...

AL DÍA SIGUIENTE

(Entrando en casa precipitadamente): ¡Micaela!... ¡Micaela!... ¡Árnica!... ¿Que qué traigo?... Nada... No he querido revelarte el secreto, para evitar disgustos... Pero... al fin.. nos hemos batido...; es decir, batirnos precisamente, no. Secundino no ha dado explicaciones, y se concertó el lance... Yo no quería, pero los padrinos comenzaron á ponerme como un trapo, y uno de ellos me pegó para hacerme salir de mis casillas... Todo Valencia estaba enterado; en fin: fuimos al terreno, y á mí me dieron un sable enorme, y á Secundino otro, mucho más grande aún; pero yo no vi nada, porque me desmayé encima de un padrino, y tuvieron

que aflojarme todo, hasta que á fuerza de aire y de éter sulfúrico, he vuelto á la razón: y aquí me tienes; yo creo que no traigo ninguna cortadura, pero por si acaso, bueno será que me repases á ver si estoy herido... Que me hagan tila, y que cierren bien la puerta... ¡Ah! Y tráeme otros pantalones, porque éstos habrá que mandarlos á la lavandera... ¡Y no me preguntes por qué!...



FILANTROPÍA ANIMAL



¡Ah, sí! La sociedad se modifica en sentido regenerador y misericordioso.

El hombre no es ya la fiera ávida de sangre, que busca la satisfacción de sus apetitos por medio del crimen. Ahora, el que desea arroparse compra una manta, y no asesina al tendero ni pasa por encima de su cadáver para obtenerla.

Hasta los animales tienen quien les proteja...; y guárdese usted de herir la susceptibilidad de un cuadrúpedo cualquiera, delante de un miembro de la Sociedad protectora, porque grita furioso:

—¿Qué es eso? ¿Por qué ofende usted á ese pobre animalito en sus sentimientos más delicados? Déle usted una satisfacción, ó no aspire usted al dictado de persona decente.

Hay filántropo de éstos que vive pendiente de los caprichos de una cotorra, y no se mete una sola vez en la cama sin visitar antes á las cucarachas que habitan en la carbonera, para ver si tienen novedad y si necesitan alguna cosilla.

No hay amor que adquiera desarrollo igual al que sienten ciertas personas por los animales.

—Mire usted, nos decía con la mayor ingenuidad una patrona. Yo siempre he sido muy buena casada, y estimo á mi esposo como quien es; pero el día que se me muera el galápago, no sé lo que va á ser de mí en el mundo.

Conocemos un sujeto, entrado en años, que duerme con una perra y dos cachorros; y llega á tal punto su amor á los animales, que en cuanto oye rebuznar á un asno transeunte, dice inmediatamente al criado:

—Juan, baja á enterarte de lo que le sucede á ese pobre rucio, y si ves que tiene novedad, avisa al momento.

El buen señor ¡oh alma generosa! es individuo de la Junta directiva de la Socie-

dad protectora de los animales, las flores y las legumbres, y para él no hay nada más interesante en el mundo que asistir á las sesiones y proponer todas aquellas reformas que puedan influir en el alivio de las caballerías más ó menos mayores.

Todo el mundo le conoce por *el Filántropo, el Angel tutelar*, *el Corazón de oro*, y así sucesivamente.

—Sí, señor, dice él; me enorgullezco al recordar que yo he sido quien socorrió en cierta ocasión á una merluza inocente, próxima á caer en las redes que la tendía un infame pescador. A no ser por mis advertencias generosas, la infeliz hubiera sucumbido.

—

Noches pasadas, el filántropo, que se llama don Gaudencio, llegó al salón de sesiones de la Sociedad con los pelos en desorden y el labio caído.

—¿Qué pasa? le preguntaron todos.

—¿Qué ha de pasar? Es necesario acudir al Gobierno para que corte estos escándalos.

—Hable usted.

—Acabo de presenciar una escena horrible... En la calle de Alcalá... ¡no tengo fuerzas para referirlo!... en la calle de Alcalá acaba de ser atropellada brutalmente

por un transeunte una pobre perra en estado interesante.

El animalito se entretenía en oler á varios individuos de su misma especie que por allí discurrían, cuando de pronto un hombre, sin que mediaran resentimientos previos, descargó un puntapié sobre la perra infeliz, que lanzó un grito y rodó por el suelo, presa de una convulsión nerviosa.

La indignación se pintó en todos los semblantes, y el presidente, después de enjugarse una lágrima, dispuso abrir la sesión y que en ella se discutiese la urgencia y la necesidad de someter al Gobierno un proyecto de ley que defendiese á las perras embarazadas contra los atropellos de los transeuntes.

D. Gaudencio pronunció un discurso conmovedor.

—¡Ah, señores! decía. ¿Qué va á ser de los animales si no recabamos la influencia oficial para defenderles contra el hombre? Yo me pongo en el caso de aquella perra, que siente agitarse en su seno á los cachorros de su corazón, y nota que un zapato aleve va á turbar la ventura intestina que disfrutan aquellos angelitos. Es necesario evitar que estos crímenes se repitan. Los animales son nuestros hermanos.

—¡Sí, sí! gritaron varios socios.

—Y si admitimos la teoría de un sabio inmortal, estoy por decir que, no sólo son hermanos, sino también tíos y aun abuelos; porque el espíritu de mi cuñada puede encarnar, andando el tiempo, en una perra ó en una cotorra, y el mío irá á parar mañana al cuerpo de un besugo ó de cualquier animal terrestre ó marítimo. ¿Quién duda que en este caso los hijos de mi hermana vendrían á ser sobrinos carnales de cualquier cuadrúpedo?

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Yo podría citaros muchos ejemplos que demuestran hasta qué punto es digno de consideración el congrio, *verbigracia*, ó el cerdo, ó la misma chinche, tan vilipendiada por algunos.

—¡Viva la chinche! gritó un neófito en el colmo del entusiasmo.

—Gracias, en nombre de ese insecto tan útil como desgraciado, contestó don Gaudencio conmovido.

Y la sesión continuó animadísima y solemne, acordándose, por último, que don Gaudencio redactase una exposición al Gobierno solicitando el apoyo oficial en pro de las perras en cinta. Mil manos estrecharon las del generoso individuo de la Junta directiva, felicitándole por su elocuencia y por la bondad de su corazón.

Y todos salieron á la calle haciendo elogios del discurso.

—¡Qué hombre! decía uno.

—¡Qué hermoso corazón! añadía otro.

—Caballeros, ¡una limosna por Dios, que he salido del hospital y no tengo albergue! dijo en aquel momento un mendigo, que se apoyaba trabajosamente en la pared.

D. Gaudencio lanzó un gruñido, dirigió al pobre una mirada de enojo, y continuó diciendo á sus admiradores, que le seguían entusiasmados:

—¿Puede haber misión más noble que la nuestra? ¡Protejamos á los animales, y nos habremos hecho dignos del aplauso público!...



MUJERES ILUSTRADAS



Tan perjudiciales como las mujeres que escriben, son las mujeres que "se sienten poetas„ y no se resuelven á publicar sus concepciones.

Á este género pertenecen muchas señoras listas, á quienes titulan "ilustradas„ una porción de personas de buena fe. Frecuentemente oímos decir:

—¡Oh! ¡La de González! ¡Qué señora tan instruída!

¡Líbrenos Dios de esta clase de inteligencias! Todo hombre que se casa con una de estas criaturas inteligentes, no es marido;

es un costal de paja encargado de la alimentación de su familia.

Hemos tenido la mala fortuna de conocer á la de González, que es una aragonesa dada á la instrucción y que se pasa la existencia discurriendo sobre los problemas más arduos de este bajo mundo.

—Créame usted, nos decía en cierta ocasión. Siento con toda el alma haber nacido así, con dotes intelectuales, aunque me esté mal el decirlo. Quisiera ser como otras mujeres, que cifran su ventura en cuidar á su esposo é hijos, y en tener arreglados y limpios los cajones de la cómoda. El talento es un estorbo.

González respeta á su esposa tanto ó más que al Director general del ramo de Comunicaciones, donde cobra un haber mensual de setenta duros, base de su existencia.

Y no cobra más, porque, como dice su mujer á cada momento:

—Este pobrecillo es bueno como el pan, pero tiene una educación muy descuidada, y sólo puede vivir de un destino modesto, para el que no se necesitan ni inteligencia ni instrucción.

—Pues González es persona muy apta y muy... suele replicar el interlocutor.

—No lo crea usted. Yo le conozco mucho,

y ya no se ofende porque se le diga. ¿Verdad, Jenaro?

El esposo baja la cabeza como diciendo:

—Sí, Mariquita; soy bastante bruto, pero no lo puedo remediar. Estas son cosas que hace Dios.

Y es que González ha ido dejando que su esposa lleve la voz cantante en el hogar, porque reconoce en ella dotes de inteligencia muy superiores á las que posee el jefe de su oficina. Más siente él una mirada de enojo de Mariquita, que todos los sermones que pueda echarle el Director general de Correos y Telégrafos.

En aquella casa no se obedecen más órdenes que las que emanan de labios de la señora.

Cuando González necesita calcetines ó cuello limpio, llama á la doméstica y le dice:

—Pregunte usted á la señora si puedo mudarme.

—Ahora no es posible, porque está muy ocupada, responde la chica.

—¿Qué hace?

—Le está pegando al aguador, porque le ha faltado de palabra.

González ha tenido la desgracia de quedar cesante, va á hacer ahora dos años; pero no buscó recomendaciones ni fué á ver

á nadie. No hizo más que decir á su esposa:

—Mariquita, ponte lo mejor que tengas.

—¿Para qué?

—Para que vengas conmigo á ver al Ministro.

—De ningún modo; estas cosas las hago mucho mejor sin testigos. Además, tú tienes una figura muy ordinaria.

Y Mariquita vió al Ministro y le pronunció un discurso, á consecuencia de lo cual el elevado funcionario tuvo una sofocación y después un divieso, hasta que por último firmó la reposición de González. Desde aquel día la esposa le dice siempre:

—¿Qué sería de ti en el mundo si hubieses tropezado con una de esas mujeres vulgares que se ponen coloradas delante de los Ministros y no saben saludar ni sostener una conversación?

González también lo cree así; y cuando se habla de personas de talento, exclama sin poderse contener:

—Para talento claro, el de mi señora. ¡Oh! ¡Si la oyeran ustedes discutir sobre religión y sobre cereales!

Hace pocos días fuimos á visitar al matrimonio González, y nos recibió la señora, que estaba tendida en el sofá, con un libro entre las manos.

—¡Ay! dijo incorporándose. Estaba leyen-

do las "Orientales„ de un tal Víctor Hugo. ¿Usted no le conocerá?

—No, señora; pero me le van á presentar un día de éstos. ¿Y su esposo de usted? ¿Está en casa?

—Creo que ha salido.

—No, replicó uno de los niños del matrimonio González, con la ingenuidad propia de los pocos años. Está en la cocina, porque mamá ha despedido á la criada.

—¿Y qué hace allí?

—Pues... está fregando la loza.







ESTUDIANTINAS

El Carnaval nos brinda con sus placeres.

Hace muchas noches que andan por ahí las estudiantinas, asustando á los niños que se acuestan temprano, y produciendo en el corazón de las sirvientes toda clase de emociones.

Hay doméstica que está fregando la loza con la mayor sencillez del mundo; pero oye las flautas estudiantiles, y deja caer el cacharro, toda conmovida.

Si los estudiantes supieran la loza que se rompe oyéndoles tocar, dejarían sus eflu- vios musicales para otras horas; pero ellos no pueden contener los impulsos de su afición artística, y se lanzan á la calle, flauta en ristre, dispuestos á trastornar cabezas y á difundir melodías por los ámbitos de la capital.

Este año el número de estudiantinas es considerable. Ha cundido la voz de que por este camino se llega á la celebridad, y muchos chicos que no tocaban nada el año pasado, salen en el presente agarrados á la guitarra.

Muchos jóvenes que han tocado la pandereta en pasadas estudiantinas, son hoy consejeros de Estado, ó ministros, ó tenientes de alcalde; y es natural que otros busquen por el camino de la estudiantina el logro de sus deseos.

Mas no todos lo consiguen.

Las novias de esos chicos padecen lo que no es decible cuando llega el Carnaval, porque ellos no se cuidan y salen en las noches de frío con la capa terciada, sin taparse la boca ni evitar el relente. ¡Y si fuera esto solo! Pero á lo mejor se paran en una esquina para tomar pastelillos indigestos y requebrar á las chicas que pasan... ¡Son atroces!

—Manolo, dice una joven enamorada á un primer violín de *La Escolar Arganzuelense*; si quieres que continúen nuestras relaciones, deja la estudiantina.

—Pero... ¡Dolores! ¿Falto yo á alguien con ser primer violín?

—Faltas á todo. Antes no bebías vino más que en las comidas, y ahora tienes un



aliento que trastorna á una. Además, en cuanto te juntas con los compañeros, ya no te acuerdas de que estás en relaciones conmigo. Lo sé por papá, que te vió anoche con el violín debajo del brazo, junto á una escalera, hablando con una criada de servir.

—Dolores... ¡tú no te pones en razón! Desde el momento en que es uno estudiante, no tiene más remedio que hacer muchas cosas, aunque no le gusten.

—Por eso estoy á matar con las estudiantinas. Como sois guapos y tocáis bien, todo el mundo os agasaja, y nosotros abusáis.

—No seas tonta, mujer.

¡Qué razón tiene Dolores! Las estudiantinas han sido la causa de que muchos chicos abandonaran la senda del bien para lanzarse en el mundo de las aventuras.

Nosotros hemos conocido un joven extremeño, que estaba empleado en una fábrica de gaseosas, y además tocaba el flautín en su casa. Un día fué solicitado para formar parte de *La Tuna Atolondrada*, y él accedió gustoso, á pesar de los sanos consejos del fabricante, que le decía:

—Eleuterio, mire usted bien á lo que se expone. Esas tunas no son más que cuadrillas de calaveras, y usted es un chico del comercio.

—He dado mi palabra, D. Críspulo.

—Bueno· allá usted.

Efectivamente. Eleuterio empezó á sumar mal, y á equivocarse en las facturas. A lo mejor le pedían una docena de gaseosas de limón, y las despachaba de citrato de magnesia, siendo causa de que los parroquianos se purgasen inconscientemente. En vez de ponerse á sentar las operaciones en el libro de caja, se iba al almacén y metía la cabeza dentro de una barrica. Ya allí, sacaba el flautín y se ponía á ensayar un pasacalle.

—¿Qué hace usted, don Eleuterio? le preguntaba un mozo de la fábrica al verle de aquel modo.

—¡Silencio! ¡Que no sepa nada don Críspulo! Meto aquí la cabeza para que no me oiga.

Otra vez, mientras Eleuterio preparaba una docena de botellas, vino á decirle un compañero de tuna:

—Esta noche, á las siete en punto, tenemos ensayo.

—¿Dónde?

—En la calle del Sombrerete, 8, cuadra.

—No faltaré.

—Rodríguez ha compuesto una jota divina. Tienes tú un doble picado en el flautín, que va á dar el opio.

—Corriente.

Y Eleuterio, olvidando las botellas, dejaba que los mozos las encorchasen de cualquier modo; después comenzaban las reconvenciones de don Críspulo.

—¡Brutos! decía furioso. ¿Es así como os he enseñado á poner los corchos?

—¡Pum!... ¡Pum!... hacían entretanto las botellas, destapándose solas.

De todo tenía la culpa Eleuterio, que no vigilaba, hasta que el principal, cansado de tanto flautín, le puso de patitas en el arroyo.

Pero llegó el Carnaval. Eleuterio salió por ahí vestido de zuavo, con una borla en el gorro que pesaba tres libras, y unos calzones colorados que parecían dos refajos unidos, y, naturalmente, gustó muchísimo al público. Entonces se enamoró de él la viuda de un sastre, y no tuvo más remedio que casarse con ella, para que no se muriese de desesperación.

Hoy parece Eleuterio un paraguas metido dentro de una funda.

—¿Cómo está usted tan flaco y tristón? le preguntámos.

Y nos contesta con lágrimas en los ojos:

—¡Porque me he casado con un demonio!

—¿Le pone á usted en ridículo?

-No, señor; me pega. Mi martirio es diario.

—Pero... ¿le pega á usted todos los días?

—No; un día me pega y otro me muerde.

—¿Y no puede usted evitarlo?

—No, señor; dice que está acostumbrada, y que si la quitase esa distracción, se aburriría.

Muchas veces no conviene ser guapo ni salir de estudiantina, porque llega uno á inspirar pasiones vehementes, y acaba por perecer á manos de una viuda irascible.

Jóvenes que tocáis la flauta: ¡alejáos todo lo posible de la mujer, y no tratéis de hermosear vuestro físico con el gorro turco! Cuantos más encantos personales atesoréis, mayor será vuestra desgracia.

Ya lo dijo un poeta de Teruel:

«¡Ay infeliz del que ha nacido hermoso,
y sus formas envuelve en percalina!
Todo aquel que pretenda ser dichoso,
huya de la engañosa estudiantina.





EL PARAÍSO

La aparición de una *estrella* en el horizonte del teatro Real despierta el entusiasmo de la gente profundamente artística, que acude al paraíso dispuesta á prorrumpir en exclamaciones del tenor siguiente:

—¡Qué voz!

—¡Qué estilo!

—¡Qué sentimiento!

—¡Cómo frasea!

—¡Cómo modula!

—¡Y cómo cobra!

Todas las jóvenes que cultivan el divino arte quieren oir á la *estrella*, y buscán recomendaciones para los porteros del teatro, á fin de penetrar en el paraíso antes de que se abran las puertas al público.

Cuando éste penetra en tropel, ya los mejores asientos están ocupados por chicas líricas, acompañadas de las consiguientes mamás.

Hay familia de éstas que come de prisa y corriendo, para que no les cojan la delantera; y cuando cree ser la más madrugadora, se encuentra con que ya otras cinco ó seis familias, instaladas en el paraíso, están comiendo allí bacalao frito ó tortilla de patatas.

—¿Has visto? dice una mamá contrariada, dirigiéndose á su niña. Otro día traemos aquí el almuerzo.

Los odios se desencadenan entre aquella gente, por cuestión de preferencias.

La mamá que ha conseguido colocar á su hija cara al escenario, es objeto de las miradas iracundas de las demás espectadoras, que rabian de celos aparte.

Reproduciremos algunos diálogos:

—Filomena, dice una mamá. Colócate cómodamente, porque, como has venido antes, tienes derecho á la comodidad, y esa

señora de la derecha te está metiendo un codo por la rabadilla.

—¡Jesús! contesta la aludida. ¡Ni que fuera de usted todo el teatro! Aquí lo que pasa es que hay muchas preferencias, y cuando se abre la puerta al público, ya otros han cogido las mejores localidades...

—Eso se lo cuenta usted al empresario.

—Al empresario no, á la prensa es á quien pienso decírselo para que evite estos abusos.

—¡Jesús! ¡Qué miedo!

—Y ya se lo dirán de misas á la Empresa.

—Usted ¡claro! se incomoda porque no tiene influencia; pero, hija, hay que aguantarse.

—¿Cree usted que es usted sola la influyente? ¡Ay qué gracia! Pues aunque me esté mal el decirlo, tengo tan buenas relaciones como cualquiera, porque soy muy señora.

—Me alegro.

—Y no me gusta cansar á nadie, que lo demás... Mire usted: uno que canta en el coro y hace papelitos cortos muchas veces, es primo carnal de mi lavandera; con que si hubiera yo querido, estaría ahí sentada antes que usted.

—¿Pero no sabe usted que mi difunto esposo era primer timbal, y murió en este mismo teatro al dar un redoble?

—¿Y qué?

—Nada; que nos considera mucho la dependencia del teatro, y cosa que nosotros pidamos al conserje, al momento nos la da. Además, se interesan por mi niña, que está en el segundo año de canto, todos los de la orquesta, y un violín segundo le repasa las lecciones todos los lunes. ¡Ya ve usted si tenemos favor!

El tiroteo entre las señoras del público no cesa hasta que se levanta el telón. Entonces las mamás dicen á sus niñas correspondientes:

—Hija, fíjate bien en la tiple, que á eso venimos. Á ti te conviene oir mucha música y cogerle bien los gestos á las *primas-donas*. ¡Quién sabe lo que llegarás á ser el día de mañana!

Las niñas no pierden detalle, y al día siguiente, mientras friegan la loza ó barren la cocina, gorjean como jilgueros.

—Así, así, dicen las mamás. Le has cogido perfectamente el estilo. ¡Ay, hija! Como tengas un poco de cuidado y no comas nada picante, vas á tener una voz hermosísima. Parece que está uno oyendo un flautín.

En el paraíso se dan cita todos los cursis de la villa: desde el empleado subalterno que idolatra la música y va allí á arrobarse escuchando á los grandes maestros, hasta

la señorita que cose para fuera y busca entre aquel público de *amateurs* artísticos un esposo modesto, pero agraciado.

Para demostrar al mundo que son seres superiores é inteligentísimos, los concurrentes al paraíso se vuelven de espalda al escenario, apoyan la cabeza en las pantorrillas de los espectadores que se sientan en el banco posterior, y cierran los ojos como diciendo:

—Voy á abstraerme. No siento las molestias propias de este sitio; desprecio el sudor que baña mi cuerpo; hago caso omiso de las mujeres bonitas; yo vengo aquí á *arrobarme*, y nada más.

Casi todos se conocen á fuerza de verse y de codearse, y cuando baja el telón comentan en *petit comité* lo que acaban de oir.

—¿Ha visto usted que *ré* natural más opaco el que ha dado la Pasqua?

—Ayer me dijo López, el de la contaduría, que anda mal de salud. Comió una zanahoria cocida y le hizo daño.

—¿Á quién se le ocurre comer zanahorias siendo tiple *sfogata?*

—Stagno, en la cavatina, no ha querido hacer la fermata. Ya se conoce que está triste.

—¿Por qué?

—¿No sabe usted lo que le pasa?

—No, señor.

—Pues ha tenido una cuestión con Sánchez.

—¿Y quién es Sánchez?

—Un corista alto, picado de viruelas, quo suele ponerse junto á la segunda caja de bastidores, y está siempre rascándose el pescuezo cuando canta.

Los abonados á paraíso conocen á toda la Compañía y están al tanto de lo que ocurre de telones para dentro. Saben cuándo una tiple ha regañado con la madre, ó con el marido, ó con el novio, y cuándo le ha salido falso un billete de diez duros. Ellos son en muchas ocasiones alabarderos espontáneos, y en otras se declaran enemigos irreconciliables de la Empresa y de los artistas.

—¡Cómo está el arte! dicen en alta voz para ser oídos por el público inocente.—¡Aplaudir el aria del segundo acto! ¡Qué atrocidad! ¡El que ha oído cantar á la Ortolani!...

Recientemente, con motivo de la salida de la Nevada, los *amateurs* han desplegado todos sus dotes.

—¡Silencio! gritaban indignados cada vez que tosía un espectador.

- ¡Á la calle! ¡Que echen á esa señora!

—¿Por qué? preguntaba un acomodador.

—Porque no nos deja oir á ese ángel.

—Es que padezco de opresión y no puedo contener los *ayes*, contestaba la espectadora aludida.

Hay que estar en el paraíso como en misa; y si uno no aplaude entusiasmado cuando la tiple hace una escala ó acomete una nota aguda, los idólatras del arte dicen con malos modos:

—¡Parece mentira que haya personas tan bestias! Oyen cantar á esa mujer extraordinaria, y no se conmueven ni aplauden... No todos son merecedores de entrar en el paraíso.



NUESTRAS OFICINAS



I

¿Qué hora es? ¡Demonio! Las once y media, y las oficinas se abren á las once en punto... Al fin voy á cobrar los veinticinco duros que me debe la Hacienda desde el año 73. Aquí está el apetecido libramiento. Justo; hoy es el día señalado para el cobro... ¿Dónde demonios habré echado yo el cepillo?... No quisiera presentarme en las oficinas con estas manchas... ¡Bah! Así como así, muchos han subido á directores generales sin que les hayan pasado nunca un mal cepillo... ¿Llevo la cédula? Sí; aquí está. ¿Qué me falta ahora? ¡Ah, sí! El certificado de quintas, la partida de bautismo y la de casamiento de mis padres. Puede que haya

que probar la legitimidad de mi origen, porque en estas oficinas siempre están exigiendo cosas raras. El otro día tuvo un amigo que recoger una carta de la lista de correos, y le exigían la presentación de dos testigos con casa abierta. Ea, á la calle; creo que voy provisto de todo lo necesario... (Cantando:) *Cuando sale el sol, canta la perdiz...*

II

¿Me hace usted el favor de decirme dónde debo presentar este libramiento? ¡Hombre, no se enfade usted! Sí, sí; conozco que le molestarán á usted con tantas preguntas; pero para eso le paga á usted el Estado... Bueno, me callaré. ¿Dice usted que en la última puerta de la derecha? Gracias.

III

Beso á usted la mano. Pues vengo á presentar este libramiento de veinticinco duros. ¿Que no es aquí? Me había dicho el portero... pero suplico á usted que no se incomode; yo no soy el responsable de esta equivocación... Sí, estará usted muy ocupado, lo comprendo; pero... ¿qué le vamos á hacer?... Siento mucho...

IV

Servidor de usted. ¿Es aquí donde debo presentar este libramiento?... Pido á usted mil perdones... Me habían dicho...

V.

Buenas tardes. ¿Tendría usted la bondad de decirme si es aquí?... Vaya; por fin he acertado... No, no lo digo por usted. ¡Líbreme Dios! sino que como uno es nuevo en estas cosas, y no está hecho al trajín administrativo... ¡Si ya lo sé! ¡Si estoy convencido de que usted no lo puede remediar! *(Pausa.)* ¿Conque dice usted que ahora tengo que ir á recoger la firma del segundo jefe? Muy bien. ¿Dice usted que en la tercera mampara de la derecha? Gracias.

VI

Vengo á que tenga usted la bondad de echar una firma. ¿Que si soy el interesado? El mismo; sí señor. ¿Que no vierta la arenilla? No tenga usted cuidado... Beso á usted... (¡Qué fino es este jefe; mucho más fino que el portero! ¡Buena diferencia!) ¿Adónde dice usted? ¿Á la toma de razón? Bueno.

VII

Creo que es aquí donde... ¿No? Gracias.

VIII

¿Es aquí donde?... ¿No? Mil gracias.

IX

¿Me hará usted el favor de decirme si es aquí donde?... ¿Tampoco? Muchísimas gracias... ¿Conque á la izquierda, eh? Repetidas gracias.

X

¿Tiene usted la bondad de tomar razón de este libramiento? Sí, señor. *(Pausa.)* ¡Caracoles! ¡La una y cuarto! ¿Que debo ir antes á que lo sienten? Iré, sí, señor. ¡Quién pudiera sentarse con él!

XI

Vengo á que me siente usted esto... Gracias... Ea, vuelta á la peregrinación.

XII

Ya me lo han sentado; aquí lo tiene usted. ¿Que vaya otra vez al jefe? ¡Ah, vamos, sí; al primer jefe: entendido! Pero... ¡qué cúmulo de jefes, cielo santo!

XIII

¿Se puede ver al jefe? ¿Que está ocupado?... ¡Caramba! ¿Tardará mucho en desocuparse?... Bueno, esperaré; pero no tenga usted ese genio. *(Pausa prolongada.)* ¿Que ya puedo pasar? Tantísimas gracias.

XIV

Traigo un libramiento... Sí, señor, soy el interesado en propia persona.. Cuarenta he cumplido en Octubre. ¡Ah! ¡Creí que me preguntaba usted por la edad!... Sí, señor; y la cédula y una certificación de buena conducta: todo lo traigo. ¿Á tesorería? Bien. (¡Bendita sea tu boca!) Beso á usted la mano, y mil gracias por todo.

XV

Vengo á cobrar... Usted dispense. ¡Como me han dicho que viniese aquí!... Vamos, sí, por el pasillo de la izquierda. Un millón de gracias.

XVI

Aquí traigo esto, y le pido por la salud de su madre que me deje descansar un ratito... ¡Oh alma generosa!... Mire usted: yo no puedo moverme de aquí, y estoy por renunciar á los veinticinco duros y á todo lo de la tierra... ¡Si no puedo más! ¡Por María Santísima! ¿Tengo aún que andar otro poco? ¡Pero si ya ha tomado razón del documento todo el personal administrativo de España! ¡Si no es posible que haya otros veinticinco duros más discutidos que éstos! ¡Si estoy exánime!... ¿De manera que tengo que ir á que tomen razón por centésima vez? ¡Yo me ahogo!

XVII

Ya está todo corriente. ¡Oh placer! Ahora á cobrar. Portero, ¿me hace usted el favor de decirme dónde está la maldita Caja?

Bueno, seré torpe y todo lo que usted quiera; pero hágame usted el favor de no pegarme. ¿Es usted hijo de la Caja para ofenderse de ese modo?

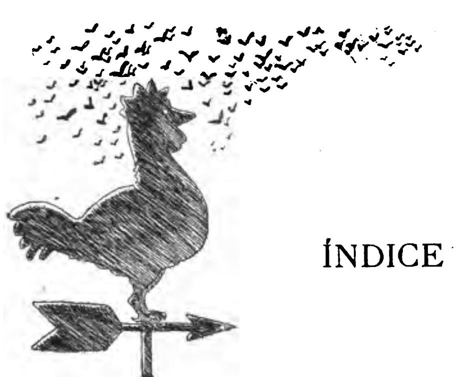
XVIII

Vengo á cobrar. ¿Que si tengo la cédula? Sí, señor. ¿Que si estoy vacunado? ¿Que si soy mayor de edad?... ¡Desgraciadamente! ¿Que falta un sello de 10 céntimos? ¡Por vida del... Pues, nada; voy corriendo al estanco, y vuelvo en un periquete...

XIX

¡Cielos! ¡Han dado las dos y se ha cerrado la Caja!... ¡Me voy á tirar por el Viaducto!





ÍNDICE

Páginas

